

1999

LETRA

INTERNACIONAL

61

800 Ptas.

MEMORIA DE LOS 60

Theodor W. Adorno
Herbert Marcuse

MUJERES DE CINE

Lluís Alvarez

REALIDADES AJENAS (1 y 2)

Jan Stage
James Hamilton-Paterson
Daniel Schwartz



Rafael Argullol • Rosa Pereda • Manuel Rico • Sami Nair • Javier Alfaya
María Escribano • Enrique Vila-Matas • Ramón Sánchez Lizarralde • Mario Merlino



Las mejores vistas de la ciudad se observan desde un libro.

Este año el Tema de la Feria Internacional del Libro será "Libro y Ciudad".

Una mirada diferente.

Un vistazo a la ciudad del nuevo milenio observada a través de la ventana de los libros, y desde los distintos puntos de vista de la antropología, la historia, la arquitectura, la plástica, el medio ambiente, la psicología y el arte urbano.

Ven a dar un paseo por el cine, el teatro y la música.

Ven a la Feria Internacional del Libro.

Te aseguramos que la vista desde aquí es la mejor de la ciudad.

12a. FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO DE BOGOTA.

La gente que lee mucho **Vive** más.



12a. FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO DE BOGOTA

Abril 7 al 19

Lugar: Corferias

CORFERIAS:

<http://www.feriadelibro.com>

e-mail: Corferia@axesnet.com

CAMARA COLOMBIANA DEL LIBRO:

<http://www.camaracolombianadelibro.com.co>

e-mail: camlibro@latino.net.co



GRAN BRETAÑA

CORFERIAS

LETRA⁶¹ INTERNACIONAL

DIRECTORES

Salvador Clotas y Antonin J. Liehm

SUBDIRECTOR

Manuel Ortuño Armas

COORDINADORA

Rosa Pereda

SECRETARIA DE REDACCION

Mercedes García Lenberg

CONSEJO DE REDACCION

Victoria Camps

Josep M. Carandell

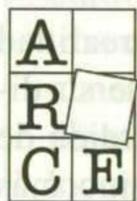
Luis Goytisolo

Jon Juaristi

Ludolfo Paramio

Carlos Piera

Josep Ramoneda



LETRA INTERNACIONAL
ES MIEMBRO DE ARCE
ASOCIACION DE
REVISTAS CULTURALES
DE ESPAÑA

DISEÑO Y MAQUETACION

Torre de Babel, S.L.

PUBLICIDAD

Arrando 4 Gestión

Teléf.: (91) 531 06 58

Fax: (91) 532 65 51

REALIZACION GRAFICA

Carácter, S.A.

LETRA INTERNACIONAL

Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.

28010 Madrid.

Teléf.: (91) 310 46 96 - (91) 310 47 98

Fax: (91) 319 45 85

E-mail: fpi@ctasa.es

En Internet:

<http://www.arce.es/Letra.html>

CIF n.º G-28667061

Depósito Legal: M-4655-1986

ISSN 0213-4721

MARZO-ABRIL 1999

INDICE

- **Página editorial** 2

- **Rosa Pereda**
- **Herbert Marcuse y Theodor W. Adorno**
Memoria de los 60 4

- **Lluís Alvarez**
Mujeres de cine 15

REALIDADES AJENAS (1 y 2)

- **Jan Stage**
Tierra de nadie. La identidad perdida de la revolución argelina 22

- **James Hamilton-Paterson**
Comunidades aisladas 44

- **Daniel Schwartz**
Fotografías

- **Manuel Rico**
¿Es posible una narrativa crítica? 66

LOS LIBROS

- **Sami Naïr** (Adolfo García Ortega); **Javier Alfaya** (George Steiner); **María Escribano** (Gilles Lipovetsky); **Rosa Pereda** (Alfredo Bryce Echenique) 72

CORRESPONDENCIA

- **Enrique Vila-Matas, Ramón S. Lizarralde, Mario Merlino** 79

Las mejores vistas de la ciudad se observan desde un libro.

Este año el Tema de la Feria Internacional del Libro

Salvador Clotas

LA LEVEDAD CULTURAL DE LA CONSTRUCCIÓN EUROPEA

El proyecto europeo avanza. Nadie sensato puede minusvalorar el paso trascendental que representa la adopción de la moneda única. Más allá de lo estrictamente económico tendrá, sin duda, sus repercusiones en la formación de identidad y ciudadanía europeas. Por tanto, el euro es también una buena noticia para el proyecto cultural de Europa. Sin embargo, lo que es un auténtico proyecto cultural no parece existir todavía.

La identidad europea es fuerte y precaria a la vez. Es verdad que existe un gran patrimonio cultural de artistas, escritores y filósofos en el que nos reconocemos todos, en el que Rafael Argullol, como escribía en un periódico, ve los auténticos fundadores de Europa. Pero los vientos culturales e identitarios soplan en otras direcciones. Sentirse europeo no parece lo principal para nadie, se buscan identidades más cercanas. Quizá como una forma de guarecerse del huracán globalizador. Una mundialización que afecta también a la cultura pero en la que lo europeo tiene poco peso.

Maastricht suscitó unas esperanzas que se están disipando poco a poco. Hay escasas iniciativas culturales y los proyectos nacen burocratizados y alejados de la ciudadanía y aun de las minorías culturales; la propia idea de la capitalidad cultural no despierta más entusiasmo que el concurso de patriotismos que precede a su designación. Hay que pedir ideas a quienes pueden darlas para superar la actual situación.

Me parece absolutamente necesario reafirmar con fuerza la dimensión cultural de la construcción europea. Superar las dudas, la levedad de las voluntades, los proyectos burocratizados y la desconfianza nacionalista. Europa necesita un proyecto cultural.

Ese proyecto sólo pueden alentarlo y sostenerlo las fuerzas progresistas y de izquierdas. La derecha no está objetivamente interesada ni en la Europa social ni en la cultural. El manifiesto aprobado por los socialistas y socialdemócratas europeos en el reciente congreso, dedica uno de sus puntos a la cultura. Muy positivo y muy insuficiente. Se afirma la voluntad de fortalecer culturalmente Europa con respeto y defensa de su diversidad.

Es difícil discutir que la identidad y realidad cultural europeas se basan en la riqueza de su diversidad. Sin embargo, los peligros de pérdida de identidad cultural no surgen en Europa sino más bien desde otras riberas, como ocurre con la invasión audiovisual norteamericana. Por eso el congreso de los socialistas europeos ha sido en cierto modo una ocasión perdida para afirmar políticas positivas en defensa de las culturas europeas y de nuestro patrimonio común.

Quizá se ha perdido, una vez más, la ocasión de empezar a cambiar una realidad que el recientemente desaparecido Yehudi Menuhin describía con estas palabras:

«He leído con atención lo que ha aparecido en la prensa sobre los temas de debate en este momento crucial en el que se define la Europa del futuro. No habiendo encontrado nada sobre la dimensión cultural, he solicitado ver la propuesta de la Comisión Europea sobre la Agenda 2000. Nada. Sorprendido, he pedido el informe del Parlamento Europeo —en curso de discusión. Otra vez, nada. He preguntado si, al menos, los nuevos reglamentos de los fondos estructurales preveían una cobertura cultural. No me respondieron».

□

quemá de bancos, en fin. O congreso seguro de que se entendía de una manera castrojeana, difícil de explicar ahora, cuando se trata de desacreditar a los individuos—de «desenmarcarlos»—, porque la conversación—y esto es, según mi lectura, lo más importante en estos casos— la conversación era otra. Eran otros los presupuestos de partida, eran otros los temas de conversación. Y era otra, incluso, la pasión que marcaba una historia a la que se ha dedicado por venir, no por falta y por mala

Rafael Argullol

USURPADORES DE PALABRAS

A pesar de que por lo general nos quejamos de la escasa cantidad de libros comprados, en España debería alarmarnos aún más el contenido de la mayoría de ellos. Fuera de algunas librerías altamente selectivas, las estanterías están repletas de artefactos que sólo en apariencia guardan relación con la cultura: sería bueno saber cuántos, entre los miles de títulos editados, corresponden a guías supuestamente prácticas, a manuales de burdo espiritualismo o a los increíblemente siniestros catecismos de autoayuda. El aprendiz de brujo nunca había bebido en fuentes tan vulgares y anodinas para anunciar luego redenciones tan grandilocuentes.

Podemos tranquilizarnos diciéndonos que es un fenómeno que pertenece más a la sociología que a la literatura. Sin embargo, no deja de ser el contexto mental adecuado para esos otros libros inculotos, para esa otra *literatura sin cultura* que la mayoría de los medios de comunicación nos hacen llegar como la «auténtica literatura de nuestro tiempo».

Ajena al pensamiento y a la reflexión, y simultáneamente alimentándose de los despojos de la modernidad, esta literatura tremendamente actual está dominada por el conservadurismo en la forma y el psicologismo en los contenidos. Hostil a los experimentos y a las ideas, se ha pertrechado en el facilismo constructivo, el sentimentalismo políticamente correcto y la vacuidad. En el simulacro narrativo.

No es difícil encontrar entre sus autores y defensores a verdaderos paladines de la lucha contra la cultura o, más precisamente, según su demagogia, contra la «alta cultura» o la «cultura intelec-

Memorias de los 60
Herbert Marcuse y Theodor W. Adorno

El GRAPO o ETA, hacen presencia en los libros y el calor de ese movimiento.

Es difícil hoy enfrentarse a esta historia. Parece obvio, contriviendo a Adorno, que las consecuencias políticas que se ha llamado «el sesenta y ochos» y que yo llamaría «los años dorados»—es decir, desde el 67 hasta el setenta, por lo menos— están en los sentidos temidos y expresados por ambos filósofos. De una parte, el movimiento estudiantil desaparece como tal, y se dirigen a otros horizontes, a otros horizontes. Parece claro también que el movimiento estudiantil desaparece como tal, y se dirigen a otros horizontes, a otros horizontes. Parece claro también que el movimiento estudiantil desaparece como tal, y se dirigen a otros horizontes, a otros horizontes.

tual»; supuestos escritores que disparan contra el pensamiento.

Probablemente es una epidemia que afecta a todo el mundo occidental. Pero en el país del grito y la tertulia los síntomas son fácilmente más graves y las consecuencias más funestas. Estamos tan acostumbrados a que se elogie al supuesto ingenioso que encumbramos al ignorante complaciente con su ignorancia. Olvidamos que en un horizonte de este tipo el escritor es un mero usurpador de las palabras. □

grupos terroristas como ETA, el debate en el nacionalismo para desaparecer a los ojos de sus dirigentes. Serfocamente, el debate en el nacionalismo para desaparecer a los ojos de sus dirigentes.

Para las personas judías, el debate en el nacionalismo para desaparecer a los ojos de sus dirigentes. Serfocamente, el debate en el nacionalismo para desaparecer a los ojos de sus dirigentes.

Para las personas judías, el debate en el nacionalismo para desaparecer a los ojos de sus dirigentes. Serfocamente, el debate en el nacionalismo para desaparecer a los ojos de sus dirigentes.

Memoria de los 60

Herbert Marcuse y Theodor W. Adorno

Parece estar sonando, y más de un indicio hay, la hora de la memoria. Concretamente, la hora de recordar, y reflexionar sobre, lo que los franceses llamaron, a falta de definición mejor, «les événements» de Mayo, ellos que tuvieron la mejor caja de resonancia posible, como siempre, y... y la huelga general más larga de la historia. Un sector inédito tomaba un protagonismo también inédito: la juventud, y más, la juventud estudiantil, los estudiantes, parecían constituirse en sujetos activos de la historia. Desdoblaban las clases sociales y las organizaciones políticas tradicionales —el proletariado, los partidos de la izquierda parlamentaria, los sindicatos— y ponían a prueba las teorías clásicas: el marxismo ortodoxo. Si siempre, en todos los movimientos sociales, eran los jóvenes disconformes con lo establecido y deseosos de cambios radicales los que empujaban a los tiempos, y la memoria de la Comuna de París y de la Revolución de Octubre permitía que se sintieran amparados en una tradición, ahora eran claramente los únicos sujetos posibles, las estrellas de un festival que marcaría la época. La vasta operación revolucionaria

pasaría, naturalmente, por el asesinato del padre. Y los padres fueron, por así decirlo, pasados por la piedra.

Los padres eran los padres biológicos y también los académicos. Si en la República Federal Alemana se trataba del descubrimiento del nazismo, en Francia era el colaboracionismo, y en España el franquismo. La pregunta era, en cualquier caso, la que hacía aquella película: ¿Qué hiciste en la guerra, papi? La culpa, la horrorosa culpa histórica, se derrumbó sobre una deslegitimada generación anterior.

En el caso de los profetas tocó a los mejores cerebros de aquella. Cayó Sartre como cayó Adorno: no pudieron o no supieron entender. A lo mejor, entendieron demasiado: fueron capaces de prever algunos de los lodos que vinieron de aquellos polvos, porque obviamente aquella guerra se perdió —según Adorno, no podía ganarse—, aquellos sueños se desvanecieron, y lo que hay ahora no tiene nada que ver. Las cartas que se cruzaron Herbert Marcuse y Theodor W. Adorno entre abril y julio de 1969, y la que el profesor «americano» había enviado a Max Horkheimer en junio de 1967, estas cartas que el lector tiene delante, son un espectacular material de reflexión.

Hay que señalar un previo, que sobrevuela estas cartas: la crítica radical a estos maestros —la escuela de Frankfurt o los filósofos de París— no tiene nada que ver con la caza de brujas penosa que se ha dado después, que se está dando ahora en España, pero que se dió también en Europa —véase la «desmitificación» de Heidegger, de Sartre, etcétera. No se trataba de buscar antecedentes «punibles», turbias sombras del pasado, o conductas deshonestas o cobardes en el orden que fuera. Eran confrontaciones puntuales, en el terreno de la teoría o, más frecuentemente, en el de la praxis. Se trataba del presente, de un presente que exigía tomas de postura,

Christopher Müller:
Home and Dry II (1996).



quema de barcos, en fin. O conmigo, o contra mí. Estoy casi segura de que se entendía de una manera casi objetiva, difícil de explicar ahora, cuando se trata de desacreditar a los individuos —de «desenmascararlos»—, porque la conversación —y esto es, según mi lectura, lo más importante de estas cartas— la conversación era otra. Eran otros los presupuestos de partida, eran otros los temas de conversación. Y era otra, incluso, la pasión que merecía una historia a la que se ha desacreditado por vieja, no por falsa o por mala. Qué antiguo, se dice. Qué antiguo.

Así pues, lo primero que choca en estas cartas es el tema. La conversación que establecen dos amigos —yo leo la carta de Marcuse a Horkheimer como un prólogo— sobre unas diferencias que están considerando ambos esenciales, y que incluyen desde lo que se podría llamar un posicionamiento ético-político, a la pura elaboración teórica. Al propio oficio crítico.

Es curioso, digo, que los presupuestos, los objetivos, parecen ser comunes. Tanto Adorno como Marcuse —como Habermas, como Arendt, como Benjamin, como Scholem, como el propio Max Horkheimer— vienen del materialismo histórico y dialéctico, y está en la base desde la que discuten. En este mundo ideológicamente decimonónico y liberal en el que estamos hoy, hace falta entender que su concepción de la historia y del papel de la teoría —y de la práctica— juega con categorías previas y sobreentendidas, como la necesidad —y casi obligatoriedad— de la revolución, la necesidad de condiciones objetivas para ella, el papel de la teoría crítica y su intervención dialéctica en la marcha de la historia. En fin. Todas esas ideas que, machacadas por el pragmatismo capitalista y el «socialismo real» y su caída, parecen no haber existido nunca.

Desde ahí discuten. Sobre dos grandes temas concretos: el primero, los sucesos de Frankfurt, la toma del Instituto por los estudiantes en enero de 1969, y la iniciativa de los profesores —de Adorno— de llamar a la policía. El segundo: la guerra de Vietnam, que da origen a una redefinición —por parte de Marcuse— de lo que ha sido el tema subyacente de toda la Escuela: el análisis del totalitarismo. En los dos, Marcuse se muestra absolutamente radical. El totalitarismo está ahora en el gobierno de los Estados Unidos, y por tanto es compatible con una organización democrática —en el sentido de elegida—. Y los estudiantes han de ser escuchados: no irá al Instituto si no es contando con un encuentro con ellos. Es obvio que algo ha cambiado en los valores con los que juegan estos dos amigos, porque otros grandes temas como el entendimiento de la democracia misma, y el de la violencia, son, precisamente, los que están en el fondo de la cuestión. Marcuse necesita una diferenciación digamos moral entre la violencia del atacante y la del atacado, y Adorno parece prever las consecuencias de esa «justificación de los medios» violentos, la acción de los grupos terro-

ristas que, como la RAF alemana, el GRAPO o ETA, nacen precisamente en estos años y al calor de este movimiento.

Es difícil hoy enfrentarse a esta historia. Parece obvio, contraviniendo a Adorno, que las consecuencias políticas, morales y estéticas de eso que se ha llamado «el sesenta y ocho» y que yo llamaría «los años duros» —es decir, desde el 67 hasta el setenta, por lo menos— están ahí en los sentidos temidos y expresados por ambos filósofos. De una parte, el movimiento estudiantil desaparece como tal, y sus dirigentes harán cuajar pequeñas organizaciones de extrema izquierda, duras teóricamente, que terminarán desembocando en la socialdemocracia o en los movimientos ciudadanos y organizaciones no gubernamentales. De otra, y como señalaba acertadamente Eduardo Arroyo, junto con unos fabulosos paquetes de reformas sociales que van a constituir el inédito «Estado del bienestar», se produce una hipertrofia del propio Estado, que ocupa la mayor parte de la vida social. Es después del sesenta y ocho, por fin, cuando los socialistas consiguen ocuparse de la Administración, tanto en Alemania como, años después, en Francia y España: ellos serán los encargados de materializar esa política de reformas, de afianzar la democracia formal. Sería difícil entender su acceso al poder sin la generación del Mayo, que, por otra parte, proporciona la inmensa mayoría de sus cuadros.

No, no parece que el sesenta y ocho haya pasado en vano. Nada lo hace. Pero tampoco parece que se haya hecho la revolución. De hecho, la palabra ha desaparecido del horizonte idiomático, de las perspectivas políticas... Incluso en los casos, minoritarios, residuales, de los grupos terroristas como ETA, el refugio en el nacionalismo hace desaparecer aquellos principios «rojos» de sus orígenes. Sencillamente, la conversación ha cambiado.

Pero las preguntas fundamentales siguen ahí. El papel de la definición de los cambios en la vida social, la configuración del totalitarismo, las posibilidades de la intervención en la realidad, el papel de la teoría y la praxis: el largo etcétera de la reflexión política y moral sigue abierto, y estas cartas, sin lugar a dudas, son un golpe a la conciencia, más que a la nostalgia.

Para terminar, hay una lectura histórica, importantísima, de este epistolario, que coincide con la disolución definitiva de la Escuela de Frankfurt. La última carta de Theodor W. Adorno se produce un mes antes de su muerte, en agosto de 1969, ahora hace treinta años. Es la muerte la que interrumpe la discusión y convierte la carta en un raro, cansado y conmovedor testamento filosófico. Ese aniversario coincide también con el centenario del nacimiento de su interlocutor, Herbert Marcuse, que se celebra, si se celebra, este año. Pero sobre todo, en las diferencias de estos dos amigos y compañeros de escuela está, clara como el agua, la crisis de este siglo que acaba. Que Dios nos coja confesados.

Herbert Marcuse a Max Horkheimer

Cambridge, Mass.

17 de junio de 1967

Querido Max:

Ante todo, te pido excusas por el pésimo aspecto técnico de esta carta. Escribo, por decirlo así, de camino hacia París, en una máquina de escribir improvisada.

Hasta hoy he estado reflexionado sobre tu carta (y sobre la dirigida a los estudiantes de la SDS [*Sozialdemokratischer Studentenbund*, Liga de los estudiantes socialdemócratas]). Creo que solamente una formulación radical y abierta de las diferencias surgidas entre nosotros puede aclarar la situación. Sabes lo que significas para mí: desde hace más de treinta años me siento ligado a ti y no he olvidado todo lo que me has enseñado. Justamente por eso creo que me asiste el derecho a decirte lo que te digo. No es sino un *draft*: material en bruto para una discusión a viva voz que confío tenga lugar muy pronto. Respondo brevemente a algunas frases de tu carta.

«El sentimiento nacional de los últimos 150 años» se ha «fundado en América sobre la Constitución y los derechos del ciudadano». Si los 150 años incluyen también los últimos veinte, entonces estamos indudablemente ante un caso opuesto: la limitación de los derechos del ciudadano y los intentos de falsear la Constitución están a la orden del día, y el «sentimiento nacional» significa cada vez más brutalmente el poder imperialista de Estados Unidos.

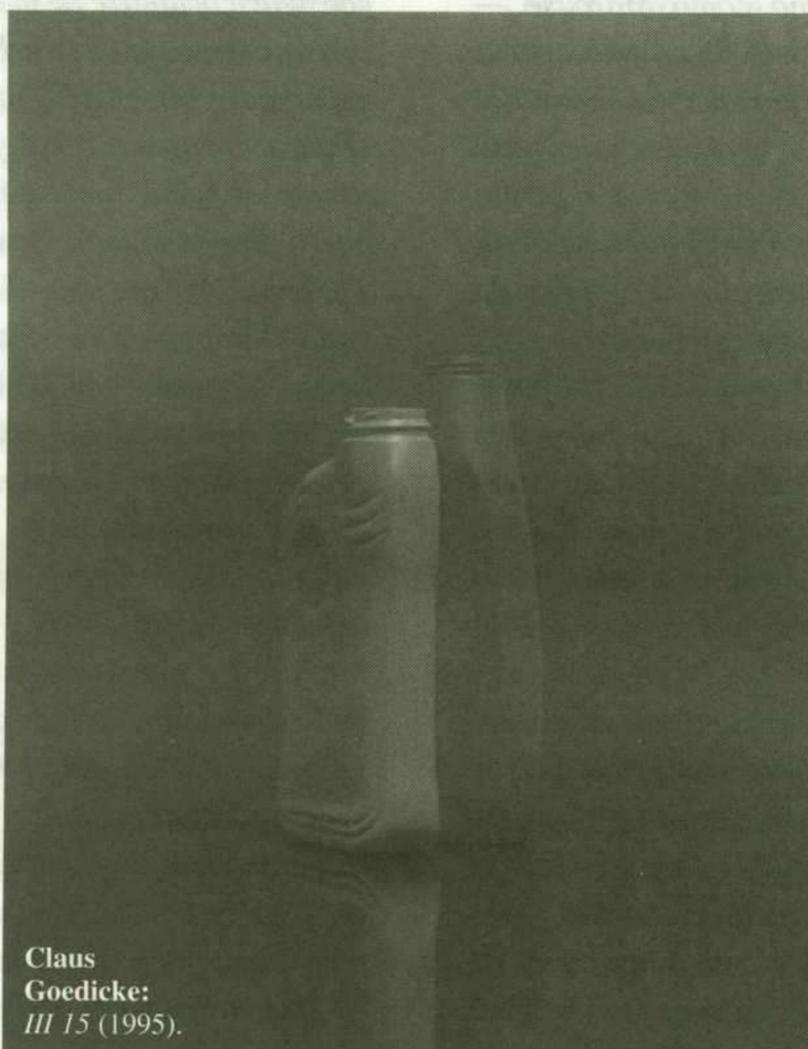
«Las manifestaciones contra la intervención» son «tan poco espontáneas como las que se hacen a favor». En este país las manifestaciones son tan espontáneas como pueden serlo las manifestaciones en general (la gente tiene que saber cuándo y dónde reunirse). Si tu alusión hace referencia a organizaciones situadas tras los bastidores, como por ejemplo los comunistas o sus frentes, no es certera (para este país): las manifestaciones contra la guerra en Vietnam están organizadas por *ad hoc committees*, cuyos activistas son sobre todo intelectuales independientes de los partidos. Relacionar estas manifestaciones con el «comunismo internacional» es más propio del FBI y de la CIA.

Como sabes, comparto contigo la convicción de que nuestra crítica no puede limitarse solamente «a un lado de lo existente». Pregúntate sólo si el otro lado (o los otros lados) de lo existente es, a pesar de todo, tan «otro» para que no quepa emplear las mismas categorías. Por ejemplo, me he familiarizado bastante con el material sobre Vietnam del Norte y sólo puedo decir que la sociedad que ahí estaban por construir no era en absoluto una «macabra farsa», contemplada en el marco de las ideas de los fundadores del comunismo. El terror me repugna tanto como a ti, pero no puedo hacer caso omiso tan fácilmente de la esencial diferencia de su función social. La violencia que se ejerce (que debe ejercerse) en defensa de la vida pura y simple contra un agresor homicida mil veces más fuerte es muy distinta de la violencia homicida del agresor. En su prólogo a *Los condenados de la tierra* de Fanon, Sartre demuestra cuál es la función real de una filosofía que equipara las dos formas de violencia.

«Los poderosos asiáticos»: estas palabras evocan para mí representaciones de Asia que tuve en el instituto antes de la Primera Guerra Mundial: Asia igual a Gengis Kan y la barbarie total. No sabía entonces lo poco asiáticas y lo muy «occidentales» que eran las ideas (y no solamente las ideas) de la revolución asiática. Y por último: si buscamos un venerable ejemplo de la censura total, de la mentira sistemática como instrumento de dominación, de la eliminación de la discrepancia de opiniones, del «culto a la personalidad», ¿acaso no lo encontraríamos en un documento tan poco asiático y tan occidental como la *República* de Platón?

«... Si desempeñase un cargo de responsabilidad en Estados Unidos, no sabría, por mucho empeño que pusiese, qué decisión tomar». ¿No hay aquí una identificación con la política de Johnson? Yo sí sabría; *unconditional cessation of bombings; withdrawal of the American troops* [interrupción incondicional de los bombardeos; retirada de las tropas americanas]. Naturalmente, no duraría en el cargo ni veinticuatro horas, pero en última instancia los intereses del gran capital y de sus generales no son indudablemente idénticos a los de la especie humana (o mejor dicho: de la humanidad).

Permíteme expresar mi opinión de la manera más radical posible. En Norteamérica veo hoy la herencia históri-



Claus Goedicke:
III 15 (1995).

ca del fascismo. El hecho de que los campos de concentración, los homicidios y las torturas se produzcan fuera de la capital (y generalmente se confían a sicarios de otras nacionalidades) no afecta en nada a la esencia. Lo que ocurre en Vietnam son crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. La «otra parte» responde al terror con el terror, pero no tiene napalm, ni *fragmentation bombs*, ni *saturation raids*. Y defiende su miserable vida, que se ha hecho algo más humana con esfuerzos descomunales y tremendos sacrificios, vida que los poderosos occidentales, con la perfección técnica brutalmente eficaz de la civilización occidental, sistemáticamente someten a hambruna, a quema, a exterminio.

Dices que no puedes apelar a la ciencia para tus opiniones sobre Vietnam. Si «ciencia» significa teoría crítica, no puedo estar de acuerdo con tu reserva. Claro que la guerra de Vietnam no puede comprenderse en el marco de la teoría clásica del imperialismo, pero sí, en cambio, en el marco de una evolución de la teoría del imperialismo. Aquí los propios gobernantes han declarado un montón de veces que el Sureste asiático adquiere una posición clave económica y estratégica en el ámbito de la expansión global de los intereses norteamericanos, y que en Vietnam está comprometido el neocolonialismo en Latinoamérica y en otros lugares. Guerra con todos los medios contra cualquier movimiento de *national liberation*: tal es la

«racionalidad» de esa política. Los medios empleados niegan, sin embargo, cualquier forma de racionalidad, incluida la del capitalismo tardío.

«Es preciso, si no obstaculizar, al menos retrasar la propagación de la violencia totalitaria a las zonas del mundo donde la libertad todavía existe». Pero, ¿acaso no son los propios norteamericanos quienes, en cualquier punto de su espacio global de intereses donde parece surgir un movimiento genuinamente de izquierdas, han reprimido sanguinariamente ese movimiento (también en este caso, de nuevo, con sicarios del país de que se trate)? ¿No han sido los norteamericanos los que han implantado infames «violencias totalitarias» en Sudamérica, en Centroamérica, en Grecia, en Vietnam del Sur? Sea como fuere, no puedo aceptar un concepto de «totalitario» definido desde un principio para que sólo pueda ser aplicable a un régimen comunista.

Es más: si, como he aprendido de ti, me tomo en serio la «libertad» y la «existencia», hoy no puedo aplicar esos conceptos a los Estados Unidos. No solamente porque no puedo separar de la *affluent society* cuanto ocurre en el exterior: lo que ocurre en el mundo bajo la tutela norteamericana corrompe todos los *benefits* de la sociedad norteamericana. Sin duda, hay muchas libertades para grupos más o menos privilegiados (los intelectuales; pero también el *organized labor*); estas libertades pueden también (*up to a point!*) ejercerse, pero en

N o v e d a d e s

Literatura

Mario Benedetti

La tregua
Gracias por el fuego

Cuentos
Antología poética

Pedro y el Capitán
El libro de bolsillo

Marcel Proust

En busca del tiempo perdido

5. La prisionera

6. La fugitiva

7. El tiempo recobrado

El libro de bolsillo

Biblioteca espiral

Arturo Ramoneda

Manual de estilo
Guía práctica para escribir mejor
El libro de bolsillo



Alianza Editorial

Juan Ignacio Luca de Tena, 15 • 28027 Madrid

Biblioteca artúrica

Chrétien de Troyes

El cuento del Grial
El libro de bolsillo

Santiago Gutiérrez

Merlín y su historia
El libro de bolsillo

Aficiones

María de la Lastra

Cómo restaurar muebles antiguos
El libro de bolsillo

Consulta

Guillermo Fatás y Gonzalo M. Borrás

Diccionario de términos de arte y elementos de Arqueología, Heráldica y Numismática
El libro de bolsillo

Colección HERRAMIENTAS

Carlos Thiebaut

Conceptos fundamentales de Filosofía

Roberto Garvía

Conceptos fundamentales de Sociología

Ignacio Molina

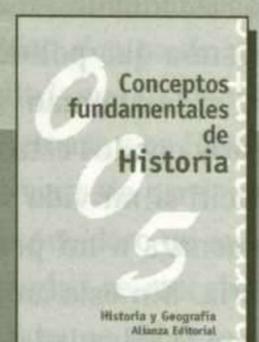
Conceptos fundamentales de Ciencia Política

Juan García Madruga y Sergio Moreno

Conceptos fundamentales de Psicología

Elena Sánchez de Madariaga

Conceptos fundamentales de Historia



el marco del dominio total del sistema quedan como algo inocuo e impotente. No hay ningún motivo para defenderlas hasta el final, pero no solamente aquí en casa.

Y en ningún caso defiendo lo que ocurre en el «otro lado de lo existente». Me parece vergonzosa la política soviética, justamente en la medida en que converge con la norteamericana. Lo que nos ha desagradado de los países del Este europeo no es la violencia totalitaria: allí se critica al gobierno y las situaciones por lo menos con tanta frecuencia como aquí; más bien, lo repelente era la completa indiferencia respecto a Vietnam y el afán de alcanzar lo antes posible el *American way of life*. Y lo que ocurre en China es efectivamente atroz, pero no puedo expresar un juicio sobre la racionalidad, porque las noticias que nos llegan no son más que propaganda (¡de las dos partes!) o son insuficientes...

Tengo que dejarlo aquí. Todo lo dicho no son sino esbozos de temas que tendremos que discutir. Del 23 de junio hasta más o menos el 4 de julio estaremos en París (Hotel de Nice; 4 bis, rue des Beaux Arts, VI); a mediados de julio, durante un par de días, en Berlín; a finales de julio en Londres; en la primera semana de agosto en Zermatt. ¿Cuáles son tus planes?

Un magnífico saludo y un hasta la vista de,
(Herbert)

Herbert Marcuse a Theodor W. Adorno

5 de abril de 1969

Querido Teddy:

Me resulta francamente difícil escribir esta carta, aunque de todas formas me parece preferible hacerlo antes que ocultar las discrepancias entre nosotros. Desde mi última carta la situación ha cambiado para mí de forma decisiva: por primera vez he leído informes más detallados sobre los sucesos de Frankfurt, también he escuchado un informe oral de un estudiante de Frankfurt que «estuvo allí». Obviamente, me hago cargo del riesgo de parcialidad, pero lo que ha salido a la luz no contradice en nada lo que me habías escrito, simplemente lo completa.

En una palabra: creo que, si acepto la invitación del Instituto [Frankfurter Institut für Sozialforschung, Instituto de Frankfurt de Estudios Sociales] sin hablar también con los estudiantes, me identifico (o me identificarían) con una postura que políticamente no comparto. Dicho brutalmente: si la alternativa es policía o estudiantes de izquierdas, estoy con los estudiantes; con una excepción decisiva, vale decir, si mi vida se ve amenazada o si con la violencia se amenaza a mi persona y a mis amigos, y la amenaza es seria. Sin esta amenaza violenta la ocupación de espacios (con la salvedad de mi habitación) no llega a ser causa suficiente para llamar a la policía. Yo los habría dejado senta-

dos allí y dejado a otro la tarea de invitar a la policía. Sigo creyendo que nuestra causa (y que por supuesto no es sólo la nuestra) está mejor en manos de los estudiantes rebeldes que manos de la policía, y aquí en California tengo pruebas casi a diario (y no sólo en California). Aceptaría incluso una *disruption of «business as usual»* [interrupción del «trabajo usual»] si el conflicto fuese lo bastante serio. Me conoces lo suficiente para saber que rechazo tanto como tú una inmediata conversión de la teoría en praxis. Pero creo que hay situaciones y momentos en los que la teoría es empujada por la praxis; situaciones y momentos en los que la teoría que se mantiene alejada de la práctica se traiciona a sí misma. No podemos prescindir del hecho de que estos estudiantes están influidos por nosotros (tal vez por ti más que por nadie); me siento muy conforme y estoy dispuesto a resignarme al parricidio, aunque a veces duela. ¿Y los medios que emplean para convertir la teoría en acción? Sabemos (y también ellos lo saben) que la situación no es revolucionaria, ni siquiera prerrevolucionaria. Pero esta misma situación es tan horrenda, tan asfixiante y humillante, que rebelarse contra ella obliga a una reacción biológica, fisiológica: ya no se puede aguantar más, nos asfixiamos y hay que buscar aire. Y ese aire fresco no es el de un «fascismo de izquierdas» (*contradictio in adjecto!*), es el aire que nosotros (por lo menos yo) deseamos respirar algún día, y que ciertamente no es el aire del *establishment*. Yo discuto con los estudiantes, los ataco cuando me parece que son tontos y hacen el juego a otros, pero contra sus malas armas no pediría ayuda a armas aún peores y tremendas. Y no creería más en mí (en nosotros) si tuviese que aparecer del lado de un mundo que apoya y silencia la masacre en Vietnam y demoniza todos los ámbitos que no sean el de su propio poder represor.

Por volver al terreno personal. No puedo ir a Frankfurt, a menos que también pueda discutir con los estudiantes, escucharlos y decirles lo que les tengo que decir. Que esto no pueda producirse sin reuniones masivas, sin montar un espectáculo —algo que me resulta detestable, que va contra mi voluntad y contra mi constitución física, pero para mí no es motivo suficiente para eludir el enfrentamiento. *I can't help it* [no puedo evitarlo], pero para mí éste es el testimonio (¿acaso demasiado directo?) de la lealtad y la gratitud que siento por vosotros. Y por esa misma lealtad deseo recibir una respuesta tuya. La alternativa para mí es: o ir a Frankfurt y discutir también con los estudiantes, o no ir. Si prefieres esta última posibilidad, es *perfectly alright with me*, y tal vez podamos vernos en verano en algún lugar de Suiza y aclarar estas cosas. Todavía sería mejor que Max [Horkheimer] y Habermas pudiesen estar con nosotros. Pero una aclaración entre nosotros es necesaria.

Con afecto,

(Herbert)

Theodor W. Adorno a Herbert Marcuse

Prof. Dr. Theodor W. Adorno
6 Frankfurt am Main
Kettenhofweg 123

5 de mayo de 1969

Querido Herbert:

Tu carta del 5 de abril, que recibí mientras pasaba unos días de vacaciones en Baden-Baden, me ha afectado sobremedida y —sinceridad por sinceridad— dolido. Aunque sé perfectamente que la controversia entre nosotros sólo puede dirimirse de viva voz, no quisiera deberte la respuesta hasta entonces.

Ante todo, no entiendo por qué la situación ha cambiado para ti de forma decisiva tras una conversación que no ha podido aportar prácticamente nada nuevo para ti, y después de que tú mismo me confirmaras explícitamente que no ha contradicho en nada mi crónica. Cuando menos, creo, habrías podido comunicarme las posibles discrepancias entre ambos relatos, brindándome la posibilidad de manifestarme sobre ellas. Realmente me parece casi imposible que alguien pueda formarse un juicio sobre el caso estando a seis mil millas de distancia; tú lo has hecho sin siquiera escucharme.

La iniciativa de no hablar ante los estudiantes y ante un gran público en su momento partió de ti. Coincidió, claro está, con mis intenciones. Al fin y al cabo, yo tenía que proteger los intereses del Instituto —nuestro viejo Instituto, Herbert—, y esos intereses, créeme, se hubiesen puesto en peligro en seguida por ese espectáculo: se intensificaría la extendida tendencia a quitarnos las subvenciones. Por eso es mejor que tú, si te empeñas en discutir con los estudiantes en Frankfurt, lo hagas bajo tu plena

responsabilidad, sin que el Instituto, o el Seminario, se involucren. Me parece que de tu carta puedo inferir que entenderás esta actitud mía sin guardarme rencor.

La policía no debe ser, por decirlo con la jerga de la APO [*Ausserparlamentarische Opposition*. Oposición Extraparlamentaria], demonizada en abstracto. Sólo te puedo decir que se ha comportado, sin comparación posible, con muchos *más miramientos* con los estudiantes que conmigo, pues no hay palabras para describir el trato que me dio. Disiento también contigo en cuanto al momento en que se ha de llamar a la policía. Hace poco, en una discusión del claustro, Cohn-Bendit me dijo que tendría derecho a llamar a la policía sólo cuando me quisiesen atizar con una barra de hierro; le respondí que entonces ya sería demasiado tarde. El caso de la ocupación del Instituto no permitía un comportamiento distinto del que tuvimos. Dado que el Instituto es una fundación y que no está bajo la protección de la universidad, la responsabilidad de cuanto se hubiese hecho aquí habría recaído sobre Friedeburg y sobre mí. En lugar del Seminario, los estudiantes tenían la intención de «ocupar de forma modificada» el Instituto, como decían entonces; no es difícil imaginar lo que habría pasado después, con pintadas en las paredes y todo lo demás. Hoy no reaccionaría de manera distinta a como lo hice el 31 de enero. El requerimiento, que hace poco me presentaron los estudiantes, de que hiciese una autocrítica pública, lo considero puro estalinismo. Eso no tiene nada que ver con el *business as usual*.

Sé que en lo que tocante a la relación entre teoría y praxis no disintimos, aunque alguna vez tendremos que discutir realmente a fondo sobre esa relación (trabajo actualmente en tesis que se ocupan de esto). Incluso estaría dispuesto a concederte que hay momentos en los que la teoría es empujada por la praxis. Sin embargo, hoy objetivamente no impera una situación semejante, y la más pura y brutal puesta en práctica, que es a lo que aquí nos enfrentamos, no tiene absolutamente nada que ver con la teoría.

La razón más fuerte que esgrimes es que la situación es tan atroz que hay que tratar de salir, aun cuando se reconociese la imposibilidad objetiva. Tomo tu argumento en serio. Pero lo juzgo errado. En su momento tuvimos que soportar,

tanto tú como yo, una situación todavía más espantosa, el exterminio de los judíos, sin pasar a la praxis; sencillamente porque la posibilidad de hacerlo nos estaba vedada. Pienso que es parte de la autorreflexión tomar conciencia del elemento de frialdad dentro de uno mismo. Dicho con brusquedad: que tú, debido a los acontecimientos en Vietnam y en Biafra, sencillamente ya no podrías vivir sin participar en los actos estudiantiles lo considero un autoengaño. Ahora bien, si de verdad se reacciona así, habría entonces que protestar no sólo contra la atrocidad de las bombas de napalm, sino

Christopher Müller:
From Head to Toe (1991/92).



igualmente contra las indecibles torturas de estilo chino que los vietcong practican continuamente. Si no se reflexiona también sobre esto, la protesta contra los norteamericanos tiene algo de ideológico. Max pone expresamente de relieve este punto, con absoluta razón. Creo que a mí, que después de todo me he marchado de allí, se me debería conceder cierto derecho a defender mi opinión.

Te opones a la expresión de Jürgen [Habermas] «fascismo de izquierdas» como *contradictio in adjecto*. Y sin embargo eres un dialéctico. Como si no existiesen esas *contradictiones*: como si un movimiento, debido a su antinomia inmanente, no pudiese transformarse en su opuesto. Me parece fuera de toda duda que el movimiento estudiantil, en su forma actual, y por tanto inmediata, lleva el camino de la tecnocratización de la universidad, tecnocratización que supuestamente quiere evitar. Me parece asimismo indiscutible que los comportamientos como los que he tenido que observar y cuya descripción nos ahorro, poseen realmente algo de esa violencia sin concepto tan propia del fascismo.

Así pues, por responder a tu pregunta sin posibilidad de malentendidos: si vienes a Frankfurt para discutir con los estudiantes, que frente a mí y frente a todos nosotros se demuestran portadores de una calculada regresión, tendrás que hacerlo bajo tu responsabilidad, no bajo nuestra égida. La decisión, te guste o no, no la puedo tomar por ti.

Por supuesto que sería estupendo que nos encontrásemos en Suiza con Max, pero dudo que pueda ser, máxime porque nos vamos a quedar en Basilea muy poco tiempo. Lo que haría falta entre nosotros es la posibilidad real de conversaciones sin fin. Para ello Zermatt sería el lugar ideal, al fin y al cabo ya una vez no te dejaste desanimar por su falta de lagos prealpinos. Por lo demás, estaré en Italia a principios de septiembre, y de seguro sobre el 8 y el 9 en Venecia.

Con afecto,

(Theodor)

Herbert Marcuse a Theodor W. Adorno

Londres, 4 de junio de 1969

Querido Teddy:

Siento, todavía con más fuerza que antes, la urgente necesidad de hablar claro. *Ergo*:

Tu carta no hace siquiera la más remota alusión que permita entender los motivos de la hostilidad de los estudiantes hacia el Instituto. Hablas de los «intereses del Instituto» y lo haces con enfático reproche: «nuestro viejo Instituto, Herbert». No, Teddy. No es nuestro viejo Instituto el que han tomado los estudiantes. Conoces tan bien como yo la diferencia esencial que hay entre el trabajo del Instituto durante los años treinta y su trabajo en la

Alemania de hoy. La diferencia cualitativa no tiene su origen en el desarrollo de la teoría: las «subvenciones», que citas muy de pasada, ¿son realmente tan irrelevantes? Sabes que coincidimos en el rechazo de cualquier politización inmediata de la teoría. Nuestra (vieja) teoría tiene también un contenido político interno, una dinámica interna política, que hoy más que antes induce a adoptar una postura política concreta. Lo cual no supone dar «consejos prácticos», como me atribuyes en tu entrevista concedida al *Spiegel*. Jamás lo he hecho. Como me parece una irresponsabilidad por tu parte exhortar a la acción desde el escritorio a aquellos que a sabiendas se exponen a que les partan la cabeza por el asunto. Para mí, en cambio, supone: con el fin de que siga siendo nuestro «viejo Instituto» hoy tenemos que escribir y actuar de un modo distinto al de los años treinta. Tampoco la teoría pura es inmune a la realidad. Tan falso sería negar la diferencia entre ellas (como tú justamente reprochas a los estudiantes), como lo es sustentar abstractamente la diferencia en su forma previa, cuando esa diferencia se transmuta en la realidad que abarca (o libera) teoría y praxis.

En efecto, no hay que «demonizar en abstracto» a la policía. También yo, en determinadas situaciones, la llamaría. En relación con la universidad (y sólo con ella), hace poco lo he formulado así: «*If there is a real threat of physical injury to persons, and of the destruction of material and facilities serving the educational function of the university*» [si existe una amenaza real de daño físico a personas y de destrucción de materiales y medios para el desempeño de la función educativa de la universidad]. Por otra parte, creo que, de nuevo en determinadas situaciones, la ocupación de edificios y la interrupción de las clases son actos legítimos de protesta política. Por ejemplo: en la Universidad de California, después de que la manifestación de mayo en Berkeley fuese disuelta con una brutalidad inaudita.

Tal vez el punto más importante: no consigo encontrar en mí «la frialdad dentro de uno mismo» a la vista de situaciones terribles; si es «autoengaño», será que lo tengo tan metido en mi carne y en mi sangre que ya no es frío. ¿No resultaría igual de posible que precisamente la constatación de la frialdad sea autoengaño y *defense mechanism*? Y me parece en cierto modo inhumano que se niegue la posibilidad de protestar contra el infierno del imperialismo si no se acusa al mismo tiempo también a aquellos que desesperadamente y con todos los medios se defienden de este infierno. Como principio metódico, se convierte automáticamente en justificación y en eximente para el agresor.

Sobre el «fascismo de izquierdas»: por supuesto que todavía no he olvidado que hay *contradictiones* dialécticas, pero tampoco he olvidado que no todas las *contradictiones* son dialécticas: algunas son sencillamente falsas. La izquierda (auténtica) no puede transformarse en

derecha «debido a su antinomia inmanente» sin cambiar de forma drástica su base y sus finalidades sociales. En el movimiento estudiantil nada indica semejante cambio.

Para introducir el concepto de «frialdad» dices que en su momento soportamos incluso el exterminio de los judíos sin pasar a la praxis, «sencillamente porque la posibilidad de hacerlo nos estaba vedada». Sí, pero precisamente hoy no es así. La diferencia entre las situaciones es la que hay entre fascismo y democracia burguesa. Esta también nos da libertades y derechos, pero en la medida en que la democracia burguesa (en base a su antinomia inmanente) se cierra a la transformación cualitativa, cosa que hace por medio del mismo proceso democrático-parlamentario, la oposición extraparlamentaria se convierte en la única forma de *contestation: civil disobedience*, acción directa. Tampoco las formas de esta acción se ajustan ya al esquema tradicional. Condeno muchas de ellas tanto como tú, pero me resigno y las defiendo contra sus adversaciones, pues la defensa y el mantenimiento del *statu quo* y su coste en vidas humanas resultan mucho más espantosos. Ahí reside la discrepancia más profunda entre nosotros. Hablar de que los «chinos estén en el Rin», mientras estén allí los norteamericanos, me resulta sencillamente imposible.

Sin duda, todo esto exige «conversaciones sin fin». Pero no entiendo porqué Zermatt había de ser el «lugar real». No me parece imposible encontrar un sitio al que todos podamos acudir más fácilmente. Nosotros estaremos en Suiza del 16 de agosto al 11 de septiembre; del 4 de julio al 14 de agosto, c/o Madame Bravais Turenne, 06 Cabris, France.

Con afecto,
(Herbert)

Theodor W. Adorno a Herbert Marcuse

Prof. Dr. Theodor W. Adorno
6 Frankfurt am Main
Kettenhofweg 123

19 de junio de 1969

Querido Herbert:

Muchísimas gracias por tus dos cartas. Respondo como puedo, a pesar de que me encuentro en un momento de suma depresión —en ningún caso debida a motivos psicoló-

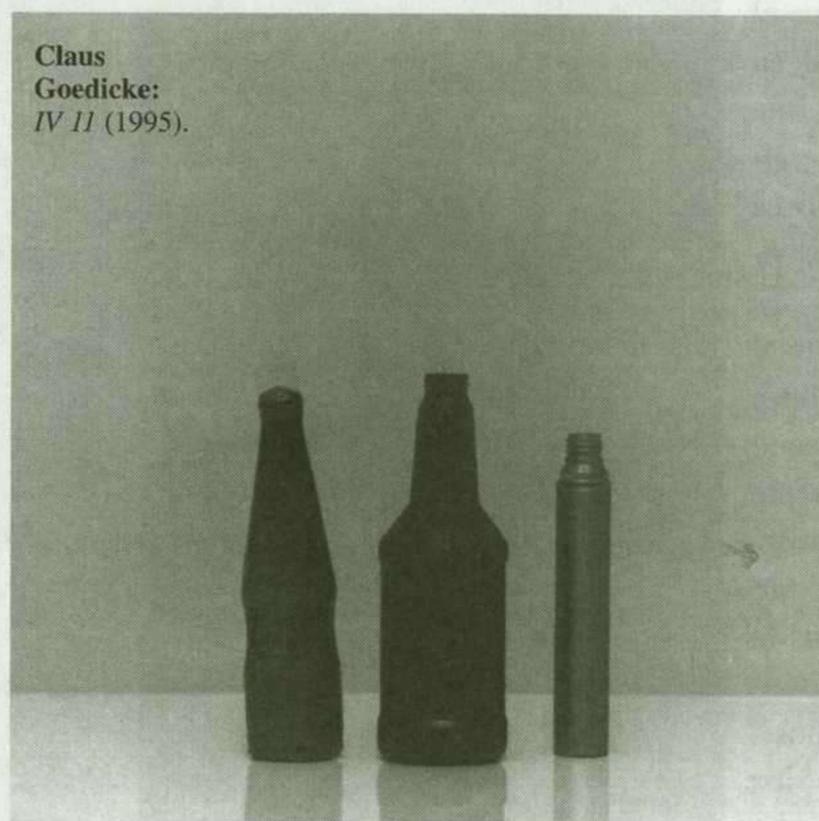
gicos—, que no favorece precisamente mi capacidad de expresión: por tanto, antes de nada mi ruego de indulgencia, también por las repeticiones. Para que comprendas el ambiente, te comunico que han hecho saltar por segunda vez mis clases, en esta ocasión renunciando incluso a ofrecer una causa aparente.

Dices que mi carta no hace la menor mención a los motivos de la hostilidad de los estudiantes hacia el Instituto. Motivos no ha habido hasta la ocupación, que se hizo calculando que nos veríamos forzados a llamar a la policía. Ante el menguante interés de los estudiantes por el movimiento de protesta, aquel era el único medio para alcanzar alguna forma de solidaridad. Hans Jürgen Krahl lo calculó muy bien. Tú no habrías podido actuar

de otro modo en nuestro lugar; el caso que tú citas: «*if there is a real threat of physical injury to persons, and of the destruction of material and facilities serving the educational function of the university*», se daba en ese momento. La que llamas hostilidad hacia el Instituto tiene su origen exclusivamente en que nuestra reacción se ajustó a los hechos.

Niegas que el Instituto sea «nuestro viejo Instituto». Es evidente que no puede ser idéntico al de Nueva York. Existía entonces la posibilidad de reunir en el Instituto a un grupo de

investigadores ya más o menos maduros, la mayor parte de los cuales colaboraba desde tiempo atrás; aquí primero hemos tenido que formar a los colaboradores. Las subvenciones públicas han influido en la dirección del trabajo en cuanto que hemos tenido que realizar investigaciones empíricas; pero lo cierto es que *Autoridad y familia* se terminó en el exilio, y *Authoritarian Personality* se produjo enteramente allá. No creo que debamos avergonzarnos de los trabajos empíricos que hemos hecho, por ejemplo de la investigación de grupo con los estudios metodológicos anejos, del volumen *Estudiante y política*, o del gran estudio sobre el NPD [*Nationaldemokratische Partei Deutschlands*, Partido Nacionaldemócrata Alemán]. En todos esos volúmenes no encontrarás ni rastro de atención al financiador. Ni podrías objetarle a Jürgen (que oficialmente no es el director del Instituto, pero *de facto* lo integra plenamente) ni a mí que a través de esos estudios hayamos descuidado los intereses teóricos. La colección incluye además toda una serie de obras teóricas, no sólo el volumen mío y de Max, sino también, por ejemplo, el libro sobre Marx de Alfred Schmidt, el libro sobre Comte



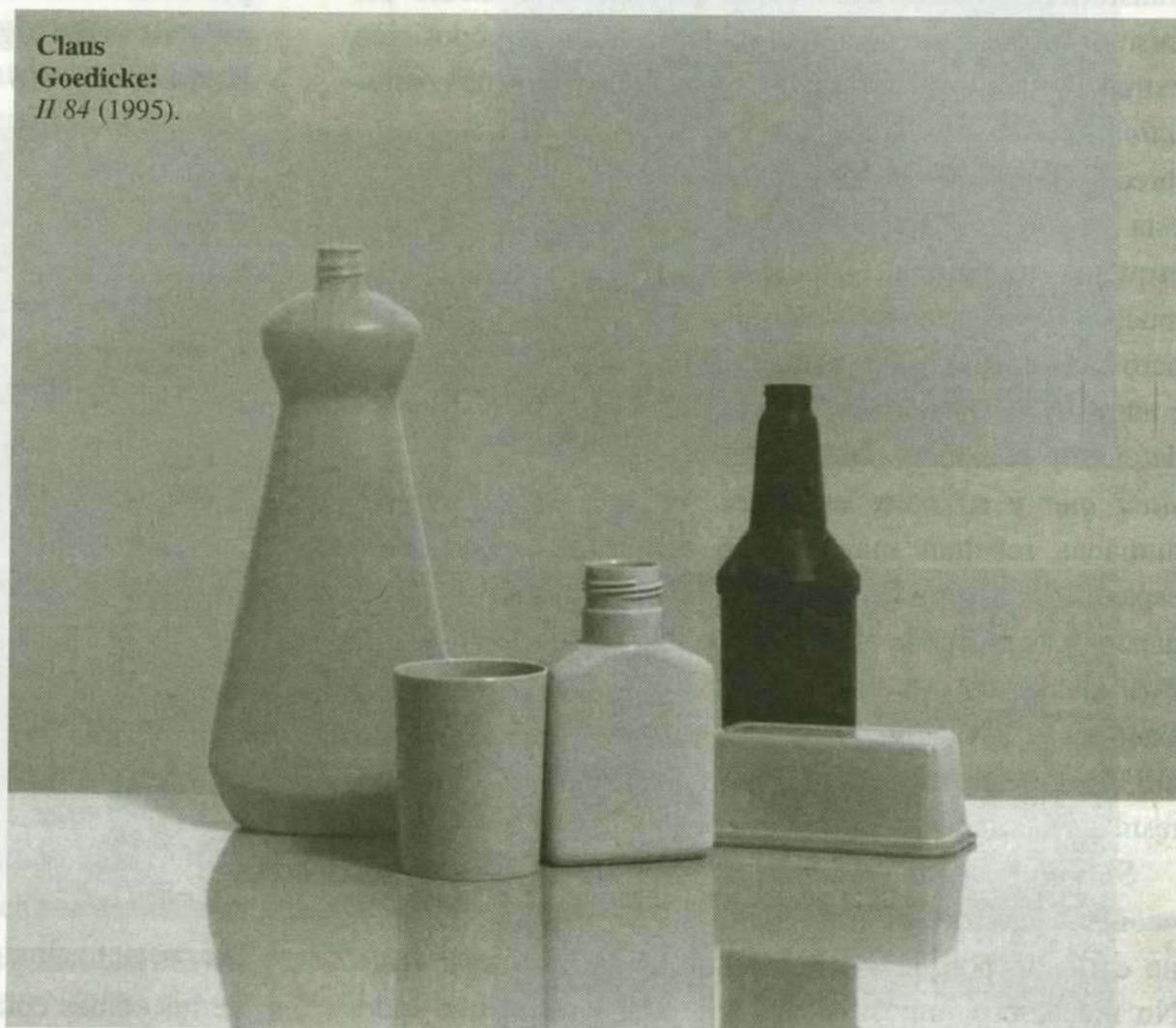
Claus
Goedicke:
IV II (1995).

y Hegel de Negt, que pertenece a la APO, y el escrito de Bergmann contra Talcott Parsons. Mis propios libros no quiero ni mencionarlos. Si se tienen en cuenta las dificultades con las que incluso hoy debe luchar el Instituto, como a lo largo de toda nuestra vida, considero que el resultado está a la altura de la dignidad humana. Que fulano o mengano hayan omitido hacer esto o aquello, es una objeción que vale para todo y para cada uno, y por lo mismo no es de recibo.

El punto central de nuestra controversia ya estaba claro en Crans. Tú entiendes que hoy la praxis, en sentido enfático, no nos está vedada; yo pienso de otra forma. Tendría que negar todo cuanto he pensado y sé acerca de la tendencia objetiva, si aceptase creer que el movimiento de protesta estudiantil en Alemania tiene siquiera la mínima posibilidad de actuar de manera socialmente relevante. Pero dado que no es capaz, su efecto es doblemente sospechoso. Primero, porque instiga en Alemania el no disminuido potencial fascista, sin que le importe en absoluto; pero además en cuanto a que en su seno incuba —y también aquí seguramente discrepemos— tendencias que convergen inmediatamente con el fascismo. En este sentido, cito como síntomas la táctica de invocar el derecho a la discusión precisamente para hacerla imposible; la bárbara inhumanidad de los modos de comportamiento, que es regresiva y encima confunde regresión con revolución; la ciega preponderancia de la acción; el formalismo indiferente al contenido y a la configuración de aquello contra lo que se rebela, vale decir, contra nuestra teoría. Aquí en Frankfurt, y sin duda también en Berlín, el término «profesor titular» se emplea con expeditiva arrogancia para despreciar a alguien, o, por servirme de su curiosa manera de expresarse, para «liquidarle», como hacían en su tiempo los nazis con la palabra judío. El conjunto de todo aquello a lo que me he enfrentado continuamente durante los pasados dos meses, no lo considero ya como un aglomerado de un par de fenómenos secundarios. El conjunto forma, por emplear otra palabra que antes nos suscitaba sonrisas, un síndrome. Dialéctica significa, entre otras cosas, que los fines no sean indiferentes a los medios; lo que ocurre aquí expone drásticamente, hasta en el más mínimo detalle, —como en el apego burocrático a las normas internas, a las «obligaciones», a los organismos innumerables y así sucesivamente—, las características de esa tecnocratización que sin embargo dicen querer combatir y

que de hecho nosotros ahora combatimos. Me tomo mucho más en serio que tú el riesgo de que el movimiento estudiantil se transforme en fascismo. Teniendo en cuenta que en Frankfurt el embajador israelí fue acallado entre gritos y silbidos, no sirve de nada asegurar que no se hizo por antisemitismo, ni sirve tampoco sacar a la palestra a un hombre de la oposición extraparlamentaria israelí. No hace falta en absoluto esperar a que los *chinos* lleguen al Rin. Tendrías que ver, aunque sólo fuese una vez, la fija mirada de maníacos de aquellos que, remitiéndose probablemente a nosotros, descargan contra nosotros su

Claus
Goedicke:
II 84 (1995).



rabia. Me cuesta imaginar que tú aludas a este tipo de desublimación, aunque ya la sustitución de la *Novena sinfonía* por *jazz* y *beat*, la hez de la industria cultural, no me pareciese precisamente convincente. Pero así llego a ese plano sobre el que tendremos que discutir de viva voz, no por carta.

¿De verdad que no puede ser en Zermatt? En la condición en la que me encuentro, y sabe Dios que no exagero, para mí sería físicamente insoportable pasar calor en las dos semanas en las que trato a duras penas de regenerarme, lo mismo da que sea en Italia o en la zona del céfiro. En cuanto al agua, ¿no podríamos conformarnos con la fuente de la marmota con su inscripción: «*Domine, conserva nos in pace*»?

Así que estaremos aquí hasta el 21 de julio, luego en el Norte; por favor, vuelve a darme noticias tuyas muy pronto.

Con afecto,

(Theodor)

Herbert Marcuse a Theodor W. Adorno

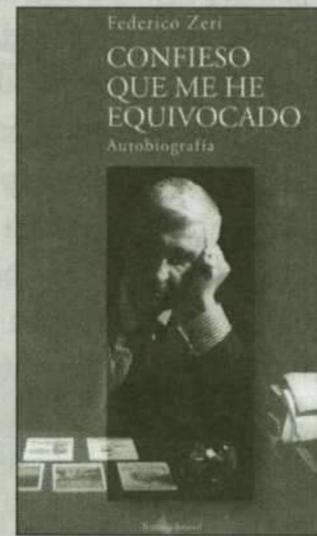
Herbert Marcuse
 chez Madame Bravais-Turenne
 06-Cabris, France

21 de julio de 1969

Querido Teddy:

Tu carta del 19 de junio la he recibido a nuestro regreso de Italia. El enfrentamiento con Cohn-Bendit me resultó francamente divertido: no sólo porque fui capaz de callar a su claqué y de concluir, como estaba programado, mi intervención (las informaciones de la prensa eran falsas), sino también porque discusiones con estudiantes italianos acerca de este episodio me demostraron que Cohn-Bendit y sus métodos están completamente aislados del corazón del movimiento estudiantil. Lo mismo me dicen mis amigos de Berlín.

Paso así a lo que tú llamas el «punto central de nuestra controversia». Por mi parte creo que el movimiento estudiantil tiene la posibilidad de «actuar de manera socialmente relevante». Pienso sobre todo en Estados Unidos, pero también en Francia (mi estancia en París me lo ha reconfirmado) y en Sudamérica. Obviamente, las ocasiones que desencadenan el proceso son muy diferentes, pero, al revés que Habermas, me parece que aun en medio de todas las diferencias actúa como fuerza motriz el mismo fin. Y este fin es la protesta, que llega hasta la raíz misma de la existencia, contra el capitalismo, sus esbirros en el Tercer Mundo, su cultura, su moral. Naturalmente, jamás he sostenido la absurdidad de que el movimiento estudiantil sea revolucionario. Pero hoy es el más fuerte, tal vez el único catalizador para el desmoronamiento del sistema de dominación. En cuanto tal, el movimiento estudiantil ya ha actuado de forma realmente relevante en Estados Unidos: en la evolución de la conciencia política, en la activación de los guetos, en el radical extrañamiento de estratos del sistema hasta ahora integrados y, punto especialmente importante, en la movilización de amplios sectores de la opinión pública contra el imperialismo norteamericano (realmente no veo ningún motivo para tener alergia al empleo de este concepto). Puede que todo esto no sea mucho, pero no hay ninguna situación revolucionaria en los países industrialmente avanzados, y precisamente el grado de integración define formas nuevas y en absoluto ortodoxas de oposición radical. Como casi siempre, los dominadores hacen una valoración del significado de la oposición estudiantil más exacta que la que hacen los propios estudiantes: en Estados Unidos, la represión se organiza sobre todo contra colegios y universidades. Y donde no sirve la cooptación, sirve la policía.



Confieso que me he equivocado

Federico Zeri

Premio Nobel de las Artes; amigo de Greta Garbo; consejero del conde Cini y de J. P. Getty; discípulo de Frederick Antal; sucesor de Bernard Berenson y antagonista declarado de Roberto Longhi; autor, entre otros, de los catálogos de pintura italiana del Metropolitan Museum de Nueva York y de la Walters Art Gallery, Federico Zeri es uno de los más grandes historiadores del arte vivos y, también, el más excepcional por lo rotundo e independiente de sus opiniones y lo agitado y contradictorio de sus vivencias.

Su relación con el arte, con su país, con el coleccionismo, con la vida toda es de naturaleza pasional. Una pasión alimentada por una de las más lúcidas inteligencias contemporáneas.

En conversaciones con Patrick Mauriès, Zeri cuenta los episodios más relevantes de su biografía, retrata a sus contemporáneos, ya sea del mundo artístico, de la fauna de Hollywood, de los ambientes aristocráticos ingleses o del aparato y la nomenclatura soviéticos, mientras nos revela cierta historia secreta del arte, desde la Antigüedad hasta nuestros días.

Federico Zeri, nacido en Roma en 1921, vive en su villa-museo-biblioteca de Mentana. Autor de numerosos estudios y atribuciones de obras célebres, forma parte del Consejo Científico del Museo del Prado.

Trama Editorial

Apdo. de Correos 10.605
 Tfno/Fax: 915 738 781
<http://www.infor.net.es/trama/>
 28080 Madrid

El movimiento estudiantil busca hoy desesperadamente una teoría y una praxis, formas organizativas que puedan corresponder y oponerse a la sociedad tardocapitalista. Desgarrado por dentro, está plagado de provocadores y de individuos que objetivamente practican la provocación como fin. Como a tí, me parecen reprobables algunas acciones como las que según me cuentan tuvieron lugar en Frankfurt y Hamburgo. Públicamente he combatido, por juzgarla una acción suicida, la consigna de la destrucción de la universidad. Creo que precisamente en esta situación nuestra tarea consiste en prestar ayuda al movimiento, bien teóricamente, bien defendiéndolo de la represión y la delación.

Mi pregunta sobre si el Instituto actual sigue siendo realmente el de antes, no se refería en absoluto a las publicaciones, sino al hecho de abstenerse de la adopción de posiciones políticas. De nuevo: no prescindo en absoluto del concepto de mediación, pero hay situaciones en las que ésta se manifiesta precisamente en la concreción. El gran, o mejor dicho histórico trabajo del Instituto requiere, en conformidad con su dinámica interna, una clara toma de posición contra el imperialismo norteamericano y a favor de la lucha de liberación en Vietnam, y no se trata precisamente de hablar de que los «chinos están en el Rin» mientras la prioridad del capitalismo siga siendo la explotación. En 1965, en Alemania, ya oí hablar de la identificación del Instituto con la política norteamericana.

Viene ahora la parte más desagradable de mi carta. Por casualidad veo en el *Spiegel* que también Max se ha sumado al coro de mis agresores. He evitado, con el mayor escrúpulo posible, exponer en público nuestras diferencias. Ahora tengo que responder públicamente. Me parece sólo un tanto raro que Max reclame la propiedad privada de ideas elaboradas en común en la discusión; acepto gustoso que estos pensamientos se han vuelto en mí «más toscos y simples». Creo que la «tosquedad» y la simplificación han vuelto a sacar a la luz la sustancia radical, ya apenas reconocible, de estos conceptos. Además: Habermas cita la siguiente frase del prólogo (que a mí no se me ha enviado) a la nueva edición de los ensayos de los años treinta: «La diferencia incumbe a la relación con la violencia cuya impotencia conviene a los adversarios. Por amor de la verdad, me parece necesario decir que la discutible democracia, con todas sus carencias, siempre será mejor que la dictadura que hoy podría ser provocada por una subversión». ¿Puede realmente el Horkheimer de los años treinta escribir de una manera tan adialéctica, tan atórica? A primera vista, la frase parece sólo un modo de formular la perogrullada del *lesser evil*. Pero ¿realmente es así? La palabra «democracia» queda aislada, herméticamente cerrada respecto a su contenido real: la forma de dominación del capitalismo tardío. Este aislamiento permite evitar la pregunta: ¿«mejor» para quién? ¿Para

Vietnam? ¿Para Biafra? ¿Para los hombres esclavizados en Sudamérica, en los guetos? El sistema es global y su democracia es la que con todas sus carencias ejerce, paga, arma el neocolonialismo y el neofascismo, e impide la liberación. Doble aislamiento: el neofascismo y esta democracia no son alternativos: ¿esta democracia, en cuanto capitalista, está abocada, por su propia dinámica interna, al régimen de la violencia? ¿Y por qué la subversión *debe necesariamente* provocar una dictadura peor de lo que ahora existente? El deseo del actual movimiento de protesta, en especial el de los estudiantes, ¿no es precisamente *impedir* semejante evolución? ¿Y hay que denunciar desde el principio este movimiento como «violencia impotente» —ante todo, es más que dudoso que aquí quepa hablar en conciencia de violencia—, si se la compara con aquella que utilizan los dominadores? ¿Qué es lo que más «conviene» a los adversarios: asegurar con autoridad que este movimiento es impotente, o reforzarlo? Los estudiantes conocen muy bien los límites objetivos de su protesta: no nos necesitan a nosotros para darse cuenta, pero a lo mejor sí nos necesitan para ayudarles a superar esos límites. La violencia, los *practitioners of violence* están en el otro lado, en el campo del adversario, y nosotros tendríamos que cuidarnos de asumir sus categorías y golpear con ellas al movimiento de protesta. ¿Y la dictadura *después* de la subversión? Tendremos que tener el valor teórico de no identificar bajo la categoría general de dictadura la violencia de la liberación con la violencia de la represión. Por atroz que sea: el campesino vietnamita que mata al *landlord* que durante décadas lo ha torturado y explotado, no hace lo mismo que el *landlord* que mata al esclavo rebelde.

Naturalmente, donde las instituciones democrático-parlamentarias todavía funcionen a favor de los derechos a la libertad y en contra de la agudización de la represión, han de defenderse. Pero son desmanteladas no por los actos de los estudiantes, sino más bien por los de la clase dominante. En EE UU, las *state legislatures* son hoy un centro de represión intensificada, y los nuevos nombramientos para la Supreme Court que ha hecho Nixon indican en qué dirección va la política.

Estas son algunas de las cosas sobre las que tendremos que discutir. A lo mejor todavía lo conseguimos. Al fin y al cabo, hay un tren directo de Zermatt a Pontresina (el magnífico *Glacier Express*), y la distancia de Pontresina a Zermatt es exactamente la misma que de Zermatt a Pontresina. Espero encontrarme con Habermas en Zúrich a mediados de agosto. Nosotros estaremos aquí hasta el 14 de agosto: nadar todos los días en el Mediterráneo y la cocina francesa benefician la regeneración espiritual y corporal.

Y Con afecto a los dos. (Herbert)

□

Mujeres de cine (Sobre *Thelma y Louise*)

Lluis Alvarez

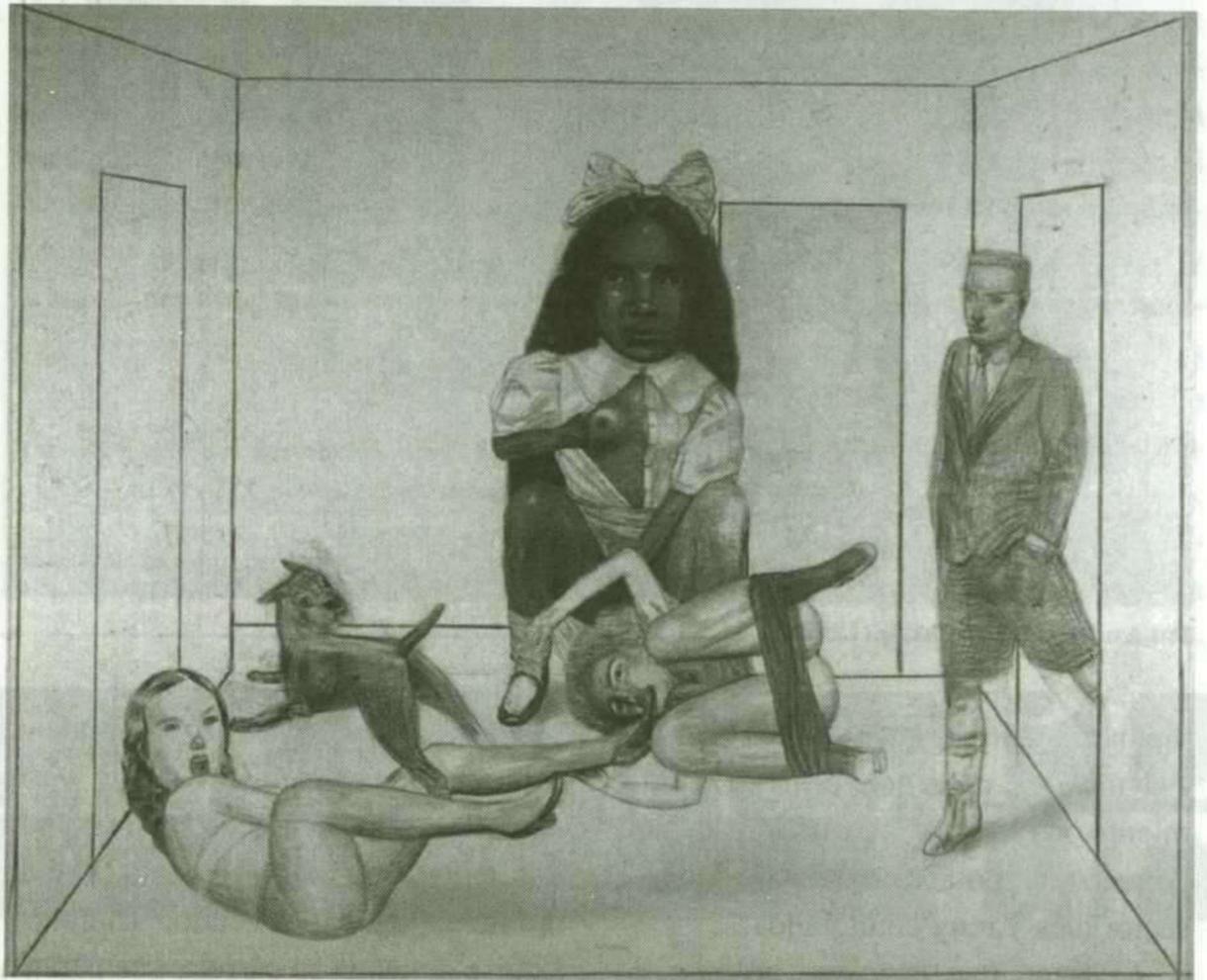
Yo no tenía un héroe fijo —declaró Julia—, pero el modelo de mujer, sí. Aquellas mujeres abogadas que tenían oficinas de cristal en los pisos de los rascacielos.

—Aquellas mujeres en blanco y negro que se lanzaban a las calles de Nueva York a otra lucha diferente que a ti, Julia, te fascinaban —añadió Cecilia.

—Sí, —dijo Julia—. Otra vez la elección: ¿campo salvaje o gran ciudad? Yo elegí la gran ciudad. Yo descubrí la gran ciudad en el cine. Deseé huir de mi vida provinciana; en el cine, Katherine Hepburn era mi modelo. Aquel pelo, aquellos trajes, aquel carácter rebelde, abierto, triunfador. Recuerdo expresiones, gestos de la Katherine de aquellos años y no recuerdo la cara de mi madre entonces. Ni cómo era, ni cómo vestía. ¿Era más real para mí Katherine? ¿Era mi madre tan fantasmal?

JOSEFINA ALDECOA, *Happy End*,
El País Semanal, 18 de agosto de 1996.

Thelma y Louise (1991, Ridley Scott) presenta maneras novedosas en el cine de los años noventa, no sólo porque trata de mujeres según las pautas del movimiento feminista, sino también porque la



Pat Andrea: *La negrita* (1997).

narración fílmica sigue la estrategia nada inocente de invadir con procedimientos de calidad el cine de espectáculo (1).

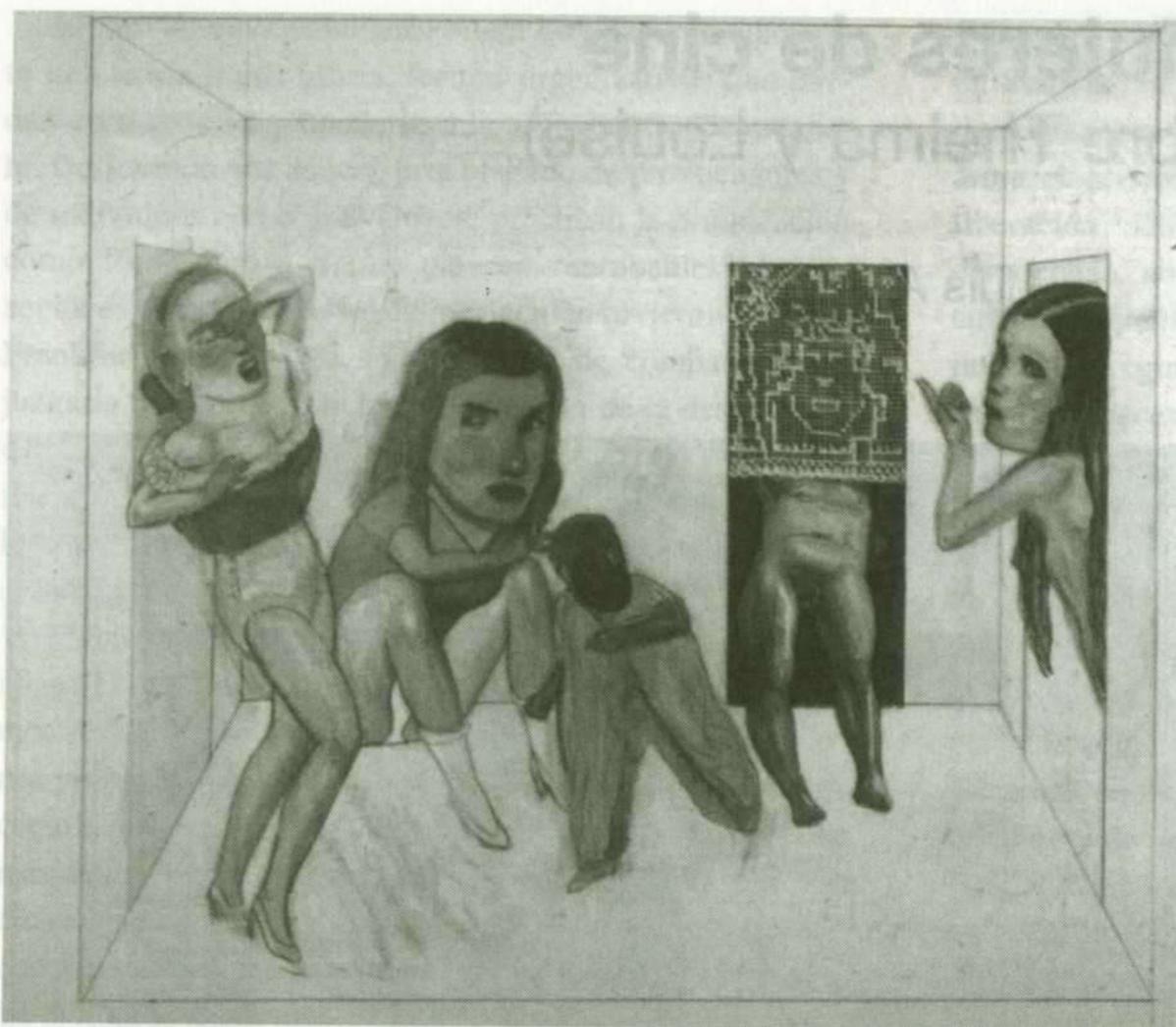
Thelma y Louise, que no es una película de dos chicas feministas sino una película feminista de dos chicas, es además cine común: la historia de *Thelma y Louise* interesa a todos aun cuando sus claves incorporan discursos

muy propios del feminismo que interesan más (en ese sentido forense) a las mujeres. El inteligente guión de Callie Khouri es servido con tanta gracia y atractivo por Susan Sarandon («Louise») y Geena Davis («Thelma») que la película resulta ejemplar también por esto: porque siendo una película de mujeres sabe utilizar de modo

(1) Ridley Scott es un director dotado de una caligrafía muy correcta y de un especial sentido moderno de la luz y del color, así como del ritmo del montaje, forjados sin duda en el duro oficio del vídeo y de los *spots* publicitarios. Pero ha demostrado también una rara habilidad para escapar del tremendismo mediante una reelaboración más fina de la cultura progresista como espectáculo. Hay autores de su generación que se le parecen en eso: lo que Oliver Stone ha hecho con la cotidianeidad —ofrecer ortoversiones que aúnan la vivencia de una época con la visión más neutra y sociológica (véase en *Platoon* o en *JFK*, sobre la guerra del Vietnam y sobre el magnicidio de Dallas, respectivamente)— lo ha

hecho Scott proyectando mundos que continúan la imaginación moderna más allá de los límites de la ciencia-ficción y de la tradición interna del cinematógrafo. Ridley Scott es el autor de *Alien* (1983) y de *Blade Runner* (1986), dos películas de culto, como se dice, tanto por la innovación formal como por la pertinencia de sus abundantes referencias literarias, psicoanalíticas y arquetípicas. Y sin embargo no estamos hablando de cine experimental, marginal, o «minimal» sino de películas de la industria que tienen voluntad de éxito y de máxima difusión. Si en *Blade Runner* vuelven a plantearse los temas de la subjetividad y de la responsabilidad, a través del contraste entre el semi-héroe servidor de la justicia pública y el

androide-fuera-de-la-ley, apuntaba ya en *Alien*, que se ha convertido en un clásico producto de serie, alguna propuesta feminista. En efecto, el mundo de relaciones humanas de *Alien* (moderadamente futurista) es ya un mundo menos sexista que el actual. Se recordará el papel de Sigourney Weaver, que no es ya heroína por defecto masculino sino por pura y simple sustitución. Cuando «la Comandante Ripley» se enfrenta como Bella a la Bestia (el monstruo galáctico indestructible) lo hace ya desde el techo mismo de la humanidad, como individuo contra el «ente inhumano», y no desde la subrogación de una fuerza de *sex-appeal* basada en un inerte desamparo.



Pat Andrea: *Which Dwarf* (1997).

mediático la carga militante. ¿No es esa una vía para convertir en sentimiento mayoritario, si difuso, lo que comenzó como árdua lucha de grupos sectoriales y muy connotados?

El truco que consigue colocar la problemática y la pasión de la historia consiste en gran parte en alejarla de los ambientes urbanos *leftist*, donde podría tener un acomodo más explícito pero menos épico, y vincularla en cambio a otro marco más aventurero: las historias de *road-movie*, o películas de viaje y escapada. En ellas el paisaje y los coches expresan directamente la metáfora de la vida como huida hacia adelante y hacia fuera. En la cultura norteamericana hay varias pautas de este tema, pero puede que sea la novela *On the road*, de Jack Kerouac, la principal (2).

(2) Pero lo mismo que ocurría con *Alien* respecto a la ciencia-ficción estándar sucede aquí respecto al imaginario de la *beat-generation*; rebeldes y extremos en comparación con «el sistema» pero no menos machistas que él, por cierto, la ciencia-ficción-B y la generación *beat* han tenido que soportar que las mujeres se hayan desplazado al centro del protagonismo, pero no como pretexto de la problemática masculina sino como su sustituto agónico.

En *Thelma y Louise* el ambiente *country* y los paisajes del Medio Oeste dan una réplica actualizada a la «huida a México» de la mitomanía. En un momento dado del relato, Thelma y Louise detienen su carrera y se paran a contemplar el magnífico espectáculo de una naturaleza grandiosa. No de forma secundaria hemos de interpretar ahí un cambio fuerte de los referentes románticos de los que ha hablado la crítica de la película: arriba/abajo son aquí referencias desplazadas porque significan de otra manera cuando el protagonista es el héroe masculino.

Naturaleza hermana

El entorno como naturaleza es para el héroe-macho el campo de batalla (tantas veces literal) en el que la contemplación estética es apenas índice de la promesa de un mundo reconciliado. Incluso cuando el héroe-macho perece, la naturaleza no lo acoge como-madre (a menos que sea un héroe secundario de una étnica «secundaria» y «primitiva») sino que él permanece, por una lógica narrativa de fatalidad,

siendo un individuo. Aun cuando la naturaleza-entorno sea testigo resistente de la lucha o de la huida del héroe, él está siempre dispuesto a volver por sus fueros y ocupar el centro de su poder simbólico: logra escapar, recupera sus bienes, salva a la chica, detiene o mata a los malvados, mantiene y define con su acción la jerarquía de las cosas importantes. La mirada sobre la naturaleza se borra entonces. No ha sido más que un momento débil de nostalgia o de anhelo proyectivo de paz, un momento que es tal vez necesario pero transitorio y cancelable.

La relación de Thelma y Louise con la naturaleza entorno, en cambio, va educándose y educándose desde el entorno social urbano corriente y esperable («abajo»), a través de la decantación y connivencia con el paisaje desnudo y envolvente («arriba»), hasta el final y brutal encuentro con ese paisaje en forma de abismo de muerte (y no cualquier abismo sino el más simbólico de su entorno narrativo: el Cañón del Colorado). Si a nivel visual hay en el salto al abismo de Thelma y Louise una evidente síntesis entre el arriba y abajo, eso corresponde a una cierta conclusión de la película que no por nada es la que suscita la mayor cantidad de comentarios del *forum*. La naturaleza como paisaje posee con Thelma y Louise, en cuanto héroes femeninas, una especial connivencia y afinidad: ella es testigo de las tropelías casi inocentes en las que varios varones-machos (camionero rijoso y feo, policía guapo y engreído) son sometidos por las chicas a agresiones y vejaciones en parte defensivas pero también en parte puramente vindicativas. La gratificante hilaridad con la que el público recibe esas escenas se debe al hecho de que, como individuos, las dos chicas no poseen ningún lugar simbólico al que regresar después de esa lucha con el entorno. Su *derecho al mal* (en la medida en que esa expresión feminista de Amelia Valcárcel sea aplicable al caso) no está sancionado previamente por la ley del héroe. La ley de la héroe debe ir construyéndose sobre la marcha en nuestra sociedad masiva. Thelma y Louise vengan y vindican con sus acciones sin esperanza a

todas cuantas mujeres desean también vengarse y vindicar (aunque tal vez no estén dispuestas o impelidas, como ellas, a delinquir). Thelma y Louise son rodeadas por el paisaje esencializado y desnudo de una manera especial: no hay ninguna mirada masculina que se cruce entre las suyas y el espectáculo de la inmensa llanura arrebolada. La mirada del espectador puede así sumarse a la suya en directo y no como en el relato-tipo, donde la mirada femenina está en función del varón, el varón juzga el entorno y la mujer juzga al varón. El resultado de esa mirada es una contemplación propiamente dicha: las cosas están así para nosotras y en cambio podrían ser de otra manera. La naturaleza, más que madre que engendra y devora, es así promesa e imagen de una reconciliación en hermandad, más allá de los conflictos sociales y de la diferencia sexual, de lo que las dos chicas padecen.

La naturaleza-hermana no promete ni promueve, así pues, la reconquista del centro del poder simbólico (como la naturaleza-madre que es el fondo sobre el que contrasta la individualidad masculina) sino que apoya la subjetualización descentrando todo poder y acogiendo si acaso los restos del sacrificio que ello comporta. El dilema para Thelma y Louise es más fuerte que el dilema del héroe o antihéroe masculino: llegar sanas y salvas a México no es cuestión de una posibilidad provisional, México no es un lugar donde uno puede beber y divertirse en espera del regreso triunfal a Itaca, o un lugar de segura estancia donde el éxodo concluye. Como ellas mismas dicen, México es un lugar tan malo como cualquier otro, el reino de la legalidad masculina y patriarcal no se cancela con la huida exitosa, México es simplemente una opción de vida o muerte.

Otras huidas

La escapada de Thelma y Louise es muy diferente de otras escapadas antecesoras, en el cine y en la literatura. En *A bout de souffle* (1959, Jean-Luc Godard) el personaje que encarna con su probada simpatía el actor Jean-Paul Belmondo no es ya el proscrito positivo que con razón se enfrenta a la Ley y que, cuestionándola, se coloca, en cierto modo, más allá de ella. Aparte de la estirpe clásica de ese tema, también el arte romántico lo ha heredado adaptándolo a las circunstancias sociales y democráticas de las sociedades modernas, de suerte que en nuestros días sigue tratándose con frecuencia: de hecho se ha convertido en un filón rutinario del arte edificante y televisivo. Pero el personaje de Godard no cuestiona nada, manteniéndose en una

Premios Literarios Jaén 1999

Novela, Poesía, Narrativa Infantil y Juvenil.



XV Edición. Los premios literarios JAÉN 1999 se convocan en las siguientes especialidades:

Premio Jaén de Novela. La extensión de los trabajos será de un mínimo de 200 folios y de un máximo de 300, a dos espacios. Tema libre.

Dotación: 4.000.000 de pesetas. Edición con Editorial DEBATE.

Premio Jaén de Poesía. Para trabajos con libertad de rima, medida y tema, con una extensión mínima de 500 versos y máxima de 1.000.

Dotación: 2.000.000 de pesetas. Edición con Editorial HIPERIÓN.

Premio Jaén de Narrativa Infantil y Juvenil.

La extensión de los trabajos será de un mínimo de 80 folios y de un máximo de 150, a dos espacios. Tema libre.

Dotación: 2.000.000 de pesetas. Edición con Editorial ALFAGUARA.

Poesía. Se enviarán a EDITORIAL HIPERIÓN (Premio Jaén de Poesía). C/ Salustiano Olózaga, 14. 28001 Madrid.

Narrativa Infantil y Juvenil. Se enviarán a EDITORIAL ALFAGUARA. División Infantil y Juvenil (Premio Jaén de Narrativa Infantil y Juvenil). C/ Torrelaguna, 60. 28043 Madrid.

El certamen está abierto a la participación de escritores en lengua castellana con obras originales e inéditas.

Las obras, que deberán ser presentadas por duplicado en tamaño Din A4, mecanografiadas a doble espacio y por una sola cara, se enviarán a las direcciones indicadas de acuerdo con la especialidad a que se opte.

El plazo de admisión de originales se cerrará a las 15 horas del día 31 de Mayo de 1999. Los originales presentados habrán de ser encabezados con un título, e irán acompañados de plica cerrada conteniendo los datos del concursante (nombre y apellidos, domicilio, teléfono, etc.). En el exterior de la plica figurará igualmente el título de la obra presentada.

INFORMACIÓN Y BASES

Caja General de Ahorros de Granada
Obra Social

C/ Reyes Católicos, 51 - 2º, 18001 Granada.

Tlfs.: 958 244 404 y 958 244 701. Fax: 958 244 621.



ENVÍOS

Novela. Se enviarán a EDITORIAL DEBATE (Premio Jaén de Novela). C/ O'Donnell, 19, 1ª Planta. 28009 Madrid.



CAJA de GRANADA

consciencia inocente. Si su caso no se toma en serio, la película resulta ser la construcción cerrada de un suceso, *cinema-verité*. Si el caso se toma en serio entonces la graciosa, valiente e ingeniosa huida es el argumento mismo de la individualidad del personaje y por tanto su muerte nos remite a un modelo de hombre sin culpa y sin propósito, el «único» de las filosofías anarquistas. Por desgracia para todos, tan benévola lectura no se sostiene cuando consideramos el papel femenino, la chica-que-vende-periódico-americano, interpretado por Jean Seberg. Hay ahí una contradicción, como decíamos en la jerga hegeliano-maoista, (lo cual quería decir que la contradicción lo era no menos en la realidad que en el texto, al mismo tiempo y por las mismas razones). Si no tomamos en serio el caso, la chica de la narración de Godard es irrelevante; esa mujer-muchacho de pelo corto y tejanos no llega a ser el reposo del guerrero sino, todo lo más, auxilio accidental y refrigerio fugaz. La chica de *A bout de souffle*, por decirlo en términos de la teórica Laura Mulvey, ni siquiera llega a producir «escoptofilia fetichista»: es decir, el *voyeurismo* capaz de suspender la acción narrativa y de introducir esa especie de culto

pagano a la belleza castrada que es la versión estética de la misoginia. Esa *escoptofilia* —tanto fetichista como controlada o sádica— fue enfatizada en muchas películas de la etapa anterior a la *nouvelle vague* (en las de Hitchcock o Sternberg) y el propio Godard la practicaría a través de su musa Anne Karina en otros films. Sin embargo, esa clase de fetichismo está ausente en la aventura de Belmondo. O mejor dicho Belmondo mismo, probablemente, asume las tres funciones, la del héroe, la del villano y la del fetiche. Jean Seberg, que por desgracia sufriría ella misma en la vida real el destino de un «juguete roto», no llega a ser una *real woman*. Pero si tomamos en serio su caso, entonces la ejemplaridad del relato hace que la posición de la mujer-niño sea sencillamente injusta desde las exigencias de una política sexual. «El protagonista masculino es libre para organizar la escena, una escena de ilusión espacial en la que aquél articula la mirada y crea la acción», (Mulvey, *Screen*, 1975). Estoy seguro de que muchos de nosotros, treinta años después, revisamos la película de Godard y sentimos esa desazón: los varones vivíamos la crítica del presente de una manera más continuista de lo que creí-

amos con las inercias patriarcales mientras que «la otra mitad del cielo» —las mujeres— tenían sus propias fuentes de conciencia y sus propias líderes (3).

Hoy en cambio una película como *Thelma y Louise* implica un nudo de problemas sociales, sexuales, legales y filosóficos que no admiten otro tratamiento visual que no sea el de poner en el centro de la escena a la pareja que escapa, exige, planea, ama y muere por sí misma y para sí misma. En el centro de la trama están Louise y Thelma. No hay modo de zafarse de su mirada porque ellas son las que organizan el espacio y el efecto visuales, al igual que en otro tiempo lo hacía el protagonista varón (4).

Clase y sexo

En el cine de los años ochenta las mujeres jóvenes no están constreñidas, como en el cine de los años treinta, a seguir una pauta de partida, la que sea, hacia la conservación o conquista de la máxima jerarquía posible de riqueza, respetabilidad y poder. Es cierto que las vías del rol femenino en el relato son más estrechas y menos variadas que las vías masculinas. Y eso por dos razones. Una de ellas

(3) Ante el riesgo de que lo anterior confunda a alguien, quisiera subrayar que nada de lo que crítico está ya presente en *Thelma y Louise*. El transcurso de una generación ha bastado para transformar hasta los hábitos del mismísimo *star-system* del cinematógrafo en el terreno de la política sexual. No resulta difícil de creer, aún cuando uno mismo no frecuente esos ambientes, que las actrices se esfuercen en obtener idéntica importancia que los actores e iguales condiciones de trabajo. Pero es que además las grandes actrices han aprendido de alguna manera la semiótica del machismo fílmico y se aplican a corregirlo por la cuenta que les trae. En una revista corriente puede uno leer las respuestas de la actriz Kathleen Turner, poco sospechosa de ser una extremista en política o en cualquier otra cosa: a la hora de aceptar un papel protagonista en una película ella sólo pide estar en el centro de la trama y no ser un pretexto camuflado de una historia que la minusvalore. De hecho, no se trata sobre todo del tratamiento visual y de sus convenciones. El análisis puede mostrar, por ejemplo, que la mayor parte de las películas clásicas «femeninas» de la brava Katherine Hepburn no responderían a las exigencias actuales de Kathleen Turner. Lo más probable

es que la Turner rechazaría hoy los guiones que en su día hicieron célebre el profeminismo de la Hepburn. Hay sin duda excepciones consoladoras y estimulantes: aquellas comedias urbanas de los años treinta con chicas intrépidas, trabajadoras e independientes —muy *New Deal*— que forman su vínculo amoroso en una divertida rivalidad igualitaria con su pareja. Pero aquellos chispeantes diálogos y situaciones sociales en los que los guionistas de Hollywood eran tantas veces maestros no suficientemente apreciados, se fueron con el viento: después de la segunda Gran Guerra la ola de *la mística de la feminidad* que con tanta energía denunció Betty Friedan se las llevó por delante y nos dejó a Doris Day metidita en su cocina casi hasta ayer.

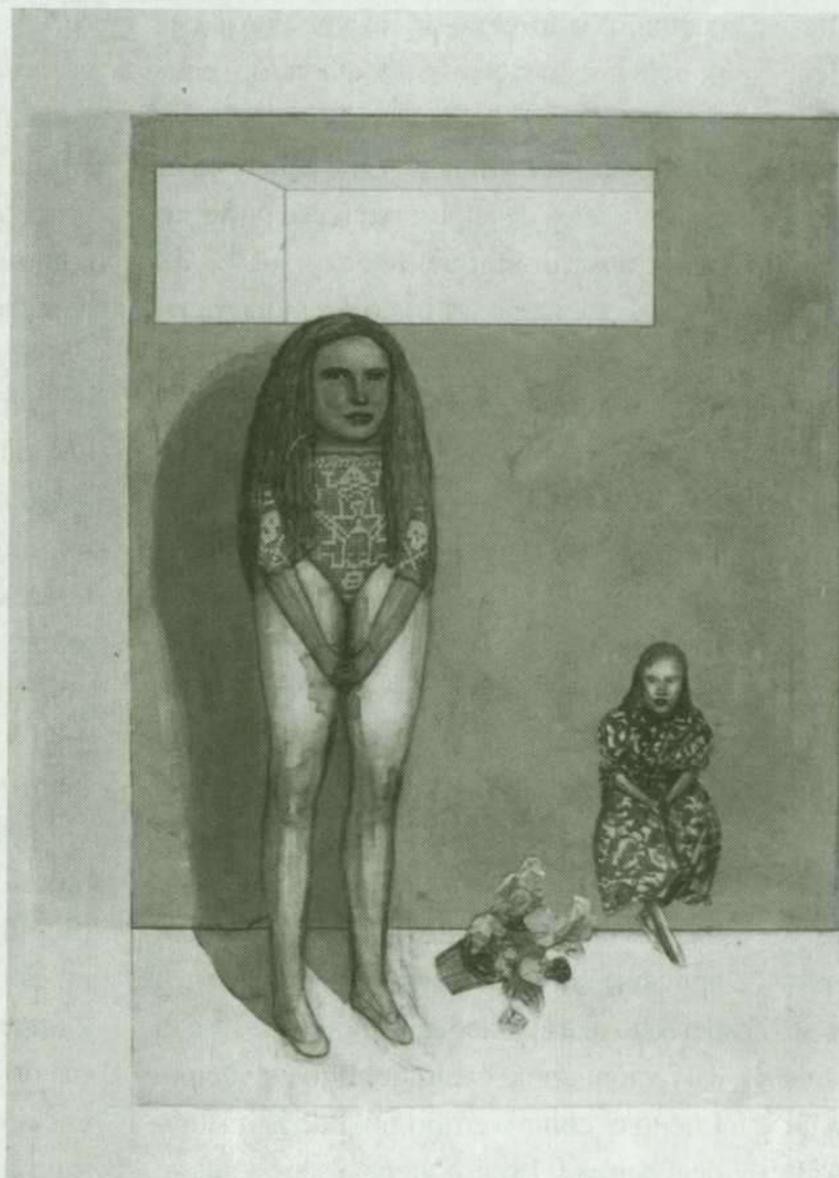
(4) En el primer tercio del film queda claro que el marido de Thelma es su apéndice narrativo de la misma manera que el novio de Louise es el apoyo de su decisión vital. Esa posición discursiva colorea todos los elementos de *atrezzo*: la pareja de amigas viste al estilo «tejano», por lo cual el vestuario del novio de Louise es una especie de disfraz del Elvis Presley y el del amante ocasional de

Thelma hace cita explícita, y por ello lateral, de un desplante a lo James Dean. En realidad el personaje masculino que da la réplica a Thelma y a Louise es el «policia bueno» que encarna ese actorazo supereficaz que es Harvey Keitel. La fórmula de *Thelma y Louise* está siendo ya productiva desde su aparición, tanto en la serie A como en la B. Películas como *Tomates verdes fritos* (Jon Aunet), montada como tantas veces sobre un *best-seller* literario (de Fannie Flagg), desarrollan una historia divertida e intensa en la que manda un relato de mujer y unas protagonistas mujeres. Así también en *Freda y Camilla* (Deepa Mehta) o en la reciente *Leaving Normal*, titulada en español *Dos chicas en la carretera*, de Edward Zwick y coproducida por Sarah Caplan y Sidney Pollack (que no pierde comba en la innovación). En ella las actrices Meg Tilly y Christine Lathi dan vida a dos personajes que tienen más de una afinidad con Thelma y con Louise. Por lo demás, la serie B (de guión más tópico e imagen más conservadora) empieza a entrar a saco también en el tema de mujeres-jóvenes-conflictivas-que viajan-juntas. No hay más que fijarse durante varias semanas en la programación *prime time* de las televisiones.

es que no existe ningún papel femenino autónomo, en el sentido de un despliegue variado de estereotipos válidos por sí mismos con independencia de la jerarquía sociosexual que impliquen. (Las señaladas excepciones funcionan justamente como antecedentes de la situación narrativa más corriente ahora.) Fijémonos en ese relato-básico fílmico que ha llegado a ser el del género *western*. Los roles masculinos poseen ahí una entidad narrativa que forma entre ellos oposiciones significantes fuertes. El puesto de la mujer, en cambio, es flotante y asimilable al de los personajes secundarios o figurantes en tanto no entre en una dinámica de orientación respecto a algún personaje masculino. Aún más: todas son a su vez equivalentes, manteniendo además entre ellas oposiciones débiles en tanto no entren en la órbita de un varón o varones

principales: la sobrina-del-comandante se enamora del joven-teniente, la chica-del-saloon es pretendida por el aventurero, la joven casada (incluso) se enamora de otro, etcétera. Las combinaciones son indefinidas si bien no infinitas, dados los tipos. Pero esa es la manera única en que una mujer-de-western se convierte en protagonista. En los géneros narrativos con códigos menos rígidos (si es que los hay) la cosa va más o menos igual, lo que nos lleva a la segunda razón de la escasez de roles femeninos: el único horizonte y el único motor determinante de ese rol es el amor. Causa final y causa eficiente, si se me permite la broma

(5) Estamos hablando siempre de cine-cine de guión, puesto que como es obvio los argumentos que proceden de la novela y sobre todo el teatro poseen otras dimensiones. Es cierto que incluso ellos sufren una especie de reducción debido al estado del medio fílmico, pero en todo caso plantean otros problemas semióticos distintos a los del «relato de actualidad». De hecho la continuación mediática de la «comedia urbana» (uno de los géneros fílmicos donde la cuestión sexual del género es más evidente) se concentra más bien hoy en un medio no cinematográfico: la serie de televisión.



Pat Andrea: *Sin título* (1997).

escolástica, de la conversión de las mujeres en protagonistas. Por medio del amor en cuanto conquista, aceptación o abnegación por respecto al varón de turno (y subsidiariamente respecto a la familia en sí) la mujer-protagonista se realiza, se redime, triunfa y «es feliz». Los estereotipos masculinos, por cierto, están libres de la obligación de ser felices. En cuanto a las «mujeres malas» son, por lo general, las que ni conquistan, ni aceptan ni se sacrifican ni, por supuesto, son felices. Lástima para el relato que ellas sean casi siempre las que, por eso mismo, son más autónomas y más asimilables a la igualdad equipolente de los roles masculinos. Cumpliendo el «derecho al mal» las mujeres del relato se asimilan al comportamiento «normal» del protagonista-varón: lo que hace el protagonista es por definición bueno, aunque no lo parezca, sólo hace falta aguardar hasta el *The End* (5).

Sin embargo las chicas de cine del fin-del-siglo-XX no están en una jerarquía rígida, como las de los *western* o

como sus antecesoras de la comedia urbana de los años treinta. Thelma y Louise no están ya obligadas a buscar la máxima riqueza, poder y amor dentro del esquema «estable» de la diferencia sexual. El marco simbólico de los cambios económicos influye también en esto: los lugares que visitan, los vestidos que lucen, los objetos a los que acceden van mostrando el árduo camino de las mujeres de cine de los años treinta hacia su triunfo social; la relación de los objetos y de los lugares con su significado sociosexual está muy marcada, así como la diferencia medio urbano-medio rural. En *Thelma y Louise* esto ha cambiado notablemente: la diferencia campo-ciudad no está enfatizada (en todos los sitios hay no sólo gasolineras y hoteles, como en el *movie-road* de décadas anteriores, sino también piscinas y tarjetas de crédito), pero sobre todo

el *estatus* indicado por el tipo de vida de Thelma y de Louise no está considerado como transitorio en sí mismo. El problema principal de Thelma y de Louise no es su triunfo social como mujeres sino su triunfo humano: su problema es el de la igualdad, dañada por los efectos sociales injustos de la diferencia sexual. El problema fílmico de Thelma y de Louise es cómo hacer de ellas seres autónomos, como los varones, y al mismo tiempo «buenos» (no como las chicas buenas pero heterónomas ni como las chicas autónomas pero «malas»).

Cuento y relato

Toda historia fílmica, incluida ésta que comentamos, puede ser vista bajo las reglas de dos clases distintas de narración: el *cuento* y el *relato*. La relación principal entre «cuento» y «relato» es de inclusión. Todo cuento es un relato, pero no todo relato es un cuento. La razón diacrónica de esto puede decla-

rarse así: al principio del desarrollo literario tenemos tres géneros principales, la poesía, la historia y el texto sagrado. De ellos la poesía es no-narración, la historia es narración y el texto sagrado es mixto de poesía y narración. La lectura del cine no escapa a este esquema. *Thelma y Louise*, por ejemplo, puede ser leída como un cuento o como un relato. Siempre estará así más cerca de la historia que de la poesía (como la mayor parte del cine industrial y comercial) pero, con todo, la diferencia entre el cuento y el relato sigue siendo efectiva para el espectador aún cuando no sepa teorizarla. («Contar una historia», se dice, *story* en inglés mantiene su significado de «relato»).

La diferencia entre el cuento y el relato reside en que el cuento es cerrado y alegórico mientras que el relato es abierto y simbólico. Cuando en el *forum* se discute el final de la película, esta distinción es relevante. Si leemos la historia de Thelma y Louise como un cuento, entonces la moraleja es que las chicas malas perecen y no se salvan aunque tengan razón. Si la leemos como un relato, como un fragmento de novela, entonces el final de la historia es contingente. Las protagonistas han perecido pero también podrían haber tenido suerte y éxito y haber escapado a México. Pero de hecho el final fuerza un bello suicidio, luego tal acto ha de tener su simbolismo. Ciertamente que ahí se ofrece un símbolo evidente: la libertad vale más que la vida. Pero también es cierto que las dos mujeres cumplen en esa historia-novela-abierta la más ortodoxa figura psicoanalítica de la autodestrucción: el adelanto del desenlace, sin mediaciones. El sexismo de esa salida narrativa parece claro si se le aplica al revés la operación feminista sustitutoria. Si las dos mujeres fueran dos varones el alegre suicidio quedaría reducido a un *non sense* o al acto adolescente más inmaduro. Los «hombres de verdad» no actúan así, sino que pactan hasta el final, con fuerza y astucia. Thelma y Louise tienen de hecho en el relato un punto posible de pacto: es el policía «bueno». La cuestión es: ¿por qué no

pactan, por lo tanto? ¿Tal vez porque el policía bueno sigue siendo un varón, enemigo sustancial? ¿Pactarían en cambio si el policía fuera mujer? ¿No caben otras posibilidades de supervivencia a partir de una transacción que haga posible, de nuevo, el engaño, el truco, la huida definitiva? Así es como actúan los hombres auténticos, los héroes del relato.

Feminismo de las hermanas

El *derecho al mal* se ejercita para la igualdad, en el sentido de que el patrón normal de estima del género varón —que incluye sus deficiencias y sus mediocridades— ha de ser, cuando menos, extendido al género mujer. Thelma y Louise, por tanto (o al menos una de las dos, si es que quiere aplicarse el esquema «sacrificial»), tienen derecho al trapicheo, a la indignidad y a la salvación, como cualquier hijo de vecino. Luego el controvertido final de la historia de Thelma y Louise viene a ser un apoyo apenas velado al *feminismo de la diferencia*, aquel que rechaza el «derecho al mal» en cuanto aspecto de una indeseable participación en el poder masculino. Eso, sin duda, nos arroja y devuelve a la polémica en curso en vez de hacernos saltar a otro nivel.

Encuentro, no obstante, que hay ya en el imaginario otros relatos que se han superpuesto con ventaja a este que comentamos. Tenemos, por ejemplo, el de *Nikita* de Luc Besson, que se ha desdoblado en dos versiones fílmicas. Una, la original francesa, más experimental, y otra la versión americana (con la actriz Bridget Fonda) que ofrece una estética más redundante pero también más eficaz. La historia se basa en la construcción verosímil de un lugar de violencia que escapa al puritanismo en la medida en que dicho lugar es el de la violencia más o menos legítima (eso es discutible, pero no aquí y ahora) de la policía secreta. Cuando Nikita, joven y maleducada delincuente, entra a formar parte de esa organización secreta, se inicia para ella un proceso de formación y de disciplina que la convierte al mismo tiempo

en un miembro poderoso y bello de un grupo en el que la igualdad sexual sólo está limitada por la asimetría jerárquica. Nikita encontrará así un campo de acción en el que su derecho al mal se revela como un espejo invertido respecto al derecho de las mujeres de la superficie. En su mundo secreto y subterráneo ella no tiene libertad y ni siquiera posee su identidad originaria, que le ha sido arrebatada. Las otras mujeres, las del mundo normal y público, tienen su cuota de libertad pero carecen de la licencia para matar, que ella profesa. Nikita, a su vez, posee en el submundo ese poder de oficio pero carece de libertad para ejercerlo fuera, en los avatares, digamos, de su vida amorosa. Como en todo relato moralista, la fascinación aquí surge de la muestra impune de lo que para el/la héroe no es más que una obligación, una rutina o un acaso forzoso. En realidad, el encierro de Nikita es sinécdoque evidente del encierro en general en el que el factor fortuna contiene las opciones de cualquiera. La veta feminista no está ausente de estas películas que completan de varias maneras las novedades y logros de *Thelma y Louise*. Hay un reparto desigual de las coordenadas de igualdad y libertad pero las mujeres encuentran en esa desigualdad vías específicas: también Nikita encuentra su mujer superior de la que fiarse. El *affidamento* de Nikita con la mujer mayor que la instruye es al mismo tiempo técnico —la entrena como superagente— y genérico —la instructora hace de Pígmalión de la femineidad de Nikita. Lo que la instructora, amiga y maestra transmite a través de esa relación de confianza no está velado en el relato, sino que es incluso demasiado explícito: «Sonríe siempre», le dice, «sobre todo en presencia de algún peligro. Porque recuerda que tú eres el ser humano más perfecto, es decir, una mujer». □

Referencias

- *Placer visual y cine narrativo*, Laura Mulvey Centro de Semiótica y Teoría del Espectáculo, 1988, Valencia-Minnesota. (*Screen*, 1975).
- «El derecho al mal», Amelia Valcárcel, en *Sexo y Filosofía, sobre «mujer» y «poder»*, Anthropos, Barcelona, 1991, pp. 169 ss. (Aparecido por primera vez en la revista *El Viejo Topo*, en 1980).



Realidades ajenas

La función del reportero es describir una realidad ajena de manera adecuada y desde una óptica individual, aunque en la medida en que cámaras y micrófonos enfocan cada vez más deprisa los acontecimientos mundiales, por muy efímeros que éstos resulten, el reportero pierde su lugar de observador privilegiado. Su medio de representación, el texto, es lento y no puede ni debe competir con las rapidísimas formas de comunicación que suponen los medios audiovisuales.

El núcleo central del reportaje es su calidad de testimonio de primera mano. La constancia, los riesgos, la voluntad de transitar por caminos apartados de la ortodoxia, las predisposiciones a escuchar otras voces, son premisas necesarias para descifrar realidades complejas.

El reportaje exige una escritura creativa pero carente de elementos de ficción. Su calidad

literaria expresa la variedad de formas en que trata sus materiales: es construcción y puesta en escena, condensación y montaje, reflexión y meditación, y esta mezcla aguanta bien que se le añadan ingredientes como la entrevista, el análisis, la poesía, el documento y la fantasía, siempre enmarcados por su relación con la realidad.

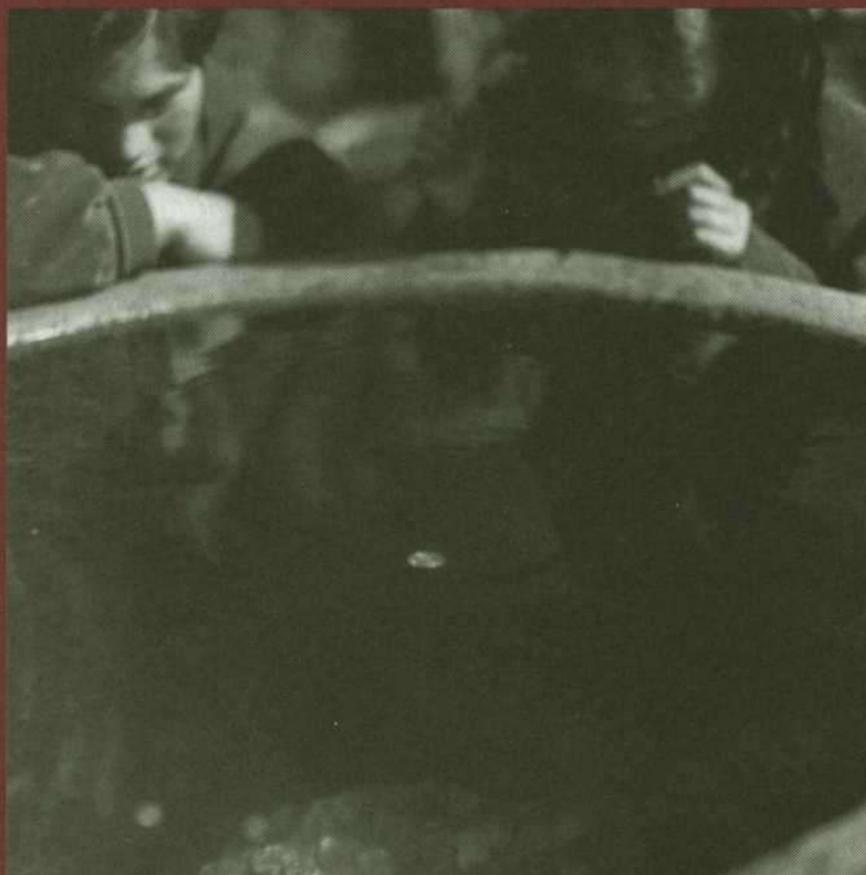
La edición alemana de LETRA INTERNACIONAL y la Casa de las Culturas del Mundo en Berlín, en colaboración con el Instituto Goethe, invitaron el año pasado a seis escritores y un fotógrafo a viajar por la periferia de la «globalización» para obtener una visión puntual, si bien sinóptica y simultánea, de nuestro planeta.

En esta primera entrega de LETRA INTERNACIONAL traemos a nuestras páginas el trabajo del danés Jan Stage, colaborador habitual en la revista, y del escritor inglés James Hamilton-Paterson, junto con el reportaje fotográfico de Daniel Schwartz, quien viajó desde Burma Road a Wall Street fotografiando lo más duro y a la vez efímero de nuestra realidad, el dinero, que nos servirá como sendero a recorrer en esta colección de reportajes que publicará LETRA INTERNACIONAL a lo largo de los próximos números.



Jan Stage

Tierra de nadie.
La identidad
perdida
de la revolución
argelina



Daniel Schwartz:
*Un visitante del parque
Cuihui mira atentamente la
moneda que ha arrojado al
agua. Si cae en el plato de
bronce del fondo, se
cumplirá su deseo. Kuming,
China (1998).*



Cuando busco al hombre en la técnica y el modo de vida europeos, encuentro una serie de negaciones de lo humano, una avalancha de crímenes. Europa ha asumido la dirección del mundo con fervor, con cinismo y con violencia (...) Europa ha rechazado toda humildad y toda modestia, pero también toda solicitud, toda ternura (...) No rindamos, pues, compañeros, tributo a Europa creando Estados, instituciones y sociedades inspirados en ella (...) hay que pasar la página, desarrollar un nuevo pensamiento, tratar de construir un hombre nuevo.

FRANTZ FANON

Los condenados de la tierra (1961)

Las revoluciones, transformaciones sociales radicales y aceleradas, hechas de las circunstancias; no siempre, o casi nunca, o quizás nunca, —maduradas y previstas científicamente en sus detalles; hechas de las pasiones, de la improvisación de hombres en su lucha por las reivindicaciones sociales, no son nunca perfectas. La nuestra tampoco lo fue. Cometió errores y algunos de esos errores se pagan caros.

ERNESTO «CHE» GUEVARA

Un pecado de la revolución (1962)

Podéis contar con la solidaridad de vuestros aliados, aliados que son innumerables. Ellos os proveerán de dinero, equipamiento e incluso armas. Os ayudarán por todos los medios salvo el de la intervención directa, porque ellos no deben verse involucrados. Un pueblo que hace la revolución suscita apasionadas alianzas, pero a fin de cuentas está solo. Sólo puede contar consigo mismo. Toda su estrategia debe elaborarse tomando esa soledad como punto de partida.

MAO TSE-TUNG

(Discurso a una delegación argelina durante su visita a Pekín en 1959)

Uno

Mokhtar me conduce a través del *bled*. Va siguiendo el sendero que otras pisadas dejaron tras de sí y que tarde o temprano debería llevarnos hasta el puesto avanzado de la frontera tunecina en Tamerza.

Vuelve la cabeza hacia atrás.

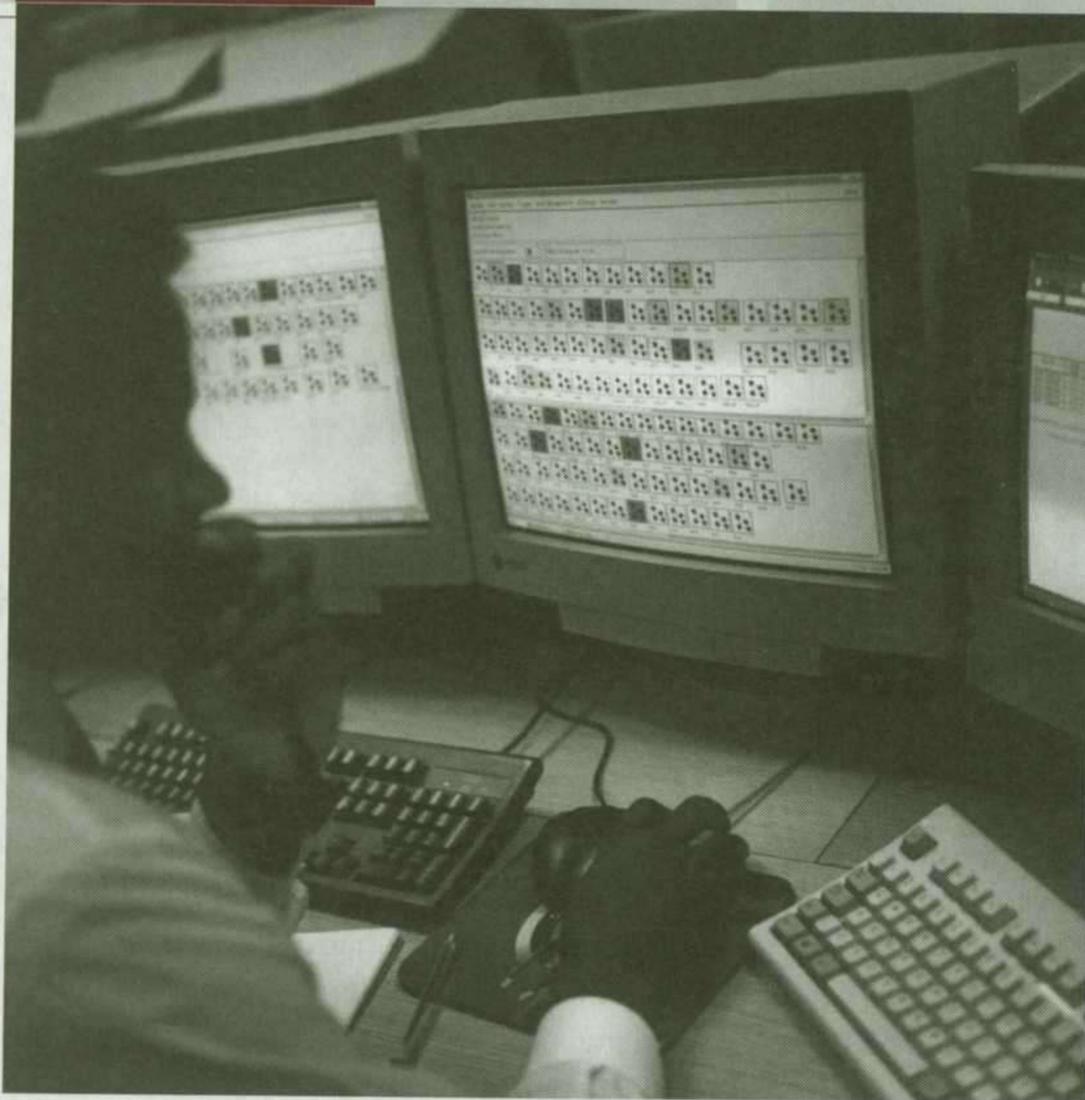
—Minas, —dice lacónico—. Nunca se sabe.

Carga con mi maleta porque ve que me he roto la mano izquierda. Es una circunstancia atenuante. Pero por lo demás es huraño y reservado como todos los gendarmes de la frontera argelina. A ninguno de ellos le agrada mi presencia. Llevo varios días en el *bled* y me han detenido con un visado que no está en regla en el pasaporte. Es una situación bastante incómoda. Tienen dos opciones, los calabozos de Bir-El-Ater o la expulsión. Se deciden por la última. Y aquí estoy, tratando de ir al paso de ese cabrón del teniente Mokhtar por el mismo paisaje triste y gris que vi por primera vez en el verano de 1961, cuando crucé de manera ilegal la frontera con una unidad del Ejército de Liberación Nacional (ALN) argelino y me encontré de pronto en plena guerra colonial.

Por aquel entonces yo era joven y estaba orgulloso. Lo había conseguido. Atravesar la línea Challe con sus campos de minas, sus alambradas de espino y sus puestos de observación franceses y estar con el *maquis* no fue empresa fácil. La guerra había durado casi siete años. Siete sangrientos años. Un millón y medio de argelinos habían muerto. La potencia colonial había echado de sus casas y de sus aldeas a varios millones más para recluirllos en «zonas controladas» a las que la propaganda francesa daba el nombre genérico de «centros de reagrupación». Más de un millón de argelinos cruzaron la frontera hacia Túnez, donde durante años soportaron una existencia miserable en barrios pobres y campos de refugiados. En total, más de la mitad de la población no europea de la colonia se vio directamente afectada por la guerra y a duras penas podemos hacernos una idea del calvario que tuvo que pasar la otra mitad.

El Estado Mayor francés hacía alarde de que la línea Challe era «impermeable». El paisaje no era más que un

Daniel Schwartz:
Sala de control de la
compañía de
telecomunicaciones World
Com. Las casillas son las
ciudades; los puntos,
clientes, bancos de
inversión y otros jugadores
globales. Londres (1998).



colosal campo de tiro, un hogar para balas y alambradas, una danza entre minas y granadas que no habían explotado.

Intento contárselo al teniente cuando nos sentamos a fumar un cigarrillo, pero no le impresiona. Tiene 26 años y las cosas de aquella época no le dicen nada. A su modo de ver, el Ejército de Liberación, el Frente Nacional, Ben Bella, Ait Ahmed y Bumedian ni siquiera son historia. Aunque yo hubiera estado aquí cien veces más seguiría dejándole frío. Lo único que tiene que hacer es cuidar de que la orden de expulsión se lleve a cabo y yo pase a manos tunecinas.

Aún así me pregunta qué es en realidad lo que andaba buscando en Argelia, cómo demonios se me ocurrió cruzar la frontera sin un visado en regla, si no me daba cuenta de que se trataba de un delito muy grave.

Le respondo que siento mucho haber ultrajado su conciencia nacional y la de sus compañeros, pero esa es la esencia y el alma del reportaje: para alcanzar el objetivo hay que buscar hasta debajo de las piedras y emplear todos los medios posibles.

Mokthar se pasa un puñado de tierra polvorienta de una mano a otra, como hacen en el *bled* cuando andan sobrados de tiempo y se afanan por entender algo que es prácticamente incomprensible.

Sí, qué andaba buscando, repite.

—Estoy escribiendo un libro sobre Frantz Fanon.

—¿Quién?

—Frantz Fanon.

Menea la cabeza.

—No es un nombre corriente y, desde luego, no es árabe.

—Fanon fue el gran ideólogo de la revolución —explico—. Quiero escribir sobre eso. Sin violencia no hay libertad. Así es como lo veía Fanon.

—¿Y querías visitarlo?

—Está muerto. Murió hace casi cuarenta años.

A Mokthar le cuesta de nuevo. Contempla el *bled* y enciende otro cigarrillo. Comienza a caer la tarde. El bajo sol de la estación seca arroja una luz pálida sobre las lomas que siguen la línea de la frontera. A lo lejos algunos pastores conducen una oleada de cabras y ovejas hacia el *wadi* más próximo, seguramente sin hacerse demasiadas ilusiones de llegar a encontrar agua.

—Muerto hace tanto tiempo —dice Mokthar—. ¿Qué tenía que ver con Argelia? Si era un extranjero, ¿qué andaba buscando aquí?

Dos

Sí, ¿qué buscaba Fanon? ¿Y qué busco yo, que lo busco a él? Yo no busco la verdad sobre Argelia en el año 1998, porque a mi juicio no hay verdades, sino sólo las raíces de las que ha brotado toda la miseria con sus masacres satánicas y sus coches bomba: la violen-

ADEMÁS DE GAS
Y PETRÓLEO,
ARGELIA
PRODUCE UN
MIEDO VACÍO
Y SIN ROSTRO
CAPAZ DE
PARALIZARNOS

cia como evangelio, como salida, como un aplazamiento posible pero en absoluto eterno del desmoronamiento del Estado.

Leo la introducción de Frantz Fanon al libro que supuso su revelación ante el público, *Piel negra, máscaras blancas*: «Estoy hablando de millones de seres humanos a los que hábilmente se ha hecho sentir miedo, complejo de inferioridad, angustia, servilismo, desesperación, humillación».

Esos «millones de seres humanos» sobre los que habla o escribe Fanon son los africanos de la época colonial. De Argelia, de Ghana, de Kenia, de Zambia y de Rhodesia. Pero sobre todo de Argelia, la colonia del otro lado del Mediterráneo. Esa colonia que iba a seguir siendo francesa y que nunca jamás se convertiría en una repetición de lo sucedido en Indochina a comienzos de los años cincuenta. Nada de derrotas como en Dien-Bien-Phu. Nada de ejércitos franceses vencidos. Nada de retiradas. Nada de rendiciones.

Ese es el marco en el que se desarrolló la guerra colonial de Argelia. Por eso, en palabras de Fanon, millones de personas sintieron ese miedo, esa angustia, esa desesperación y esa humillación que hoy por hoy son lo habitual en Argelia. Los métodos son idénticos aunque ahora se emplean contra un enemigo diferente, un enemigo interno, esa parte del pueblo que ni se opone, ni espera ni exige directamente la islamización de una sociedad gobernada desde tiempos inmemoriales por generales anónimos o mudos autócratas y que, en efecto, son argelinos, pero con el paso de los años se han convertido en un reflejo de los franceses que tuvieron el poder durante la época colonial.

A ellos, oficiales y autócratas, fue a quienes encontré al aterrizar en el aeropuerto Bumedian en noviembre de 1995. Estaban en la sala de espera bajo trece retratos (un número desafortunado, por cierto) del mismo candidato a la presidencia, Liamin Zerual, cuidadosamente escogido para ganar las elecciones. Mis nuevos amigos, con el ex coronel de gendarmería Djamel Eddine Khedim a la cabeza, estuvieron dale que dale desde el primer momento con su cantinela de que todo era normal, que muy pronto iban a acabar con los pocos «terroristas» que aún resistían en las montañas del sur de Argel y que a partir de entonces la democracia sería perfecta.

Pero las cosas no fueron así, ni en 1995 ni en los años que vinieron después. Ya de camino desde el aeropuerto, el mismo donde aterricé por vez primera en el verano de 1962, la noche anterior al día de la independencia, cuando miles de *pieds noirs* trataban de escapar, sí, ya en ese trayecto me di cuenta de que Argelia no produce sólo gas y petróleo, también produce un miedo vacío y sin rostro capaz de paralizarnos. ¿Por qué si no debería yo cargar con ni más ni menos que ocho guardaespaldas? Se tardaba apenas media hora en llegar al hotel, esa atrocidad de El Aurassi que construyeron unos arquitectos búlgaros cuando en Argelia había algo que llamaban «un turismo incipiente». A lo largo de todo el recorrido no se veía más que policía, gendarmes y unidades especiales con *pump-guns* y pasamontañas. Una paradoja sobre la que advertí a Djamel Eddine.

—Si vuestros «terroristas» están poco más o menos que liquidados o han reconocido que su conducta era totalmente irracional, ¿a qué viene entonces todo este despliegue de locura armamentística? ¿Por qué este vacío? ¿Qué es lo que teméis?

Por lo que recuerdo, la respuesta del ex coronel fue que lo que estaba viendo no era más que un modo organizado de dar la bienvenida a los extranjeros, ¡que así era como tenían que ser las cosas en cualquier Estado civilizado! No había ningún problema, era una simple cuestión de protocolo. También se trataba de protocolo cuando me registraron de pies a cabeza frente al vestíbulo del hotel, como si estuviera en un aeropuerto recién atacado por Carlos *El Chacal*. Y fue mero protocolo el que durante 16 días enteros me impidieran una y otra vez abandonar el hotel a solas y me proporcionaran a cambio una docena de «gorilas», sólo porque me proponía acercarme a la plaza de Ab-El-Kader,

Daniel Schwartz:
Un novicio mendigando. En su platillo, un billete. La mayoría de las limosnas son de arroz o de pollo. Se le permite una comida diaria. Mandalay, Burma (1998).



a aquellas instalaciones con aspecto de búnker que solían frecuentar lo que quedaba de la prensa argelina. Y cuando paraba a la gente por la calle para preguntarles qué opinaban de la vida, de la situación, del presidente y cosas así, también era protocolo que mis «gorilas» me rodearan, se quedaran escuchando mis preguntas y las respuestas de aquellos desgraciados y, clavándoles sus fusiles automáticos hicieran algo más que invitarles a desaparecer y no volver a dejarse ver jamás.

Pero por supuesto no era a causa de los «terroristas», porque no había ninguno. Visitar Argelia en aquel año, 1995, era como llegar a un planeta que se ajustaba a la perfección a los principios orwellianos: «La mentira es verdad. La verdad es mentira. La paz es guerra y la guerra es paz.» Una sociedad en la que se había atentado del modo más sangrante contra la memoria colectiva. Una sociedad en la que no existía posibilidad alguna de recordar, de aceptar, de ser dueño de tan siquiera una pequeña parte de uno mismo. Una sociedad en la que el recuerdo no suponía una fuerza de la que se pudiera seguir viviendo.

Llegó un momento en el que pedí, prácticamente exigí que Djamel Eddine me llevara a las montañas de Kabilia, al sur de Argel, al lugar donde el poder colonial puso en práctica la política de tierra quemada en un tiempo que ya nadie parece capaz de recordar, pero donde los *islamistas*, o los *integristas*, o el FIS, el GIA, la AIS, el MEI o el FIDA, al amparo de la noche, ase-

sinan y exterminan todo y a todos. El ex coronel se mostró de acuerdo. Pondrían a mi disposición protección extra y vehículos blindados. No hoy sino mañana. Y así todos los días. Y en mi desesperación por no poder ser testigo de lo que todos comentaban, es decir, de los crímenes de los terroristas, que por otra parte no existían, porque prácticamente ya no quedaban «terroristas», le propuse a Djamel Eddine que me mostrara la tumba de Frantz Fanon y que me llevara al Centro de Investigaciones sobre Fanon, que es parte integrante del colosal monumento a los héroes de la guerra de independencia que erigieron los soviéticos.

Al principio se mostró visiblemente aliviado, pero después su rostro menudo y fino se ensombreció. Aquello del monumento a los héroes le agradaba, pero no estaba muy seguro de quién era el hombre por el que me interesaba.

—Frantz ¿qué? —preguntó.

Y en aquel preciso instante, uno de esos instantes de clarividencia que la casualidad nos brinda como si de una antorcha se tratase, comprendí la esencia misma del problema argelino: nadie puede o quiere evocar ese pasado del que sin embargo todos son prisioneros. Durante la guerra de independencia los caudillos locales sembraron el terror en respuesta a la brutalidad del poder colonial. Ahora el patrón se repite y las bandas de las montañas combaten entre sí por diversos motivos entre los que no se cuenta la religión. Rivalidades



LA ESENCIA
DEL PROBLEMA
ARGELINO
ES QUE NADIE
PUEDE EVOCAR
ESE PASADO
DEL QUE TODOS
SON PRISIONEROS

familiares, tierras, drogas o esa brutalidad generalizada con la que los franceses, con su legión extranjera, sus unidades especiales y su *tierra quemada*, enseñaron a los argelinos a convivir a modo de solución ante el día a día y la historia. En resumidas cuentas, si Argelia no es aún una nación normal se debe a que su pasado fue tan extremadamente violento que hoy en día nadie siente el menor deseo de mirar a esa violencia cara a cara y comprender por qué se empleó y de dónde procede.

Djamel Eddine regresó por la tarde. Había estado reuniendo información sobre el desconocido Fanon. Meneaba la cabeza.

—Es una suerte que tu hombre muriera hace mucho tiempo, dijo. Los libros que escribió eran muy violentos. No es precisamente lo que nos hace falta ahora.

—Pero fue un héroe. Fanon era conocido en todo el mundo. Sartre escribió sobre él. Su *Los condenados de la tierra* era una biblia.

—Quizás para vosotros en Europa, —respondió Djamel Eddine—. Para los argelinos no, y mucho menos ahora.

A la mañana siguiente emprendimos un auténtico viaje de dimensiones heroicas. Primero a través de la *casbah*, donde Djamel Eddine lo pasó francamente mal y los guardaespaldas se pusieron muy nerviosos. Luego continuamos por el barrio de Sidi Mohamed con el Palais du Peuple, que permanecía tan vacío y cerrado como cuando lo vi por vez primera a comienzos del verano de 1966. El pueblo, los argelinos, ha sido siempre un simple decorado en el que los colonizadores pueden aparecer, ocupar la escena y recitar conmovedores discursos sobre «la democracia», a pesar de que todos saben que en realidad se trata de un Estado policial. Luego atravesamos Belcourt, donde los integristas o los «terroristas» tienen una especie de baluarte. Nadie, sólo vehículos pasando a gran velocidad, eslóganes en los muros: «*FIS pour l'Algerie*», «*Allah O Akhbar*», «*Vive la lutte pour l'Islam*». Y por fin Le Memorial des Martyrs. El monumento a los héroes de la Revolución y de la Guerra de Independencia. El viento de la mañana susurraba entre los eucaliptos y la columna triunfal del monumento se recortaba contra el frío azul del cielo. Guardias, registro y preguntas sim-

plemente para poder aparcar. La arquitectura era la clásica soviética, totalitaria y desagradable, una copia fiel del monumento de Stalingrado. Era allí donde el pueblo, ese pueblo siempre convocado y movilizado para la ocasión, debía recordar a sus caídos con respeto y veneración.

No había nadie. Ni en las grandes arcadas que habían dispuesto para los comerciantes bajo la propia columna ni en la plaza que rodeaba el monumento. Había granito, plomo y acero y estatuas de seis metros de altura que representaban a los héroes anónimos de la revolución. Y había centinelas de carne y hueso que vigilaban la escena y cuidaban de los muertos. Pero al pueblo, a la gente, a los argelinos que Djamel Eddine deseaba mostrarme, no se les veía por ninguna parte.

Al principio fuimos totalmente incapaces de encontrar el Centro de Investigaciones sobre Fanon, que era el objetivo de la excursión, porque Djamel Eddine tuvo que admitir que era su primera visita al lugar, y el escaso personal municipal de limpieza y los aún más escasos comerciantes que estaban en sus negocios de vestidos ablusados y postales descoloridas tampoco sabían nada del Centro Fanon. ¿Se trataba de un restaurante?, quería saber uno. ¿Una librería?, preguntaba otro. Cuando al fin, tras una exhaustiva labor pedestre y según el principio de la casualidad, dimos con él, de los tiradores de la puerta colgaban pesadas cadenas y un candado oxidado. Lo único que aquellas pringosas y prácticamente opacas ventanas permitían constatar era que las habitaciones estaban vacías y que los libros y los carteles expuestos habían vivido una oscura y anónima existencia a lo largo de más de treinta años, a juzgar por el polvo y por los colores mortecinos de los cuadros, los escarabajos y demás insectos.

Daniel Schwartz:
La prohibición de trabajar
impuesta por los talibanes
condena a las mujeres a
mendigar. Kabul,
Afganistán (1999).



Permanecí en pie largo rato leyendo los títulos y paseando la mirada por el cartel abollado y amarillento con sus datos biográficos:

1925 Nace en las Antillas Francesas

Va a la escuela en Martinica y en Francia

1944 Se alista como voluntario en el ejército francés y sirve en Europa

Tras la guerra estudia medicina y psiquiatría en Lyon

Redactor de *Tom-Tom*, un diario para estudiantes negros impreso con multcopista

1951 Doctor en medicina

1952 Se publica en París *Piel negra, máscaras blancas*

1953 Contrae matrimonio

Es nombrado director del departamento de psiquiatría en el hospital Blida-Joinville, colonia de Argelia

1954 Comienza la revolución argelina

1956 Rechaza su plaza en el hospital Blida-Joinville

Participa en París en el I Congreso de Escritores y Artistas Negros

Trabaja en la redacción del periódico del Frente de Liberación Nacional argelino, *El Moudjahid*, en Túnez.

(Djamil Eddine comienza a impacientarse. Dice que va a buscar una Fanta. Además ha dejado en el coche una amante americana y creo que le interesa bastante más que Fanon...)

1957 Participa en congresos panafricanos en Bamamo y Cotonou

1959 Herido de gravedad por una mina en la frontera entre Argelia y Marruecos

Se publica en París *Sociología de una Revolución (El año 5 de la Revolución argelina)*

1960 Nombrado embajador del Gobierno Provisional de la República de Argelia (GPRA) en Ghana

Viaja a Mali para inspeccionar las líneas de suministro meridionales de la colonia de Argelia. Escapa a duras penas de una tentativa de secuestro por parte francesa

Contrae leucemia. Tratamiento en la Unión Soviética

1961 *Los condenados de la tierra* aparece en París en diciembre con prólogo de Jean Paul Sartre. Muere en un hospital de Washington. Enterrado con honores en Argelia.

1962 Argelia alcanza la independencia

1964 Se publica en París *Por la revolución africana*

Y eso es todo. No hay más. Incluso la muerte del héroe acaba en el olvido. Djamil Eddine regresa con su amante americana y una botella de Fanta a medias. Quiere saber si nos vamos ya. Sí, ya nos vamos. En realidad, ¿qué sentido tiene quedarse frente a un escaparate medio vacío? Le proclamaron el gran ideólogo de la

masa campesina africana, pero estaba equivocado. Los campesinos africanos no necesitaban ninguna esterilla ideológica sobre la que hincarse a rezar. Fanon era más conocido en París, donde Sartre y Simone de Beauvoir rendían culto a su revolución de la violencia. Pero estaba equivocado. Como lo estaba Ernesto «Che» Guevara, primero en Africa y después, con consecuencias funestas, en Bolivia. Como se equivocaron los espartaquistas Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht y pagaron por ello con su vida en la Alemania de los años veinte. Como se equivocó el anarquista Buenaventura Durruti durante la guerra civil española. La historia no precisa héroes que sigan sus propios derroteros. Una paradoja, pero así es.

¿O no se equivocaba Fanon? ¿Fue quizá más que un simple fruto de su época, esa época que Djamil Eddine ha olvidado, que hablaba el idioma de su tiempo?

Fanon quería provocar un parto con cesárea. Africa tenía que emanciparse de Europa y de los valores europeos, punto por punto, tal como quieren hoy en día los integristas argelinos.

Fanon escribió: «Cuando busco al hombre en la técnica y el modo de vida europeos, encuentro una serie de negaciones de lo humano, una avalancha de crímenes. Europa ha asumido la dirección del mundo con fervor, con cinismo y con violencia (...) Europa ha rechazado toda humildad y toda modestia, pero también toda solicitud, toda ternura (...) No rindamos, pues, compañeros, tributo a Europa creando estados, instituciones y sociedades inspirados en ella (...) hay que pasar la página, desarrollar un nuevo pensamiento, tratar de construir un hombre nuevo».

¡Un hombre nuevo!

Me vuelvo a contemplar a Djamil Eddine con su amante americana, su traje con anticuados pantalones de campana y esa estúpida botella de Fanta en la mano. Sí, tiene razón. Vámonos. Continuemos con nuestro viaje por el infierno de los desmemoriados. Vayamos, como propone Djamil Eddine, al cementerio de los Mártires, donde cree que ese Fanon por el que tanto y tan a menudo pregunto seguro, segurísimo que está enterrado.

—Todos nuestros héroes, sabes, están allí, —dice—. Es un lugar que da qué pensar.

Pero no da la impresión de llevarme allí de buena gana. Más bien por pura obligación, si no me equivoco.

LA HISTORIA
NO PRECISA
HÉROES QUE SIGAN
SUS PROPIOS
DERROTEROS.
QUIZA SEA
UNA PARADOJA
PERO ASÍ ES

Tres

El trayecto hasta la necrópolis no difiere mucho de lo que hasta el momento he visto en la ciudad. Nadie. Tráfico esporádico. Vacío. De nuevo, una paradoja. Argelia es una capital superpoblada y falta de trabajo que ha crecido en demasía, pero el sortilegio de bombas y atentados en plena calle ha ahuyentado a la población de manera tan efectiva que tentado estoy de suponer que detrás de todo esto se esconde un *plan maestro*.

Me recuesto en el respaldo y no sé por qué, pero me vienen a la memoria los días en Orán a comienzos de julio de 1962, cuando los franceses y sus colaboradores argelinos luchaban por subir a bordo de la última nave que quedaba en el puerto. Nos separaban tan sólo unas horas de la independencia, la autonomía y el nuevo Estado argelino.

Tenía una bonita habitación en el Grand Hotel con un balcón que daba a la plaza De Gaulle. Es decir, había *cogido* una habitación. El propietario francés del hotel y todo el personal habían desaparecido. Sólo quedaban unos cuantos periodistas y fotógrafos de París, del diario comunista *L'Humanité*. Al parecer no podían «transmitir» sus artículos ni sus fotografías a casa. El télex no funcionaba. La centralita estaba abandonada. Los teléfonos móviles y las comunicaciones vía satélite quedaban un cuarto de siglo por delante.

Por la tarde vamos hasta las casas bajas del barrio árabe. Los legionarios franceses permanecen en sus puestos; dentro de cinco horas se retirarán. La medianoche entre el 30 y el 31 de julio. Las calles están llenas de humo. Arden las fogatas. Neumáticos, vehícu-

Daniel Schwartz:
*Gamines tocando música en
 una parada de taxis.
 Maymio, Burma (1998).*



los carbonizados, muebles. Las últimas palabras de la OAS, la organización secreta del ejército, a los franceses: quemadlo todo, destruidlo todo, arrasad con todo.

La última barricada francesa. Los legionarios se encogen de hombros. Si insistimos en ver a los árabes, será bajo nuestra responsabilidad. Están sedientos de sangre. Quieren venganza.

Al final de la larga, oscura y ennegrecida calle hay un grupo de argelinos. Uno de ellos sostiene una bandera por encima de su cabeza. En el centro del lienzo, donde se encuentran el campo verde y el blanco, hay una media luna roja y una estrella. La bandera argelina. Más tarde, unas horas después de medianoche, avanzan los árabes y toman posesión de su ciudad. Con organización, con orden, con calma. Muchos llevan botes de pintura y empiezan a escribir el emblema de la OAS por las paredes de toda la ciudad. Con la O escriben «*Ordre*»; «*Avenir*» con la A; con la S ponen «*Securité*». No sucede nada en toda la noche. Ocho años de guerra colonial pero ninguna represalia. Por supuesto, las cosas no pueden seguir así. Al igual que en la caída de Phnom Penh trece años más tarde, primero entraron «los chicos buenos». Después aparecieron los auténticos Jemeres Rojos y la situación dió un vuelco. En la mañana del 1 de julio la vanguardia del ejército occidental del coronel Huari Bumedian empezó a llegar a Orán. Las masas fueron violentamente expulsadas del centro. El propio Bumedian se instaló

en el Grand Hotel. Lacónico, reservado, desprovisto de ideas. «No somos ideólogos.» No dejó de repetir aquella frase. Los militares tomaron el poder y lo han conservado desde entonces durante más de treinta años, ajenos a la oposición, a la crítica y a los conflictos religiosos y sociales. Ese es el problema de fondo de Argelia. Y yo lo sé. Aquel día en Orán lo vi con mis propios ojos.

Cuatro

Djamil Eddine encuentra con dificultad el cementerio y moviliza a todo el personal, sepultureros incluidos. ¿Dónde está el tal Fanon? Revuelven y pasan las páginas de sus registros y sus amarillentos protocolos pero no encuentran nada. No están muy satisfechos. A un hombre importante como Djamil Eddine, del Ministerio de Comunicación y con seis guardaespaldas a su alrededor, no le gusta que las cosas no funcionen. Pues esa tumba que buscamos no está, pero hay otras que será un orgullo y un placer enseñarle, como la de Bumedian o la sepultura de Budiaf. El cáncer se llevó a Bumedian y el tiroteo de un atentado hizo otro tanto con el presidente Budiaf. Por extraño que parezca, el primer presidente de Argelia, Ahmed Ben Bella, no tiene tumba. No está muerto, sólo enterrado en vida, relegado al olvido. Fue, si no elegido, al menos nom-

POR EXTRAÑO
QUE PAREZCA,
EL PRIMER
PRESIDENTE
DE ARGELIA,
BEN BELLA,
NO TIENE TUMBA

LA QUE ESCRIBIÓ

brado en 1962, poco después de la independencia. Y fue destituido y encerrado por su buen amigo Huari Bumedian en el verano de 1965. El más extraño e incruento golpe de Estado de este siglo; lo sé porque a mediados de junio me encontraba casualmente en Argel. El golpe supuso un efectivo punto final para el último vestigio popular de la Revolución argelina; fortaleció el poder de la casta de los oficiales, carente de ideología. «Al pueblo se le gobierna, pero no se discute con él», afirmó Bumedian.

Lo que sucedió quedó reflejado en una de mis viejas libretas, la historia de aquella noche en que Argelia puso a la revolución de patitas en la calle y se convirtió en el régimen militar autocrático que continúa siendo en nuestros días.

«De camino hacia el barrio de Le Golfe, en Argel, se pasa ante una hermosa villa de aspecto cerrado. No es que sea ostentosa, pero a su lado las demás casas de la zona no dicen nada. No hay ningún nombre escrito, pero en la ciudad todo el mundo sabe que se trata de *Joly*, la residencia del presidente Ahmed Ben Bella».

El verano de 1965 va alcanzando el clímax. No hace ni tres años que Argelia es independiente. La ciudad es un hervidero de todo tipo de rumores, todos ellos sobre el presidente en *Joly*, en el bulevar Salah-Bouakouir. Algunos se refieren a grandes cambios inminentes. Se cree que Ben Bella tiene intención de llevar a cabo una operación de limpieza en el gobierno, que junto a los oficiales y al círculo del coronel Huari Bumedian está preparando el levantamiento definitivo.

Otros rumores van en sentido contrario. A Bumedian le inquieta lo que pueda urdir el habilísimo presidente. El coronel, ahora también ministro de Defensa, no olvida ante todo que Ben Bella designó un nuevo jefe de Estado Mayor mientras él, Bumedian, se encontraba en la Unión Soviética en visita oficial. El recién nombrado es el coronel Tahar Zbiri, experto en arrestar a cualquiera en el momento justo. Fue él, por ejemplo, quien limpió Kabilia y otras regiones del nuevo Estado en las que los caudillos locales estaban poniendo en peligro la unión.

Pero otros dos hechos despiertan, no sin motivo, la preocupación del coronel Bumedian. En primer lugar,

Argelia se aproxima peligrosamente al caos y al colapso económico. El desempleo aumenta día tras día. La autogestión, una extraña modalidad de la nueva economía dirigida por el Estado que han exportado los rusos, no funciona. No se construye, especialmente en Kabilia. Ni hospitales ni escuelas, apenas un puñado de industrias. Por otra parte se da la circunstancia de que el presidente ha impuesto un tono uniforme en el partido, el FNL, y en gran parte de la organización sindical UGTA. La Asamblea Nacional presta un respaldo unánime a sus propuestas. Cada vez es más frecuente oír hablar de torturas y prisiones atestadas. Y además Ben Bella se está preparando para el grandioso espectáculo: la cumbre afroasiática es inminente y se va a celebrar en Argel. Un número impresionante de dirigentes políticos acudirá a Argelia, lo que consolidará la imagen del presidente en el exterior. Para que el cuadro sea completo, ha hecho levantar un «Palacio de las Naciones» en el que presentarse en toda su gloria y esplendor. Y apenas concluya la cumbre, jóvenes de todo el mundo viajarán hasta Argelia para participar en el IX Festival de la Juventud al mejor estilo del bloque oriental. Ben Bella será de nuevo el centro.

Cuando la oscuridad se cierne sobre la capital el 18 de junio, no hay aún nada que indique que se está fraguando algo fuera de lo corriente. El presidente se encuentra en su villa y el número de policías vestidos de gris que hay alrededor y en el interior del edificio es el habitual. Ben Bella se dispone a acostarse. Tiene sus planes, pero ya habrá tiempo para ellos. Eso es lo que cree.

A medianoche unidades militares de todo el país comienzan a marchar simultáneamente. Unidades de la Armada Popular Nacional de Bumedian ocupan todas

Daniel Schwartz:
Vendedor de periódicos
bangladés en
Wall Street.
Nueva York (1998).



las esquinas y puntos de importancia estratégica de Argel. Avanzan los carros blindados. La policía permanece de brazos cruzados.

Un coche sube por el bulevar Salah-Bouakouir. Las verjas de hierro de *Joly* se abren y el vehículo continúa hasta la entrada de la casa.

Unos minutos después el jefe de seguridad, el coronel Tahar Zbiri, se encuentra frente a frente con un Ben Bella totalmente desprevenido. Tras Zbiri aparece Bumedian y, al ver a los dos oficiales juntos, el presidente adivina el propósito de la visita nocturna. Tahar Zbiri le pone una mano en el hombro.

—Será mejor que nos acompañes, Ahmed. La comedia ha terminado.

Sólo unos pocos conocen la respuesta de Ben Bella y su forma de reaccionar.

Entre las versiones que más lo ensalzan encontramos ésta: «Si habéis venido para poner fin a esto, es preferible que lo hagáis ahora mismo. Sabéis que no temo a nada. Así al menos no podréis decir que Ben Bella, el primer presidente de la República, murió como un cobarde».

Sin embargo la escena no acaba a tiros ni en tragedia. Se llevan a Ben Bella que, por última vez, baja como presidente por Salah-Bouakouir hacia un destino desconocido. El ejército ha tomado el poder. Los oficiales del Estado Mayor hacen un juramento:

«No lo dejaremos jamás».

Cinco

De vuelta en el monstruo, las entrañas del hotel El Aurassis; el vestíbulo donde la mitad de los presentes son periodistas y la otra mitad agentes de seguridad. Los frentes se han definido, PC's de un lado y AK47's del otro. Es noviembre de 1995. La labor que se han impuesto los argelinos parece imposible y desesperada: mañana se celebrarán unas elecciones presidenciales que otorgarán al régimen el sello de la democracia. Pero los de seguridad, y con ellos mi amigo Djamel Eddine, saben lo que los periodistas opinan del tema y lo que envían a casa, y los periodistas intuyen lo que piensan los de seguridad. Algo así como un «ojalá salga bien». ¿Por qué iban a pensar otra cosa? Si no hay problemas, ¿qué pintan todas esas pistolas y rifles automáticos en el vestíbulo del hotel?

Djamel Eddine se sienta a mi lado.

—Lo he averiguado, sonrío.

—¿Averiguado qué?

—Dónde está enterrado tu Fanon.

—Dime.

—En la aldea de su padre, junto a las ruinas de Bir Sbekia, cerca de la frontera con Túnez.

—¿Y cómo iremos hasta allí?

Hace un ademán negativo.

FANON ES HOY
UN HOMBRE
OLVIDADO
EN ARGELIA
Y EN EL RESTO
DE ÁFRICA,
SOBRE Y PARA
LA QUE ESCRIBIÓ

—Ahora no, pero pronto. Cuando todo vuelva a la normalidad.

—Creía que todo era normal.

—Sí, todo es normal, pero tenemos que esperar un poco. Pero todo *es* normal. ¿Acaso has oído hablar de alguna masacre últimamente? ¿O han puesto bombas en Argel?

—Calma total.

Asiente.

—Ya lo ves, —dice—. Pero tienes que prometerme que iremos a Bir Sbekia juntos.

Yo sé lo que no le es dado conocer a Djamil Eddine, que Frantz Fanon murió de leucemia en una clínica de los Estados Unidos. Debió ser amargo para él verse obligado a acabar sus días en el país que detestaba más que cualquier otro. No obstante finjo tragarme el cuento de la tumba en Bir Sbekia.

—¿Sabes cuáles fueron sus últimas y célebres palabras? —le preguntó a Djamil Eddine.

No lo sabe.

Me odio a mí mismo por mi pedantería pero la tentación es demasiado grande.

—Con apenas un hilo de voz Fanon dijo: «Anoche me pusieron en remojo». Eso fue todo.

—¡En remojo! No lo comprendo. ¿Qué quiso decir con eso?

—Hay tantas cosas que no sabemos —digo levantándome y dándole las buenas noches.

En mi habitación con vistas a la mal iluminada ciudad y al Mediterráneo considero largamente mi proyecto sobre Fanon. Me resulta desesperado por diversos motivos. En parte es un hombre olvidado en Argelia y en el resto de esa Africa sobre y para la que escribió, y en parte hay algo en las obras que dejó, sobre todo en *Los condenados de la tierra*, que me hace sentir un poco, por no decir muy inseguro. Con Fanon me sucede lo mismo que con Sorel. Georges Sorel, que en sus *Reflexiones sobre la violencia* de 1908 escribía: «El socialismo debe a la violencia sus elevados valores morales, a través de los cuales traerá la liberación al mundo moderno».

Sorel fue el maestro de Fanon. No sé si las masas campesinas africanas comprendieron a Fanon; lo dudo. Pero sé que su culto a la violencia fue aplaudido espe-

cialmente por los intelectuales franceses al grito de: «Dejadles que maten a los señores coloniales blancos. Su venganza es justa. Una presión genera una contrapresión». Pero, ¿existe una venganza justa? ¡Que se lo pregunten a Pol Pot!

Hojeo distraído el librito de David Cauter sobre la obra literaria de Fanon y su corta vida. Me considero aún bastante buen lector, pero ya no comprendo las palabras del último párrafo: «Fanon era socialista, un enemigo del capitalismo, del colonialismo y del neocolonialismo, un revolucionario, un antirracista que creía que un contraataque violento era eficaz y tenía un valor humanista. Se oponía a los regímenes autoritarios cuyos miembros formaban parte de una élite. Era portavoz de los pobres del mundo, de los campesinos del Tercer Mundo (...) Condenó el pasado de Europa y su manera de poner en práctica sus valores. Pero lo hizo a partir de conceptos de la tradición revolucionaria europea. No existe una ruptura total en el desarrollo ideológico. Todo nuevo movimiento asienta sus raíces en el anterior».

Pienso: «La espiral de la violencia. No hay diferentes formas de violencia, violencia de primera, segunda, tercera o cuarta categoría. Ahora mismo Argelia es buen ejemplo de ello. Ninguna de las partes obtiene nada... y el pueblo salta en mil pedazos».

Fanon: «Esta lucha violenta, al ser la única tarea del pueblo colonizado, conforma su carácter y actúa sobre él de un modo positivo» (Relizane, 400 sacrificados). «La lucha violenta lo funde en una unidad» (Bentalha, 250 muertos). «Porque cada individuo constituye un eslabón de violencia en la gran cadena» (Sidi Moussa, 103 víctimas) «esa enorme maquinaria de violencia que brota como reacción a la violencia primaria del colono» (Tiaret, 120 masacrados). «Los grupos se reconocen

EL FUNCIONARIO
DE LA EMBAJADA
POSA SU MIRADA
EN MÍ COMO
SI HUBIERA
LLEGADO MI
ÚLTIMA HORA

mutuamente, y ya es visible el futuro de la nación» (Rais, 300 cadáveres). «La lucha armada moviliza al pueblo, es decir, lo lanza en esa dirección, por ese camino». (Se oye un estampido sordo debajo del hotel. Y gritos. Probablemente un coche bomba. Pero lo más seguro es que mañana Djamil Eddine me cuente que no era más que la puerta de un coche al cerrarse.)

Sí, debería ir a las ruinas de Bir Sbekia para buscar la tumba. Debería ser mi objetivo. Las tumbas tienen algo especial. He contemplado la tumba de Salvador Allende y el lóbrego agujero de Valle Grande, Bolivia, al que arrojaron los restos de Ernesto Guevara, más conocido como «Che». He hecho cola en la Plaza Roja para desfilar ante el cuerpo embalsamado de Lenin en su mausoleo. La tumba de Anwar al-Sadat en El Cairo. La tumba de Isaac Rabin. La tumba de Baruch Goldstein. Estos lugares silenciosos me dicen algo, porque no dan respuestas.

Al día siguiente Liamín Zerual resulta elegido para un nuevo mandato. No es ninguna sorpresa. Hasta donde alcanzan la vista y el oído hay vigilantes del hotel y otros agentes de seguridad empleando con sincero júbilo y orgullo patrio la pólvora y las balas que han podido reunir. ¡Argelia ya es democrática!

En el aeropuerto me despido de Djamel Eddine diciéndole que tenemos que visitar juntos la tumba de Fanon. Volveré.

—Y recuerda el visado —dice mientras me estrecha la mano—. No es ningún problema, basta con que me llames antes.

Lo hago unos años más tarde. El teléfono no contesta. Dicen que Djamil Eddine desapareció en prisión, y luego en el exilio, el mismo destino que tuvo Ahmed Ben Bella durante muchos años. O quizás en una de esas tumbas de las que tanto hablamos.

Por otra parte, aunque dudo mucho que los restos de Fanon descansen en Bir Sbekia, quiero tratar de llegar allí por todos los medios, quiero ver el lugar. Porque un reportaje, cuando merece la pena, crea su propio universo que nada tiene que ver con conseguir noticias, estadísticas o análisis políticos. Un universo totalmente diferente, obstinado, absurdo, agotador, con un desenlace a menudo inesperado, impulsado por un afán que no me resulta fácil de explicar.

Seis

La embajada argelina no puede concederme el visado así como así. «A nosotros también nos resulta difícil entrar en su país», es su insolente respuesta. En primer lugar hay que hacer llegar una solicitud al Ministerio en Argel. No al Ministerio de Asuntos Exteriores, que sería lo lógico, sino al Ministerio de Información, que antes tiene que otorgar una acreditación que puede ser que sí pero también puede ser que no abra las puertas al visado. Este procedimiento lleva su tiempo, porque estamos en el Ramadán, el mes del ayuno. Además están los fines de semana y otras muchas ocupaciones. Y además, a la embajada, representada por un individuo amable pero insidioso que habría tenido más futuro como juez de instrucción, le gustaría tener una pequeña conversación conmigo, por un lado sobre la opinión que me merece la situación y por otro sobre lo que he escrito de Argelia.

Hay una pila de recortes de periódico sobre la mesa del juez de instrucción. Saca un par de artículos del montón. Decir que le agrada lo que está leyendo sería una exageración. Se recuesta en la silla carraspeando. Luego posa su mirada en mí como si hubiera llegado mi última hora.

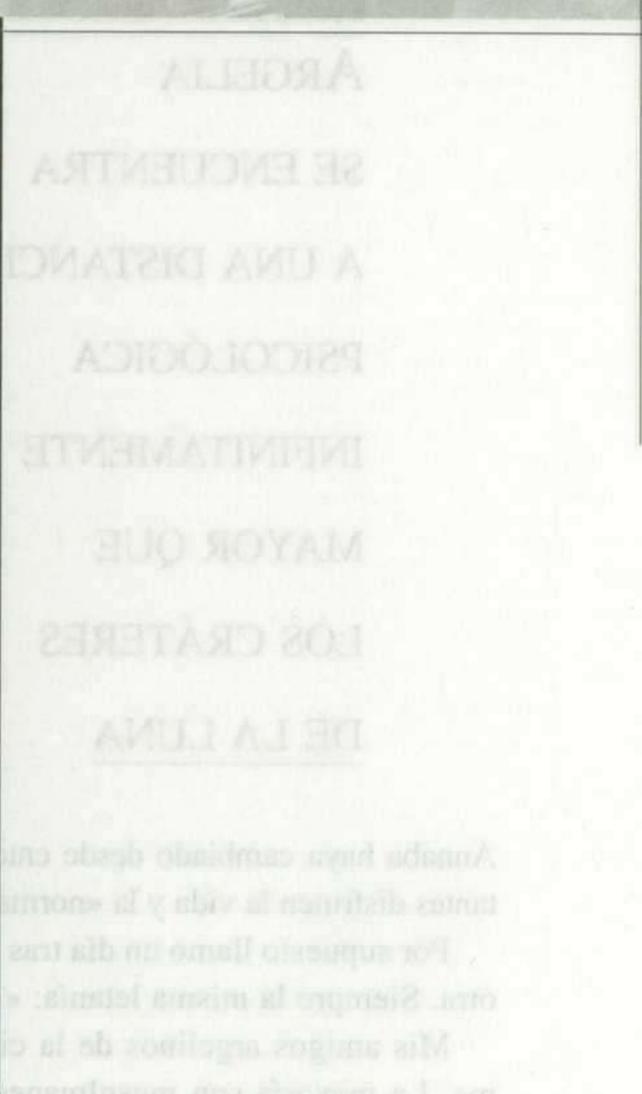
—Usted cree que Argelia no es un país democrático— afirma.

—Pues sí, no veo ninguna prueba de lo contrario.

—Pero usted fue testigo de las elecciones presidenciales de 1995. La mayoría votó a favor de que el actual presidente renovara su mandato. ¡Mayoría supone democracia!

—No si no existen otras posibilidades.

Daniel Schwartz:
Durante los días de la
caída del rublo.
Jeunesse dorée y
mendigos frente
a un restaurante.
Moscú (1998).



Al juez de instrucción le gustaría saber lo que quiero decir con eso.

—Tuve la impresión de que los otros candidatos se hubieran presentado, pero que lo más probable era que perdiesen.

—Como usted sabrá, estamos luchando contra los «terroristas». No es un asunto sencillo, menos aún cuando la prensa exagera. Su periódico, por ejemplo, habla de 80.000 muertos, es una auténtica exageración. La cifra correcta es 20.283. Eso es lo que debería escribir su periódico.

Ahora me toca a mí recostarme. Mirarle fijamente durante diez largos segundos y dejarle esperando mi respuesta sumido en la incertidumbre.

—Puf, hay tantas versiones —me limito a decir—. Pero hay algo que no entiendo, Sr. Consejero, y es lo siguiente: si el «terrorismo», los fundamentalistas islámicos, quiero decir, es el mayor problema del gobierno, ¿por qué entonces aferrarse a esos 20.283 muertos en los últimos seis años? ¿Por qué no más de 80.000, como sostienen los observadores internacionales? O 120.000, como también se ha dicho. Lo que quiero decir es que cuantos más inocentes hayan matado o asesinado los «terroristas», más ruines resultarán esos «terroristas» y mejor comprenderá el resto del mundo que hay que combatirlos con todos los medios. Así es como yo lo veo.

El juez de instrucción saca mi solicitud de visado. Esta claro que no tiene ganas de seguir dándole vueltas a la macabra estadística de víctimas argelinas.

—Por lo que veo conoce usted y nos remite a una persona de nombre Djamil Eddine. Un hombre del servicio de protocolo del Ministerio de Información, escribe.

—Sí, conocí a la persona en cuestión en 1995. Un señor muy amable. La última tarde en el aeropuerto me prometió que podría ayudarme. Nos separamos como auténticos amigos.

El juez vuelve a observarme. En lo más profundo de sus ojos puedo ver que Djamil Eddine ha pasado a ser una *non-person*.

—Vaya, dice. Veremos. Llame mañana, quizás para entonces tengamos noticias del Ministerio. Quién sabe...

Como regalo de despedida me alarga una copia de un artículo de *Al Watan*, el diario de mayor tirada de Argelia, sobre cómo la gente continúa divirtiéndose en la ciudad costera de Annaba, cerca de la frontera con Túnez. Hay vida en los cafés. Hay problemas en otros lugares, pero en Annaba, como en la mayor parte de las ciudades, a pesar de todo la situación es casi normal. Le doy las gracias y añado que me encantaría visitar Annaba. Fue en esa ciudad donde comenzó el problema de los islamistas o quien quiera que sea que va por ahí matando a todo el mundo. Allí dispararon contra Budiaf, el sucesor del presidente Bumedian. Me alegra sinceramente que la situación en



ARGELIA
 SE ENCUENTRA
 A UNA DISTANCIA
 PSICOLÓGICA
 INFINITAMENTE
 MAYOR QUE
 LOS CRÁTERES
DE LA LUNA

Annaba haya cambiado desde entonces y que sus habitantes disfruten la vida y la «normalidad» oficial.

Por supuesto llamo un día tras otro, una semana tras otra. Siempre la misma letanía: «*Pas de response*».

Mis amigos argelinos de la ciudad desean ayudarme. La mayoría son musulmanes creyentes. Pero tienen miedo de la repugnante red de delatores que el juez de la embajada ha desplegado por Copenhague. «Vete a Túnez», me aconsejan, y me dan una dirección en la Medina. El tipo con el que me debo encontrar se llama Rafih. Ha recibido instrucciones. Rafih es medio tunecino, pero sus padres son argelinos y gran parte de su familia se encuentra en el este de Argelia. Si hay alguien que me pueda meter allí, ése es Rafih.

Siete

Pero Rafih no está en la dirección de la Medina. Ha ido al Sur, a Tamerza, la última ciudad antes de la frontera donde por lo visto comercia con un poco de todo. No tengo más que alojarme en el hotel de la ciudad, el Tamerza Palace. Rafih se pondrá en contacto conmigo.

A la mañana siguiente recorro los 500 kilómetros que me separan de Tamerza. El Ramadán ha terminado. Es El Ait, el día que sigue al Ramadán. Las pequeñas aldeas del trayecto, grises y sin gracia, están repletas de niños que caminan en grupos al borde de la carretera, con la cara pintada y estrenando vestidos y pantalones. Hay estaciones de servicio con caramelos, Coca-Cola, Fanta, cerveza alemana y tebeos que los padres bajan de los estantes a manos llenas. En este escenario resulta casi inconcebible que a escasos 50 kilómetros de aquí, al otro lado de la frontera, impere una situación próxima a la guerra civil.

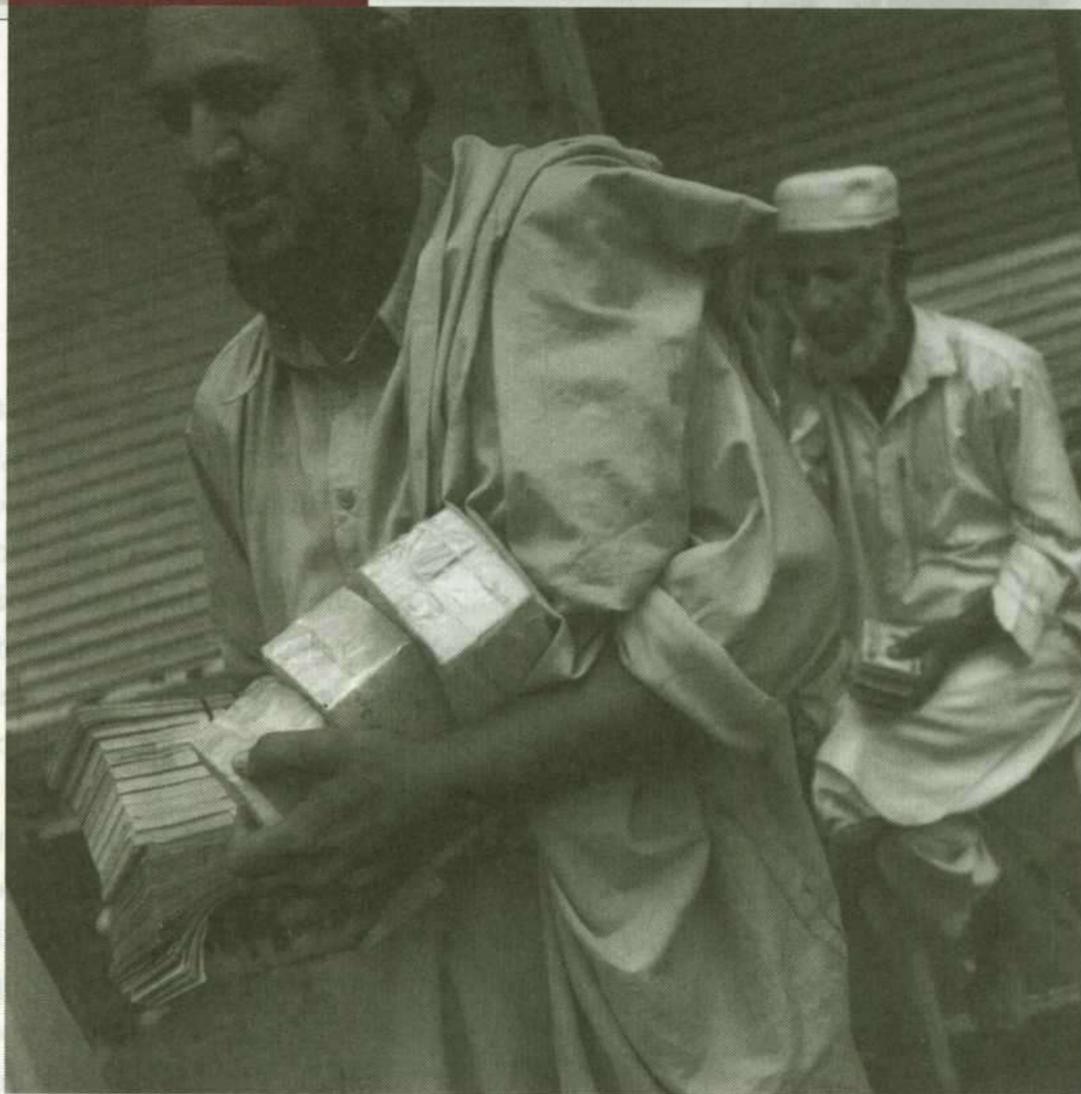
Me siento sacudido por la máquina del tiempo que hay en mi interior. Devuelto al pasado. Confuso. Inseguro. De vuelta a 1961, cuando por vez primera me introducía ilegalmente en la colonia francesa de Argelia, atravesando las alambradas y los campos minados de la línea Challe. Ahora, 37 años más tarde, se trata del mismo sistema, la misma red, los mismos canales: ponte en contacto con ése o con aquel, que se pondrá en contacto con otros que a su vez tienen contacto con una tercera persona que probablemente te ayudará a pasar.

Entonces corrían tiempos de guerra, la guerra colonial, a muerte entre ambos bandos. Había algo oculto, algo que había que descubrir. ¿De qué se trata hoy? De lo mismo. Las fronteras no están cerradas, más bien recién abiertas, porque nadie controla el inmenso *bled*. Argelia, colonia o no, continúa siendo un enigma.

El hotel de Tamerza está prácticamente vacío. Está construido en un alto con vistas a un *oued* seco y a las ruinas de una ciudad en la otra orilla, un espectáculo que enfurecería incluso a los fundamentalistas más moderados. Los turistas se sientan en las terrazas del hotel, el aire acondicionado susurra en las habitaciones y por los largos y alfombrados corredores, el agua de la piscina es de color azul ultramar; no consienten que una hoja ni un insecto enturbie su superficie y en el restaurante hay manteles y servilletas almidonados y camareros vestidos de blanco. Pero al otro lado del *oued* emerge la ciudad en ruinas, los restos de una parte de Tamerza que fue evacuada tras un terrible aguacero en 1969. Sus habitantes fueron trasladados, nadie fue capaz de reconstruir las casas. Ahora el marco de su existencia y de su vida ha pasado a formar parte de la industria turística. El panorama resulta conmovedor, sobre todo a la puesta de sol. Paradójicamente, el turismo y la miseria son dos caras de la misma moneda.

A la mañana siguiente Rafih me encuentra en el vestíbulo. Desde Túnez le han llegado noticias de que tiene que ponerse en contacto con «el señor del chaleco de cuero marrón», explica. Después de un par de tazas de té moruno me cuenta también que pasarme es fácil pero no del todo. El problema no son los gendarmes argelinos sino los tunecinos. Están nerviosos y sensibilizados, tratan de evitar a cualquier precio que

Daniel Schwartz:
Comerciantes tras la subasta
de moneda afgana
acuñada por el gobierno
afgano en el exilio.
Peshawar, Paquistán (1998).



se les «contagie», así lo llama Rafih, la situación que hay al otro lado de la frontera.

—Y «la situación», ¿qué quiere decir? —pregunto.

Rafih lanza una mirada furtiva a su alrededor y se inclina hacia delante.

—En el desierto las cosas siguen como siempre, pero por los caminos y en las grandes ciudades bandas, fanáticos, caudillos locales y milicias de autodefensa hacen lo que les viene en gana. No es como en los alrededores de Argel. No hay masacres ni bombas porque no tienen ningún valor propagandístico para el gobierno, pero hay carreteras cortadas, controles y demoras, y un extranjero debe llevar grandes cantidades de dinero... y de paciencia. Pero evitaremos la carretera hasta Bir el Ater dando un rodeo de varios cientos de kilómetros. Tardaremos varios días, pero tengo un buen coche, un Nissan con tracción en las cuatro ruedas, depósito extra y una plataforma cubierta donde podremos dormir; y conozco la ruta por el *bled* y por las lomas de Djebel Zenad. Pero será caro. Protección y todo eso, ya sabes. Pongamos mil dólares. Y otros 500 para los gastos de transporte...

Considero la propuesta durante un instante. La cantidad que pide Rafih equivale a un billete de ida y vuelta en avión hasta México o Bangkok, pero, por otra parte, Argelia se encuentra a una distancia psicológica infinitamente mayor que los cráteres de la luna. Hago un gesto de asentimiento y acepto.

—La mitad ahora —dice Rafih.

Me doy cuenta de que es un profesional.

—Salimos mañana al amanecer —continúa diciendo mientras se guarda el fajo de billetes en el bolsillo de la chaqueta sin contarlos—. Si alguien te pregunta, eres turista. Pero es poco probable. En el *bled* no hay nadie, así que no habrá preguntas. Y los gendarmes argelinos de la frontera se han atrinchado en unos pocos puestos de control. Tienen buenos coches y pueden comunicarse via satélite, pero les asusta tanto lo que pueda llegar de Túnez como a los tunecinos de este lado lo que se pueda escapar de Argelia. Aunque siempre hay excepciones, ya me entiendes...

Cuando Rafih se pone en pie, me estrecha la mano y sonrío, le entiendo.

Es la sonrisa del contrabandista, cálida pero a la vez alerta e impenetrable.

—Mañana —dice—. Si Dios quiere.

Ocho

Estoy sentado en mi balcón, como haría cualquier otro turista para disfrutar de las primeras horas nocturnas. Las ruinas que se extienden ante el hotel son hermosas, plateadas a la luz de la luna y no se oye ese ruido molesto del ir y venir de la gente. Es el no va más del

EL NUEVO
«TERRORISMO»
ARGELINO
SIEMPRE
DA LA IMPRESIÓN
DE SER ALGO
ENSAYADO

turismo: la sublime soledad. El sueño de estar solo; solo pero con el respaldo de buenos vinos, restaurantes y un hotel con comunicaciones vía satélite con París, Londres o Nueva York.

La BBC emite noticias. Sólo se nombra a Argelia en los últimos minutos del programa, una bomba en Tlemcen. Diez muertos. Y otras dos en la capital. Sólo heridos. Nada de masacres como la del distrito de Shanine, en la pequeña aldea al pie del macizo del Ouarsenis, donde André Glucksmann «entreabrió las puertas del infierno». Cunas volcadas, alfombras almidonadas a base de sangre coagulada, paredes negras de hollín, biberones hechos añicos. Sepulturas recientes. Supervivientes que sollozan. Policía. Pero ningún responsable, por supuesto. Un grupo «integrista» ha reivindicado la autoría de los hechos, informa la BBC, con el diario argelino *Al Watan* como fuente. Ese fue el panorama a lo largo de todo 1997 y sobre todo durante el mes del Ramadán de 1998. El mundo habla de guerra civil. Terrorismo con raíces en Irán y Afganistán y aun en Europa. Pero independientemente de quién mate a quién, no deja de ser sólo un síntoma. Algo totalmente distinto se oculta tras todo esto. El espectro de la guerra contra la metrópoli y de los primeros años de la independencia. Una negación del Islam.

El Islam nunca formó parte de la llamada revolución argelina. Bien es verdad que Ben Bella, durante un discurso el 1 de noviembre de 1963, dijo: «Hemos sentido la necesidad de crear un partido socialista de vanguardia. El nuestro no es un socialismo de palabras, sino un socialismo rebotante de acción, un socialismo puro, un socialismo construido sobre la realidad argelina, árabe y musulmana (...) Somos árabes y musulmanes».

Pero el 21 de marzo de 1966, apenas un año después del golpe contra el presidente Ben Bella, el auto-proclamado presidente Bumedian afirmaba: «Cuando hablamos de socialismo y de la revolución socialista y de que la revolución deben llevarla a cabo socialistas y revolucionarios, quiero decir que el socialismo deben construirlo los militantes revolucionarios que tienen más fé en las doctrinas que en un grupo reducido o en la región de donde proceden».

Ambas citas se asemejan en el tufillo a enrevesado mitín socialista, pero existe una diferencia esencial: Ben Bella hace referencia a «los creyentes». Bumedian *no*.

El Islam, que por otra parte no desempeñó jamás un papel de peso durante la guerra colonial porque los cabecillas de la rebelión argelinos estaban, y con mucho, más ligados al nacionalismo que al Islam, esa formidable fe, ese sistema vital y cultural llevó una existencia a la sombra de toda la palabrería sobre el socialismo que el bloque oriental exportaba a Argelia. Y cuando el socialismo desapareció repentinamente del panorama ideológico, en Argelia y en una larga serie de «países-satélite» africanos surgió un vacío que era natural que el Islam, tras la guerra de Afganistán y en el marco de la revolución islámica del ayatolá Jomeini en Irán, se brindara a llenar.

Los cambiantes gobiernos de Argelia, todos ellos hijos del ejército y de las fuerzas de seguridad, contaban con nada o muy poco que ofrecer y además ya tenían bastante trabajo con adueñarse de los beneficios que producían los colosales yacimientos de petróleo y gas natural del Sahara. No quedaba espacio para el Islam en Argelia. Cuando a finales de los años ochenta las mezquitas y los activistas comenzaron a abrir la boca para preguntar si el reparto de los bienes sociales de la nación que se venía haciendo era justo, al ejército y a las fuerzas de seguridad no les quedó otra salida que suspender unas elecciones presidenciales que las fuerzas islámicas iban a ganar con toda claridad. Algo así no queda impune. Era el comienzo del «terrorismo» al que se refiere la BBC.

Lo que sucede con este nuevo «terrorismo» argelino es que, por mucho que distintas agrupaciones asuman la autoría, siempre da la impresión de ser algo ensayado, una astuta y equívoca puesta en escena. Los

Daniel Schwartz:
*Emigrantes javaneses
y juego ilegal.*
Yakarta (1998).



creyentes más fanáticos asesinan ciegamente a los más moderados, mujeres y niños incluidos. ¿Qué sentido tiene todo esto? A menos que veamos la situación desde el punto de vista del ejército y las fuerzas de seguridad: hay que enarbolar sin descanso la imagen de los abominables y fanáticos integristas, con un cuchillo o un hacha en una mano y el Corán en la otra, hasta que el Islam quede tan desacreditado que el poder religioso ya no sea capaz de ganar unas nuevas elecciones. Sin embargo las masacres de Medea, Relizane y muy especialmente las del sur de Argel, las de Bentalha, Sidi Moussa y Larbaa, todas ellas tienen un común denominador que da qué pensar: el ejército, el omnipresente ejército y las fuerzas de seguridad, que por sí mismas constituyen un Estado dentro del Estado, en todos y cada uno de los casos o bien no estaban presentes, o bien hicieron acto de presencia veinticuatro horas más tarde. Y lo que resulta aún más curioso es que todas las matanzas, casi siempre atroces y de una violencia ciega, se han puesto en práctica siguiendo un plan minuciosamente trazado. Rodean a los hombres y les impiden entrar en las aldeas mientras pasan a cuchillo a las mujeres y los niños. Lo que el gobierno afirma que es una guerra de religión parece más próximo a una guerra de expulsión. El núcleo del problema no es la *fe*, sino la *tierra*. Ya que no se puede acabar con la miseria a base de reformas sociales, se la puede desterrar del territorio metropolitano a base de violen-

cia. Las aldeas se quedan vacías y los especuladores, que si no son oficiales de alto rango están en buenas relaciones con el ejército, pueden urbanizar zonas rentables y de alta calidad. Y si al mismo tiempo se puede desacreditar al Islam, se trata simplemente de un beneficio extra particularmente provechoso.

Detrás de todo esto se oculta otro beneficio más. Todos hablan de las masacres de los integristas, a pesar de que el Ministerio de Información diga que «bueno, tampoco es tan terrible, la prensa exagera muchísimo», pero rara vez se habla de *los desaparecidos*. Las matanzas en las aldeas corren un tupido velo sobre el hecho de que en Argelia han desaparecido más personas en los últimos diez años que durante la «guerra sucia» de los setenta en Argentina. Y tras esta conspiración contra la verdad hay, igual que en Argentina, un grupo de oficiales retirados o en activo, los generales Lamari y Mediene y, curiosamente, el anterior jefe de seguridad, Tahar Zbiri, el hombre que en 1965 arrestó y depuso al entonces presidente Ben Bella en nombre del ejército.

Aparto mis notas y me quedo contemplando las ruinas plateadas del otro lado del lecho del río. Como turista, claro está, no me conmueve del todo ver que el Ministerio de Turismo tunecino ha logrado reunir los fondos para conservar ni más ni menos que tres *marabouts*, tres mausoleos de hombres santos cuyas cúpulas de color cardenillo resplandecen en la noche. Pero



LAS COLONIAS TIENEN LA MALA COSTUMBRE DE DEJAR UNA PESADA HERENCIA DE INJUSTICIA Y FALTA DE LIBERTAD

como reportero no me entusiasma. El camino es una incógnita y es difícil aventurar lo que pueda suceder mañana. ¿Puedo confiar en Rafih? ¿Qué nos espera en Argelia? El frío que la noche trae desde el *bled* hace presa en mí y me acurruco bajo las mantas repitiendo para mis adentros la eterna canción del reportero: es andando como se hace el camino.

Nueve

Rafih se presenta a la puerta del hotel como habíamos convenido, no con el Nissan con tracción en las cuatro ruedas del que se mostraba tan orgulloso, sino con un Citroën abollado que debe de tener por lo menos 400.000 kilómetros y una docena de accidentes a sus espaldas.

—Rafih —le digo— esto no es lo que acordamos.

—Tú espera —contesta—. Debes tener confianza. Has invertido mucho dinero en tu viaje con nosotros, así que debes tener confianza. Una cosa implica la otra.

—Dices «nosotros». ¿Quiénes sois «nosotros»? Tenía entendido que íbamos a viajar solos. Tú y yo.

Hace un gesto negativo.

—Nunca estamos solos —dice—. Pero vamos, en menos de una hora estaremos al otro lado de la frontera.

Rafih aparca el Citroën abollado delante de un garage en Tamerza y me muestra con orgullo su Nissan. En la plataforma van tres «hermanos». El resto de la carga lo componen un par de cajas y algunos fardos sobre cuyo contenido considero mejor no interrogar a Rafih.

Al despuntar el alba salimos de la ciudad y pocos kilómetros al oeste de Tamerza abandonamos la carretera asfaltada. Rafih combate el frío de la mañana con té que lleva en un termo. Ante nosotros se extiende el

bled, un terrible paisaje. El *bled* no es hermoso y armónico como el desierto. El desierto tiene su propia lógica y sus propios peligros, pero el *bled* es una edición barata de la nada. Pardusco, áspero y accidentado. Un rompepiernas, un tormento para la vista y un suplicio para el alma. La concepción del desierto parece más elevada; el *bled* no es más que un ejemplo de la casualidad de la creación.

El Nissan se desliza por el paisaje, hora tras hora, y los tres individuos de la plataforma van fumando un sinfín de cigarrillos y golpeando en el techo cada vez que temen que estemos a punto de volcar. Rafih tiene todo bajo control. Es un buen capitán que conduce su barquito por mares agitados.

Rafih nació en 1966, me cuenta. En Constantina. Ha aprendido muchas cosas, pero nunca un verdadero oficio. Se autodenomina «librecomerciante». Me pregunta si he estado en Constantina.

Sí, precisamente el año en que él nació, pasé por Constantina cuando iba de Túnez a Argelia en un pequeño *escarabajo*. Por la noche acampamos en los bosques de eucaliptos, repostamos gasolina a costa del partido, nos dimos un baño y charlamos con la gente, que nos recibió con esa cordialidad que al fin y al cabo merece un extranjero. Eso es lo que le cuento.

Rafih bebe un trago del termo y escupe la mitad por la ventanilla.

—No recuerdo nada de aquellos años —dice—. Pero por lo que sé, las cosas ya no son así. Los extranjeros están condenados a muerte, ¿sabías?

Asiento. Sí, lo había oído.

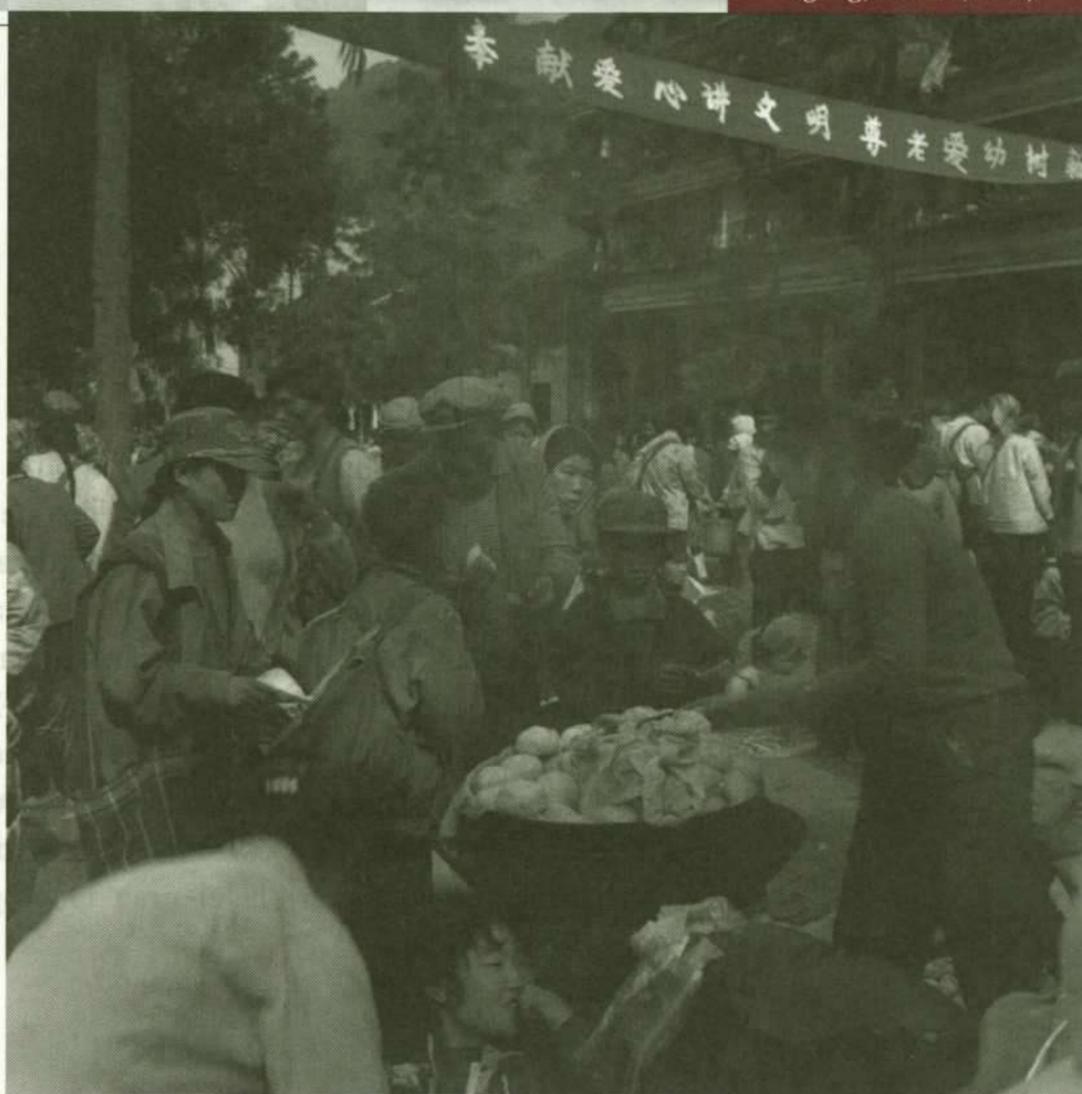
—¿Sabes de dónde viene lo de la pena de muerte?

—La verdad es que no.

Rafih parece realmente satisfecho. Sabe algo que yo, el extranjero, el que paga, el hombre de Europa, la última y definitiva retaguardia de la época colonial, no sé.

—Dicen que son los integristas quienes matan a los extranjeros, pero existe otra versión. Los generales no quieren extranjeros en Argelia, y los generales cuentan con bandas. Gente peligrosa, liberados de las prisiones. Ya no quedan casi asesinos entre rejas, los han puesto en libertad a todos. Sólo tienen que matar a todos los extranjeros, acabar con ellos como con esos cuatro asiáticos que tiraron a las alcantarillas de Argel y fueron flotando con

Daniel Schwartz:
Miembros de la minoría
Lishu compran en el
mercadillo del
pasillo de Salween.
Fugong, China (1998).



todos los desperdicios hasta el Mediterráneo. No tiene que haber testigos, esa es la idea. A mí no me interesan los extranjeros como tú. Tengo mis negocios. Pero no soy partidario de asesinar personas. Tengo algo que ofrecerles, pero no quiero tener nada que ver en su muerte...

—Entonces podíamos andar libremente —le interrumpo.

—¿Y qué conseguisteis con eso?

Reflexiono sobre la pregunta de Rafih. Sí, ¿qué conseguimos con eso? ¿Cómo explicárselo a Rafih? Hace ya tanto tiempo que apenas si tiene importancia. El vive en el mundo propio del contrabando, en el que todo depende de si lo atrapan o no, o de si le vale la pena. Pero así era también entonces, cuando su país era aún una especie de colonia, porque las colonias tienen la mala costumbre de dejar una pesada herencia. Así eran las cosas, los nuevos grupos dominantes eran más implacables si cabe que los franceses. Ordenes, restricciones, prohibiciones. Libertad de movimiento limitada. Dictadura. Desconfianza, sospechas, cárceles y desapariciones.

—Comprobé algo, no sé bien el qué —me limito a responder.

El Nissan sube renqueando una pequeña loma y mis riñones protestan. El pálido polvo del *bled* lo invade todo, se sumerge hasta las raíces del pelo, coloca ante los ojos una membrana viscosa. Los pulmones tratan de asimilarlo. Tiñe de gris mi suéter marrón y a medida que transcurre el día mis botas bolivianas, que yo

siempre procuro tener relucientes, van adquiriendo el color de un margal.

—Tu Argelia —dice Rafih— ya no existe. Es la mafia más grande y mejor organizada del mundo. ¿Conoces esa expresión, mafia?

Dedico un amable pensamiento a los fardos, las cajas y a los tres tipos de la plataforma y contesto que sí, que es posible que lo parezca y que él debe saber de lo que habla.

—Y sabes cómo funciona el sistema de la mafia, ¿verdad?

—Sangre por sangre.

—Y no sólo eso. El que no está contigo, está contra ti; y el que está contra ti, no vive lo suficiente para ver el sol de la mañana.

El Nissan esquivo una roca y Rafih frena. Ante nosotros hay otros tres camiones con plataformas llenas.

—Pasaremos aquí la noche, dice. Son los hermanos de Tebessa. Quizás ellos puedan llevarte más allá.

Diez

Aparcan los vehículos como si se tratara de hacer una barrera, capó contra capó. La pequeña sociedad de los contrabandistas libres. Nada de fuego esta noche, sólo voces. Conversaciones sin fin.

—¿Qué ocurre?

YA NO TIENE
IMPORTANCIA
QUE BUSCABA
UN EXPULSADO
QUE ATRAVIESA
LA FRONTERA
ES EL MAS LIBRE
DE LOS HOMBR

—Hay problemas en Bir
Rafih— Baticadas, dicen sus
de autobuses hacen estragos. T
nos conviene ni a nosotros ni a
de suerte, quizás podamos lleg
luego ya veremos.

—Y si luego no «vemos», entonces ¿qué?

YA NO TIENE
 IMPORTANCIA
 QUÉ BUSCABA.
 UN EXPULSADO
 QUE ATRAVIESA
 LA FRONTERA
 ES EL MÁS LIBRE
 DE LOS HOMBRES

—Hay problemas en Bir el Ater —responde Rafih—. Barricadas, dicen mis hermanos. Las milicias de autodefensa hacen estragos. Todos van armados. No nos conviene ni a nosotros ni a ti. Mañana, con un poco de suerte, quizás podamos llegar a Ras El Euch. Y luego ya veremos.

—Y si luego no «vemos», entonces ¿qué?

—Entonces tendremos que dar la vuelta. Esa es la regla, el que tiene el tiempo consigo, debe ceder ante la adversidad. Puede que sea algo pasajero, pero no hay ningún motivo para correr riesgos innecesarios.

—¿Qué dicen tus «hermanos» de la situación?

Estamos apiñados en la plataforma del Nissan, bajo unos tapices malolientes y alrededor de un infiernillo. Seis hombres en medio de la oscuridad del *bled*. Rafih mira a su alrededor y pregunta:

—Al extranjero le gustaría saber cuál es la situación. ¿Hay algún problema?

Las respuestas vienen y van desde la oscuridad en que se ocultan sus rostros:

—Los caminos no son seguros, hermano Rafih. Las gentes del Norte emigran al Sur. Dicen que les expulsan. Las bandas del gobierno exterminan a sus familias y echan a patadas a los supervivientes enviándolos hacia aquí. Y están armados. Cada hombre tiene un fusil. Vaya manera de gobernar un país. Antes las cosas no eran así. Puede que «el extranjero» no lo sepa, pero ahora todo es diferente...

Rafih dice que «el extranjero» ha estado en Argelia muchas veces. Estaba aquí en aquella época que no recuerda ninguno de los que están bajo la cubierta y los tapices.

—¿Cómo eran las cosas entonces, «extranjero»? —pregunta una voz.

¿Qué puedo responder? ¿Que la Argelia libre e independiente era un país estupendo? Supongo que les

apetece escuchar historias. Es el escenario perfecto para contar buenas historias, pero por otra parte no puedo permanecer sordo ante el hecho de que los contrabandistas no son elementos que se distingan por su conciencia nacional. Por eso prefiero volver a sacar a colación a Fanon, a las desposeídas masas campesinas de Africa que de un solo plumazo le ajustaron las cuentas a Europa y al señor colonial blanco. Así comenzó todo. ¡Echad al hombre blanco, echad a los que tienen el poder antes de que ellos os echen a vosotros!

—Así pensaba y escribía el gran ideólogo de la revolución —añado.

Silencio.

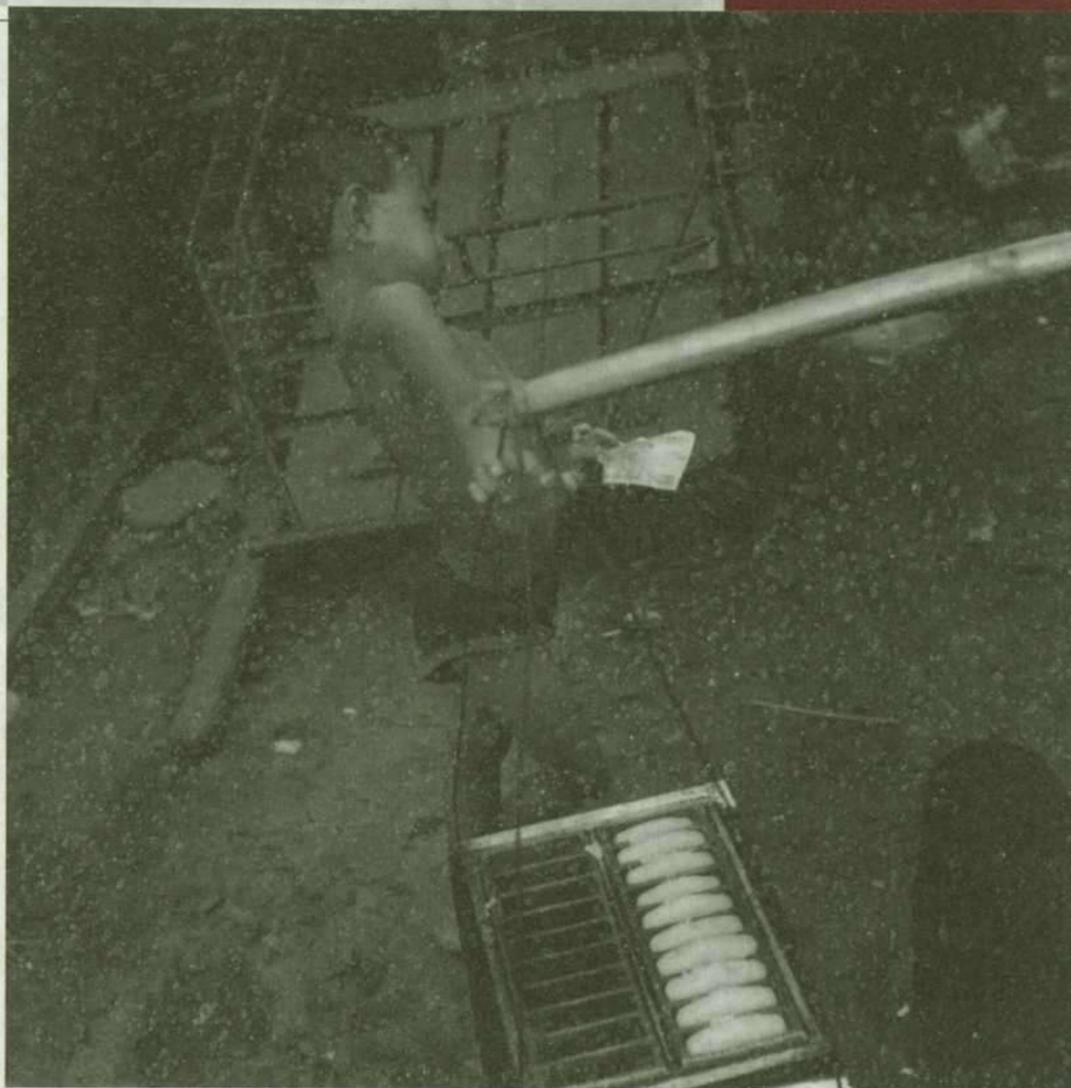
Rafih traduce.

Un largo silencio.

Luego regresan las voces en una auténtica cacofonía.

Rafih vuelve a traducir: «Mis «hermanos» dicen que siempre habrá alguien que tenga el poder y otros que intenten arrebatárselo. Y dicen que la caja en la que estás sentado está llena de armas para los que quieren arrebatar el poder a los que lo tienen. Siempre es buen negocio, dicen, porque los que pierdan el poder también necesitarán algún día armas para reconquistarlo. Y eso es mejor negocio aún, porque los que pierdan el poder y todo lo que crean que eran o que ansiaban, éstos darán todo lo que tengan por recuperar ese poder. Es algo ciego y contrario a la voluntad de Alá, porque Alá es infinitamente más grande que todo el poder que han reunido al Norte...»

«Al Norte». ¡Esa simple expresión, *el Norte*! De pronto, en mitad de la noche y del inmenso *bled*, me doy cuenta de en lo que me he metido. Ese país que se llama Argelia no es aún una nación. Las provincias, los llamados *vilayatos*, siguen combatiéndose entre sí con todos los medios a su alcance. ¿Cuántos siglos tardaron en formarse los Estados europeos? Guerras de religión, guerras de los treinta años, revoluciones y guerras civiles. ¿Por qué iba a ser Argelia una excepción? Quizás sea ésa la maldición de las antiguas colonias, sus problemas no surgen hasta *después* de la independencia. Y si la situación, en líneas generales, se puede solucionar, puede llevar siglos...



Fumamos cigarrillos fuertes y dormitamos hasta que se extiende una pálida luz sobre el *bled*. Del norte, de Bir el Ater, imagino, llega otro Nissan. Más conversaciones y té a raudales. Rafih protesta, pero la presencia de un extranjero en el viaje hace que la situación se vuelva insostenible. Ha hecho lo que ha podido. Me propone que si tengo intención de seguir adelante, cosa que en el fondo le resulta inconcebible porque le doblo la edad y debería saberlo y no desperdiciar mis últimas horas en una empresa desesperada como ésta, de todos modos lo intente por *la vía legal*. Es decir, regresamos y volvemos a pasar la invisible frontera, entramos en Túnez, paso la noche en el hotel con vistas a las miserables ruinas y luego puedo atravesar de nuevo la frontera de manera legal, con visado y pasaporte. Rafih tiene un primo en el lado argelino, un amable gendarme que seguramente podrá ayudarme.

Once

Así es como 48 horas más tarde me encuentro ante el mostrador de la frontera de Betita, con un pasaporte en regla y un visado burdamente falsificado, viendo cómo el teniente Mokhtar necesita menos de un minuto para constatar que estoy tratando de engañarle.

—Esto es un delito —dice sin rencor.

Pienso: «Ojalá me castigue, me meta entre rejas, me haga pasar por toda una colección de calabozos y prisiones argelinas; me mantenga *incomunicado* durante varios meses, hambriento y miserable. Así tendría material. Una historia. Lo que sea».

Pero el teniente Mokhtar no es tonto. Sabe que soy un problema potencial. Y como tampoco es un hombre descortés, se encarga, él mismo, de recorrer los seis largos y polvorientos kilómetros que nos separan del puesto fronterizo tunecino. Lleva personalmente mi pesada maleta, silba a los tunecinos cuando nos aproximamos y me entrega con un «en fin», aquí lo tenéis otra vez.

Antes de regresar a sus propias líneas, Mokhtar se detiene a hurgar con el pie en la tierra pardusca del *bled*.

—¿Qué es lo que buscaba? —me pregunta.

Levanto la maleta. Pesa por los libros de y sobre Fanon. *Piel negra, máscaras blancas. Por la revolución africana. Los condenados de la tierra.*

Vacilo antes de dar una contestación. Ya no tiene ninguna importancia. Un expulsado que atraviesa la frontera es el más libre de todos los hombres.

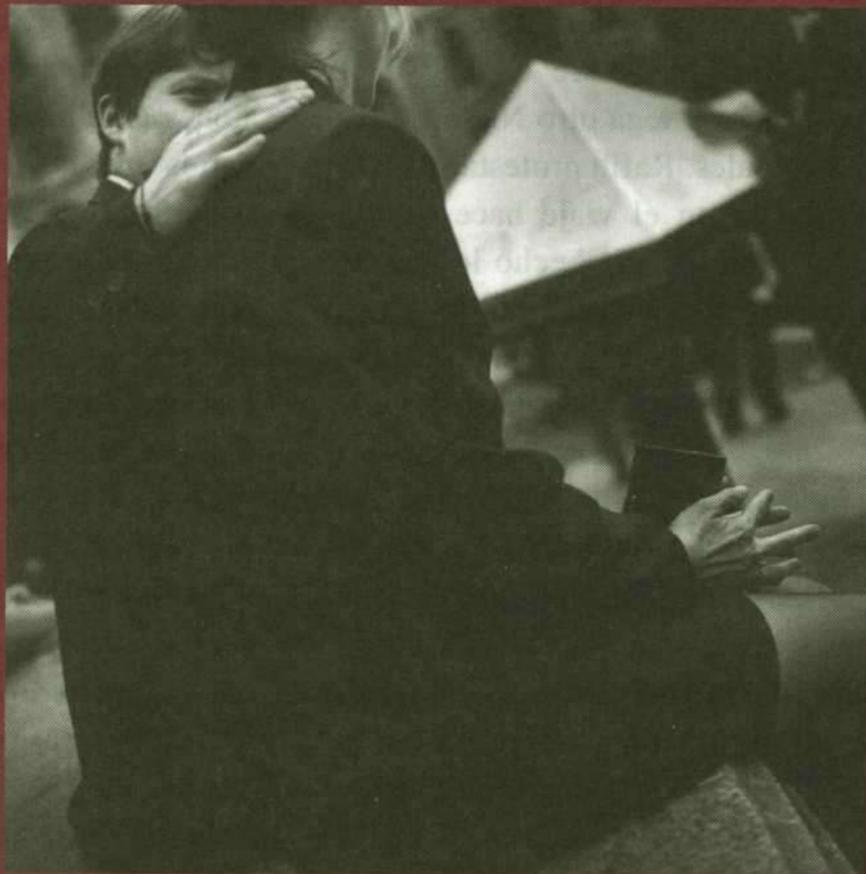
Entonces me oigo a mí mismo responder, y me siento un poco orgulloso de ello, a pesar de que no tiene sentido en el mundo de la razón pero probablemente sí lo tenga en el del reportaje:

—Voy en busca de algo que quizás ya no exista.

—Buena suerte —dice el teniente mientras emprende el camino de regreso por el sendero. □

James Hamilton-Paterson

Comunidades aisladas



Daniel Schwartz:
*Una pareja durante la
hora del almuerzo frente
al Banco de Inglaterra.
Londres (1998).*

2



Uno

Si los intereses que se tienen de niño pueden presagiar la personalidad que se tendrá durante toda la vida, entonces mi fascinación por los mapas y atlas cuando era un escolar, era un claro preludio de una vida de viajero. Pero esto es demasiado burdo; siempre fue algo más particular. Con el supremo egotismo de la infancia ponía a prueba el globo para ver su tamaño y buscaba territorios donde pudiera ser yo mismo. Eran los espacios vacíos los que me atraían instintivamente, más que las villas y ciudades, no importaba cuán afamados fueran sus nombres. Rodeado como estaba por mis compañeros de edad en internados ingleses (que en aquellos tiempos no eran muy diferentes de prisiones) deseaba ardientemente estar solo. Cogía de la estantería el atlas más grande que hubiera en la biblioteca del colegio y me quedaba durante horas mirando las páginas de tierras desconocidas, llenas de poco más que extensiones pardas enmarcadas por líneas. Mis ojos se posaban emocionados en un manojito de microscópicos círculos huecos con un nombre junto a cada uno: diminutos asentamientos enclavados alrededor de un pozo en el yermo piedemonte de una cadena perdida de montañas. ¿Quiénes vivirían allí? ¿Qué harían? ¿Me dejarían ir y vivir en una cueva por allí cerca?

De esta manera empezó una vida que coquetearía constantemente con la reclusión por un lado y con una desconfiada sociabilidad por otro. Hasta el día de hoy me interesan los pequeños detalles del aislamiento, los aspectos económicos cotidianos de cualquier forma de vida que haga posible la independencia. Es un interés que está obligado a ir melancólicamente con los tiempos, pues los atlas de mi infancia hace mucho que quedaron desfasados. No es sólo que los países hayan adquirido nuevas fronteras y nuevos nombres. Las tecnologías apátridas de la globalización se están extendiendo por todo el planeta, ignorando las fronteras y mermando las diferencias. El sueño del turista de una excursión sin esfuerzo a un clima mejor, con un vino más barato y playas de arena más fina, por doquier se está volviendo cada vez más real. El sueño del viajero

—aquél de encontrar un auténtico «lugar distinto»— parece desvanecerse sin esperanza alguna. Esta globalización transforma la cuestión histórica de «¿por qué, entre todos los lugares posibles, hay precisamente aquí una ciudad?» en la pregunta de por qué decenas de millares de pueblos siguen existiendo, y anuncia una época en la que la mayoría dejarán de existir. Y así ocurre que un eremita fracasado se convierte en un investigador de comunidades dispersas y otras formas de vida aisladas, a sabiendas que puede que resulte ser también el redactor de su necrológica.

Los mapas a los que acudí para mi último viaje fueron los de Australia y Canadá. Esto señalaba un nuevo punto de partida, ya que por primera vez en treinta años había decidido visitar comunidades anglófonas. Ambos países habían sido en gran parte ocupados originariamente por británicos (o «reocupados», como podrían señalar acertadamente los aborígenes australianos y los indios canadienses). Toda clase de convictos, pioneros, buscadores de fortuna, charlatanes, misioneros e inadaptados marcharon allí, además de emigrantes económicos corrientes que habían calculado sombríamente que por muy dura que pudiera resultar, la vida en un nuevo continente difícilmente podía ser peor que lo que dejaban atrás. Mi propia reticencia a vivir en el país de mi nacimiento hace que tenga simpatía por todos aquellos desconocidos compatriotas británicos que durante los últimos trescientos años han echado océanos entre ellos y sus raíces.

Lo que despertó mi interés fue una famosa carretera en Australia meridional llamada la *Pista de Birdsville*, donde grandes distancias separan los diminutos puntos de asentamiento, muchos de los cuales se describen en los mapas como «desiertos», «abandonados» o simplemente como «ruinas». Mi único punto de contacto con todo el continente australiano eran un nombre y un teléfono: el de un escritor de cierta edad y su esposa, directora de colegio retirada, que vivían cerca de Adelaide. Nada podía haber sido más acogedor que su invitación a pasar la velada con ellos en su casa. Una hora después de mi primer encuentro con aquellos hospitalarios desconocidos (cuando ya me sentía como si les conociera desde hacía años) habían

Daniel Schwartz:
*Un visitante intenta coger
 un lingote de oro que en
 realidad es un holograma.
 Banco de la Reserva
 Federal, Nueva York (1998).*



llamado a su hijo y me habían pasado el teléfono para que pudiera preguntar lo que quisiera. Era un botánico y ecologista que había realizado gran parte de su trabajo en el interior de Australia, sobre todo a lo largo de la Pista de Birdsville y parecía conocer a todo aquel que vale la pena conocer en un área de decenas de miles de kilómetros cuadrados. Al final de una larga conversación me dio los nombres de una del puñado de familias que tienen ranchos de ganado a ambos lados de la Pista.

—Ve a ver a los Durley —me insistió—. Podrán contártelo todo acerca del aislamiento. Son cinco o seis personas y llevan un rancho de dos mil kilómetros cuadrados. Yo los llamaré mientras y les diré que vas para allá.

Ya estaba claro que también el interior australiano funcionaba de una manera que yo conocía de las Filipinas y de otros lugares fundamentalmente rurales, donde «crear contactos» es parte esencial de la vida y éstos cuentan para todo. Llegar con las recomendaciones adecuadas significa tener abiertas puertas que de otra manera permanecerían cerradas. Pronto descubriría lo estrechamente unida que puede estar una comunidad aunque sus componentes a menudo estén separados por kilómetros de desierto rocoso. Fue la primera vez que probé la versión australiana de la dependencia mutua que predomina en estas vidas por lo demás aisladas.

La exploración y colonización del área del interior que proyectaba visitar comenzó hacia mediados del siglo pasado. Es la región del estado de Australia meridional, que se sitúa más o menos hacia el norte de Adelaide, entre el desierto de Simpson y el desierto rocoso de Sturt. Más al norte está Queensland y los vastos espacios de pasto cuyo potencial había atraído con tanta fuerza a los primeros ganaderos. En 1885 se creó la pequeña villa de Birdsville justo en la frontera de Queensland, para servir como lugar de agrupamiento del ganado que luego era llevado a pie a lo largo de una pista de 520 kilómetros hasta la cabeza de la línea férrea en Marree. Así que la Pista de Birdsville no es más que una antigua cañada y estuvo en uso como tal hasta los años sesenta.

Incluso dentro de lo que suelen ser esa clase de cosas, la ruta era extremadamente dura. Dunas de arena móviles borran periódicamente partes de la pista, mientras que tormentas de arena pueden hacer desaparecer todo el paisaje durante tres días seguidos. Durante las peores de estas tormentas los primeros pioneros puede que dejaran sin vigilar un bebé en su cuna dentro de la casa durante un cuarto de hora, mientras intentaban en vano detener la constante riada de arena que entraba por debajo de las puertas y ventanas. En esos quince minutos puede que el bebé se asfixiase allí mismo, los ojos, la nariz y la boca sellados completamente por el polvo rojizo. O tam-



EL DESIERTO
AUSTRALIANO
ES UN PARAJE
QUE, COMO EL MAR,
POCAS VECES
PERDONA
LA ESTUPIDEZ
O EL DESCUIDO

bién, una vez cada tantos años, las resacas cuencas de riachuelos y lagos salados podían desbordarse súbitamente por el agua que había caído meses antes y a kilómetros de distancia durante unas tormentas en Queensland. Hombres y animales podían quedar retenidos durante semanas en vados como Cooper Creek, anegados en el barro. La muerte era un rasgo corriente de la transhumancia: un constante desgaste que mermaba los valiosos rebaños y los ganaderos que los acompañaban. Durante la mayor parte de los últimos ochenta años, animales y seres humanos (incluidos médicos y carteros) avanzaron luchando a lo largo de esta espantosa pista en todas las épocas del año. Incluso hoy en día, aunque la mantienen bien nivelada, su superficie no está pavimentada y puede degradarse rápidamente durante una tormenta de invierno. Una casilla especial en los mapas de carreteras advierte: «*Es obligatorio* tomar esta pista con precaución». Una inesperada tormenta de polvo puede convertir fácilmente en fatal una avería menor, como descubrió hace unos años una familia de cinco miembros cuando se desorientó, perdió la pista, se quedó sin gasolina y murió de sed. Es un paraje que, como el mar, pocas veces perdona la estupidez o simplemente el descuido. Dos neumáticos de repuesto y veinte galones de agua potable por persona son una precaución razonable.

Para aquellos a los que les gusten los desiertos, el camino hacia el norte desde Port Augusta hasta Marree y el principio de la Pista de Birdsville resultan a menudo de gran belleza. Se pasa junto a la cordillera de Flinders, que durante un rato se extiende a la derecha a lo largo del horizonte, montañas misteriosamente coloreadas y llenas de antiguos ritmos geológicos. Incluso un vistazo a esta distancia proporciona información muy útil. Las series de estratos plegados al descubier-to son un recordatorio de que, por mucho que las manchas en el suelo desértico de piedras pardas y pulidas por el viento recuerden a lava, son de origen sedimentario. Estas piedras de color de chocolate se conocen con el nombre aborigen local de *gibber* (pronunciado «guibba») y son parte fundamental del paisaje de la Pista de Birdsville y con ello de su sistema ecológico. De hecho, las auténticas llanuras de *gibber* quedan aún

delante de nosotros. Hasta la cordillera de Flinders, el panorama consiste fundamentalmente de matorral y tramos ocasionales de vías férreas de una sólo dirección; una carretera sin recodos hacia un horizonte que siempre se va alejando.

Me paro para almorzar junto a un grupo de edificios que simulan ser una ciudad. Aquí la vía férrea está a unos metros, confiriendo sustancia a la ilusión de que el *pub* sea en realidad una estación de tren reconvertida y salida directamente de mi infancia: pintura color verde y crema, ventanas de guillotina, chimeneas inglesas de carbón con repisas, todo ligeramente tenebroso y triste. Tomo un almuerzo de lo más australiano: empanada de *roo* (kanguro) con vino tinto y patatas fritas acompañada de salsa de chile tailandesa, todo regado al final con una pinta helada de VB (cerveza *Victoria Bitter*).

Si la arquitectura sugiere los restos fosilizados de un estilo importado, a partir de ahora la carretera ofrecerá los patéticos vestigios de una antigua forma de vida. Las ruinas de granjas abandonadas son testigos de batallas perdidas durante los últimos cien años contra el clima inexorable y las cambiantes modas económicas. Una pared solitaria con las jambas de una ventana se alza en medio de la tierra desierta y en otro lugar una estructura sin tejado o simplemente los pequeños montículos de fundamentos arruinados proporcionan las únicas características llamativas en millas a la redonda, a medida que el trabajo deslizador de antaño revierte al desierto. Aquí y allá quedan pequeños cementerios y ocasionalmente una tumba solitaria. Sliding Rock, a treinta kilómetros de la carretera, fue en su día una próspera villa dedicada a la minería del cobre, hasta que la mina se inundó en 1877 y la ciudad fue abandonada. Más adelante se encuen-

Daniel Schwartz:
Control de calidad de las
hostias. En las monedas de
cinco francos pone
Dominus Providebit.
Solothurn, Suiza (1998).



tran las fantasmales ruinas de Farina, que, como su nombre indica, era un asentamiento pensado para sacar provecho de la molienda de la harina. Pero los soñados campos dorados de trigo nunca resistieron la realidad de las sequías del desierto y de las plagas de conejos, y no mucho después de principios de este siglo Farina también sería abandonada.

Paso la noche en Copley, que desde la carretera no parece más que un corrillo bajo de caravanas, perdido en el horizonte rosa y ocre. La calle principal posee un puñado de esos desgarrados edificios de madera con balcones que parecen un cruce entre la arquitectura de las antiguas estaciones de tren británicas y el decorado de Dodge City en una vieja película del Oeste. Entrar en el *pub* significa ser transportado a lo que casi podría ser una pensión del Sur de Inglaterra en época del rey Eduardo: puertas revestidas con paneles, cuadros colgados en fila, ventanas de guillotina y una ausencia penetrante (parecida a la de un miembro amputado): parece que faltara el sonido de un gong para llamar a la cena. Fuera del *pub* esta clase de evocaciones de un ayer refinado se vuelven algo surrealistas. Los enormes vehículos todo terreno de la clientela están alineados como caballos, con sus hocicos bajo una barra de hierro donde amarrarlos y cuyos postes son antiguas perforadoras de minería pintadas de blanco. Estos vehículos poseen una condición de fetiche en el interior australiano y parecen dividirse en dos categorías

principales. Por un lado están los centelleantes Land cruisers y Cherokees con cristales ahumados y equipaje de emergencia atado con una correa en el techo. Estos suelen pertenecer a turistas, normalmente grupos de jubilados de ciudades como Sidney o Melbourne que realizan el cómodo y moderno equivalente de «darse una vuelta» antes de que sea demasiado tarde. Los otros vehículos son la apoteosis de lo utilitario y pertenecen en su mayor parte a los locales. Estos prefieren unas camionetas con los componentes de una bomba artesiana desmantelada en la plataforma y tienen al menos cuatro tipos diferentes de antenas para realizar lacónicas llamadas de emergencia desde en medio de la nada. A su parte delantera, están soldados unos armazones de vigas de acero conocidos como «barras de kanguro». Estos son necesarios dado el hábito de los kanguros de cruzar la carretera sin precaución alguna al anochecer o en la oscuridad. Mucha gente se ha matado al intentar evitar una colisión con uno de estos animales, que en el caso de los grandes kanguros grises pueden alcanzar los dos metros. La carnicería que se aprecia a lo largo de las carreteras del interior australiano refleja una extendida actitud de chico del campo, que considera los animales salvajes de gran tamaño como una amenaza pública y a los kanguros algo tan corriente, que serían poco más que conejos de dimensiones exageradas. Sus cadáveres destrozados ensucian los bordes de las carreteras.

Algunos se han secado hace tiempo, hasta convertirse en hatos de cuero y huesos. En las piezas más recientes a menudo hay posadas águilas de cola de cuña, pesadas aves que tiran de pedazos de vísceras que brillan a la dura luz del sol: salpicaduras de rojo primordial bajo el azul primordial del cielo.

Desde Copley llamo a Jenny Durley, quien se muestra de lo más acogedora:

—Jon dijo que llamarías —me informa—. Pásate mañana cuando puedas. Nosotros no vamos a ningún lado.

Se ríe y después me da instrucciones para encontrar el rancho de su familia, *Woonoka Station*. Como falta al menos una hora para la puesta de sol, me doy un paseo por el matorral que rodea el asentamiento y cruzo un arroyo seco para dirigirme hacia una pequeña colina de pizarra. El arenoso lecho del arroyo está marcado por rastros de animales. En una de las orillas han quedado expuestos por la erosión estratos de yeso. Unos cuantos lagartos salen corriendo a mi paso. Hay tanto excrementos de kanguro generosamente desperdigados como latas de cerveza oxidadas. Las verdes gemas de una botella de cerveza hecha añicos centellean entre el *gibber*. Encuentro un fragmento de piedra hendido y con aspecto de ser sedimentario; presenta la impronta de un ramillete de hojas parecidas a las de los helechos y me lo guardo en el bolsillo. El paisaje dá la sensación de ser arcaico y el panorama que se ve desde la cima de la colina acentúa esta impresión. Los colores de la puesta de sol del desierto se transforman y brillan en el horizonte, infinitamente variados en cuanto a tono e intensidad, una paleta primordial que no puede haber cambiado mucho desde hace millones de años. Por contraste, el pequeño oasis a mis pies donde se alza mi motel entre una maraña de eucaliptus, depósitos cilíndricos de agua y uno o dos postes de radio, parece totalmente pasajero.

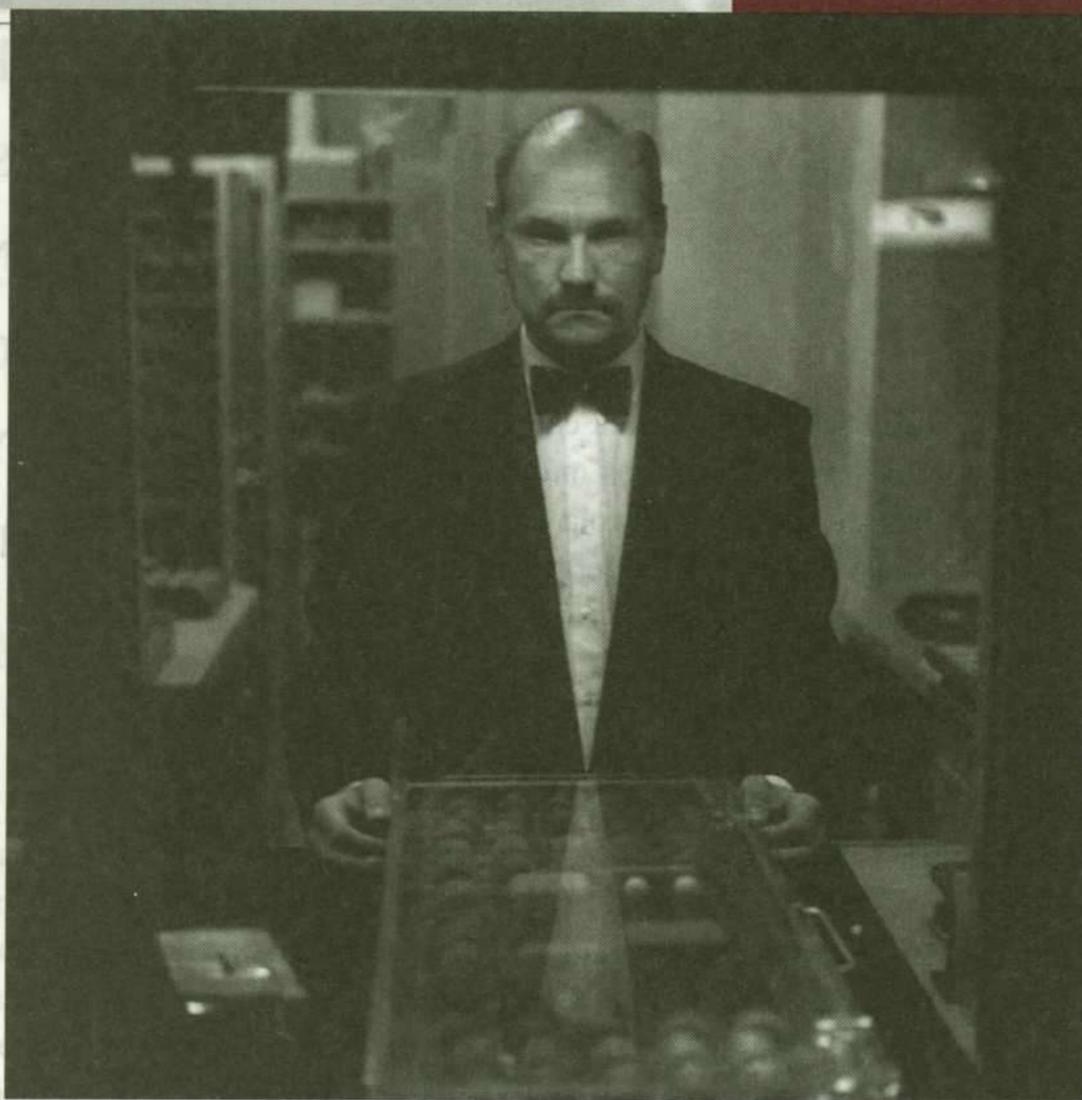
El primer lugar de un cierto tamaño al que llego a la mañana siguiente es el último antes de Birdsville, la cual está aún a más de 500km de carretera sin asfaltar. Marree es famosa principalmente por dos cosas que han desaparecido: el tren y los camellos. Durante casi un siglo circuló un tren entre Adelaida y Alice Springs, una de las líneas peor planificadas y menos fiables del

HOY, MARREE
SOBREVIVE PORQUE
NINGÚN VIAJERO
OLVIDA PARAR
Y APROVISIONARSE
DE GASOLINA,
AGUA Y CERVEZA

mundo. En 1980 se trasladó muy lejos, hacia el Oeste, y se eliminó la vía a partir de Marree. En cuanto a los camellos, se importaron en un principio desde el Baluchistán, el área más occidental del actual Paquistán, como solución obvia a los problemas de comunicación y transporte en el interior de Australia. Con ellos se importó a sus conductores y criadores; y aunque hace 36 años desde que muriera el último de los «afganos» originarios, su legado genético local es evidente. En cierto sentido, Marree es hoy en día un microcosmos de la caprichosa fortuna de todas las comunidades pioneras fundadas para aprovechar circunstancias económicas específicas. Sólo hace falta que su razón de ser se venga abajo o se desplace a otro lugar para que la ciudad caiga en decadencia mientras lucha por inventar algo que le confiera relevancia de nuevo. Por el momento Marree sobrevive de manera incierta, dependiendo en gran parte de los viajeros y turistas que pasan a lo largo de la Pista de Birdsville. Porque aquí es donde termina el asfalto y comienza la pista de tierra. Nadie olvida parar en Marree para aprovisionarse de gasolina, agua y cerveza: es un imperativo psicológico. Más allá se extienden las históricas tierras yermas de Australia.

Como estaba previsto, en medio de estas tierras yermas encuentro el rancho de *Woonoka*. Es un típico oasis del interior, a algunos centenares de metros de la pista, con su bungaló ampliado al azar y sus grandes establos dispersos y medio escondidos entre los gomeiros. Las blancas aspas inmóviles de una bomba de agua y el inevitable poste de radio se levantan por encima de las copas de los árboles. Nada se mueve salvo la roja nube de polvo de mi propia llegada, que me rebasa y se desvanece. Aunque soy un extraño, me saludan como a un amigo que llevara mucho tiempo

Daniel Schwartz:
Cajero del Casino Bad
Homburg, cerca de
Frankfurt. Los casinos
ganan más dinero con
las máquinas que con
las mesas de juego.
Bad Homburg,
Alemania (1998).



perdido. En la cocina está en marcha la preparación del almuerzo y en cinco minutos me han asignado la tarea de manejar el tostador.

—Vigílolo con ojos de halcón —me instruye Jenny—. Desde que cayó un rayo en la casa, el termostato ya no funciona.

El bullicio de actividad en la cocina contrasta con la inercia geológica que reina en el exterior, donde el sol del mediodía parece haber dejado todo clavado inmóvil en su sitio. La familia Durley lleva aquí sesenta años; antes *Woonoka* pertenecía a la misma familia pionera que excavó el pozo y plantó el eucaliptus en 1891. Jenny y Bill tienen los dos cuarenta y tantos. Tienen tres hijos: dos niñas de once y doce que están ayudando a hacer la comida y un chico de diecisiete que está en Adelaida, en el instituto.

—Todos los chicos de por aquí se marchan al internado a los catorce o quince años— dice Bill, hundiendo el tenedor en un inmenso plato de carne de matanza casera con patatas. Tiene la cara de un alegre boxeador algo maltrecho—. Crecen sabiéndolo y así no les importa. Bueno, no es más que justo. Hoy en día todo el mundo necesita tener una educación superior.

Hago la inevitable pregunta que también es pertinente donde vivo en Italia: ¿Cuántos de aquellos que se marchan para estudiar a la gran ciudad vuelven para llevar el rancho familiar?

—Ese es el problema ¿verdad? —dice Jenny muy

seria—. No queremos que se penalice académicamente a nuestros niños por haber crecido en el interior. Hasta los doce o trece años el servicio de la *Escuela del aire* es excelente. Estas dos se sientan cada mañana junto a la radio a las nueve menos diez para incorporarse a las transmisiones escolares. Es completamente interactivo y a todos les mandan un montón de deberes. Es igual que estar en el colegio, sólo que el aula tiene una extensión de miles de kilómetros cuadrados. Pero tienen que marcharse para la educación secundaria. Sabemos que lo más probable es que no vuelvan para encargarse del rancho, pero decimos: «Eso dependerá de vosotros. vuestras vidas no nos pertenecen. Tenéis que abriros vuestro propio camino».

—Yo sí que volveré —dice Chrissie, la mayor de las niñas.

—Sí, creo que es posible que lo hagas —asiente su madre—. Eres una verdadera chica del *bush* (*).

—Aquí las chicas del *bush* superan a los chicos prácticamente en todo— comenta su padre orgulloso—. A la gente como nosotros, los rancheros, nos critican mucho— añade—. Dicen: «Vale, si queréis vivir allí en medio de la nada, está muy bien en lo que a vosotros respecta pero ¿qué derecho tenéis de imponérselo a vuestros hijos?» A esto yo contesto directamente: «¿Qué derecho tenéis vosotros de imponer a los vuestros la vida urbana o de suburbio?».

(*) Matorral australiano. (N. de la T)

Me mira de forma truculenta con la boca llena de carne y patatas. Como si quisiera atenuar la beligerancia de su marido, Jenny explica:

—Piensan que los niños del *bush* están socialmente desfavorecidos o algo así. Pero la paradoja es que aquí estamos muy unidos aunque nuestros vecinos estén a 170 kilómetros. Siempre nos estamos visitando entre nosotros. De hecho este sábado hay una fiesta a la que irá todo el mundo que vive a lo largo de la Pista. Los niños son todos amigos. Aquí recibo muchas más llamadas al día que cuando vivía en Melbourne. La gente se cree que estamos aislados de un modo antinatural, pero no lo estamos, hoy en día ya no y desde luego que no estamos incomunicados. Los niños aprenden a manejar una radio en cuanto saben hablar. A la gente de paso le pareceremos un hatajo de ganaderos anticuados, pero verás que muchos de nosotros saben manejar el ordenador. Aquí estamos en Internet.

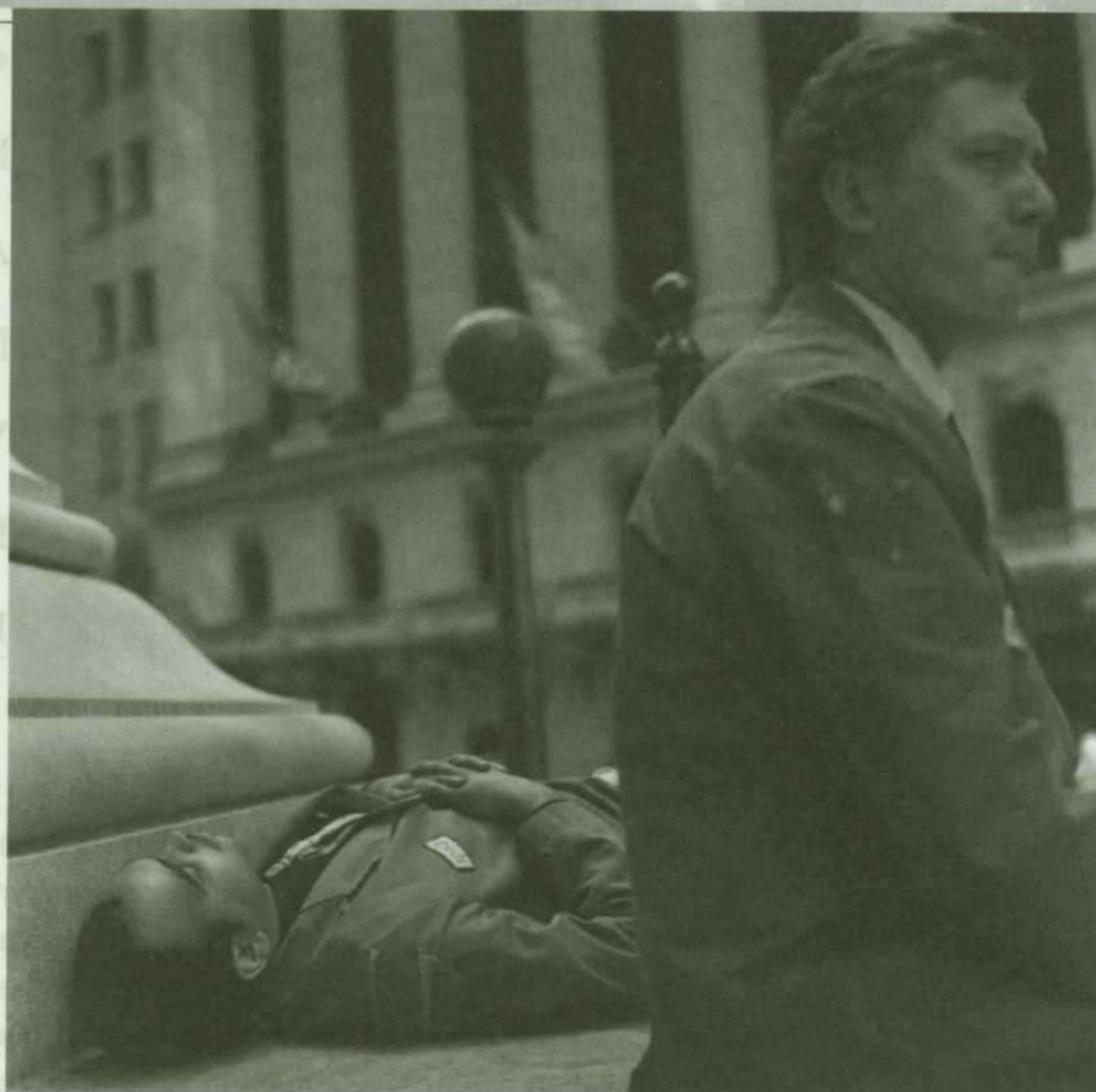
A la mesa se sienta también un empleado del rancho al que sólo se le conoce por Freebie. Ni siquiera los Durley saben su verdadero nombre. Aparte de su familiaridad con la maquinaria agrícola, tiene muy poca conexión con el siglo XX. Freebie, desde luego, no está en Internet. Habla poco y con calma y está en sintonía con el comunicativo silencio de los amplios horizontes y con el lenguaje del ganado. Como la mayoría de la gente de los ranchos, es despectivo respecto al gobierno y odia el paternalismo y la intervención. Bill me cuenta más tarde que Freebie no podría llevar otra clase de vida y que en una ciudad se volvería loco al poco tiempo o se hundiría. No ha estado nunca en su vida en Adelaida. La mayoría de los días sale con su abollado camión de Marree, donde conoce a una mujer que tiene una rulot, a menos que haya dormido fuera en el *bush*. Freebie tiene un odio especial a los alcoholímetros. Normalmente relajado, se pone rabioso ante esta limitación de su libertad de ser él mismo. De vez en cuando me pregunto si Freebie no será mi *alter ego*, salvado simplemente por las circunstancias de la banalidad de escribir para ganarse la vida. Tiene un bigote rubio y caído, al estilo de Zapata que, como su misma presencia, habla de otra época.

Después de comer Bill me saca en su todo terreno Datsun para echar un vistazo a una parte de su ganado. A unos centenares de metros del rancho ya estamos en

«AQUÍ ESTAMOS
MUY UNIDOS,
AUNQUE
NUESTROS
VECINOS
ESTÉN A 170
KILÓMETROS»

el *bush*. El suelo desnudo de color ocre resulta visible por doquier entre la rala vegetación que en su mayor parte no supera los treinta centímetros de altura. Aquí y allá cursos de agua secos están señalados por árboles más sustanciosos: pequeños y resistentes *coolibars* y eucaliptus. En otros lugares se alzan los esqueletos plateados de árboles muertos. Bill pone la tracción a cuatro ruedas, tomamos carrerilla para subir a una duna y patinando y a base de giros bruscos apenas conseguimos llegar hasta la cima. Desde aquí podemos ver algunas de sus reses, quizá cuarenta cabezas de *herfords* de carne: ganado resistente de color rojo con caras blancas. Lo que parece increíble es que estén gordas.

—Ya lo creo que lo están —comenta Bill orgulloso—. Eso es porque comprendemos como funciona este paraje— incluso aquí hay un tono de beligerancia como si hubiera tenido que defenderse demasiadas veces contra las acusaciones de gente de fuera. —Tú probablemente mires esto y veas un desierto con algunos arbustos achaparrados. Pero esta vegetación es altamente nutritiva. Deberías ver este sitio después de una lluvia de invierno. Las plantas efímeras empiezan a crecer prácticamente de un día para otro. Son plantas cuyas semillas están de momento en reposo. Brotan a una velocidad asombrosa, porque tienen que completar su ciclo vital y producir semillas propias en unas pocas semanas. Son geniales para engordar el ganado. El truco está en conocer tu tierra para distribuir el ganado de manera que evites el sobre-pasto en un sólo área. Nosotros aquí en *Woonoka* tenemos 2.000 cabezas de ganado en 2.000 kilómetros cuadrados, una densidad de uno por uno, que es lo que recomiendan para esta zona. Yo creo que *Woonoka* podría mantener dos cabezas por kilómetro cuadrado pero no queremos arries-



garnos. Hay que mantener la cubierta vegetal, cueste lo que cueste. Después de todo, el ganado no es el único que pasta aquí. Hay kanguros, emús, *brumbies* (eso son caballos salvajes) cabras, algún que otro camello y siempre los maditos conejos, claro. De todas formas el tiempo es demasiado imprevisible. No hubieras reconocido este lugar hace cuatro años. En Queensland tuvieron unas lluvias terribles durante semanas y poco a poco el agua bajó hasta aquí. Inundó las cuencas de Diamantina y Cooper y convirtió el lecho salado del lago Eyre en un lago de verdad. La pista por la que acabamos de ir estaba cubierta por cuatro pies de agua, hasta la línea de pasto de esos *coolibars*. Naturalmente que las inundaciones hacen milagros para la vegetación, pero no puedes fiarte de ellas. Puedes tener una sequía que dure siete años. Es el típico ciclo de auge y decrecimiento de las tierras áridas. Así que mantenemos bajo el número de reses y colocamos pozos artesianos. Te lo voy a enseñar.

Avanzamos otros veinte kilómetros a lo largo de una pista casi invisible, pasando junto a grupos dispersos de ganado y a algunas reses solitarias que vagabundean por su cuenta. («Son el equivalente bovino de Freebie» comenta Bill, riéndose.) Llegamos a una perforación con una bomba eléctrica impulsada por paneles solares colocados en un dispositivo del tamaño de una mesa de pingpong, ingeniosamente pivotado en su centro y diseñado para inclinarse y girar siguiendo al

sol. El agua que bombea está ardiendo y llena de sedimentos minerales. Se enfría hasta temperatura ambiente en un depósito de paredes de piedra de unos diez metros de diámetro y dos metros de profundidad. Cuando comento la pulcritud de su construcción, Bill cuenta que fue levantado en un principio por los primeros habitantes de *Woonoka* en el siglo pasado. Como nadie por estos pagos es ya capaz de cortar la piedra y construir con ella, el año anterior se trajo para arreglarlo a un joven inglés de Cumbria que entendía de construcción en piedra seca. Bill está de acuerdo en que es tanto una obra de arte como un depósito de una impermeabilidad excelente.

—Me encantaría que los otros que tengo fueran como éste, pero hoy en día todos son de fibra de vidrio. Hacen falta tantos... Mi ganado no está nunca a más de diez kilómetros del agua. Se necesitan un montón de depósitos porque el ganado prefiere ciertas zonas y tiende a pastar allí hasta acabar con ellas, si le dejas. Así que se le traslada de un lado a otro a base de vallas y agua.

DOS

Paso varios días con los hospitalarios Durley. Cuanto más cosas aprendo, más impresionado estoy por estos pocos ganaderos que se ganan duramente la vida en las

ESTA
INDEPENDENCIA
DE SU FORMA
DE VIDA
HA CONVERTIDO
A LOS GANADEROS
EN OBJETO
DE SOSPECHA

vastas extensiones de tierra a ambos lados de la Pista de Birdsville. Conservando buena parte de las virtudes decimonónicas de los primeros colonizadores, se han puesto al día tanto en lo que respecta a la tecnología como a las actitudes. En el aspecto práctico, los modernos dispositivos permiten a Bill manejar dos mil kilómetros cuadrados sin un pequeño ejército de peones (por ejemplo la detección por control remoto le permite controlar desde su granja cuánta agua contiene cada uno de sus depósitos). La misma independencia de su forma de vida ha convertido a los ganaderos en objeto de sospecha y les ha forzado a tomar la defensiva. Se enfrentan a una oposición en forma de intromisión bienpensante por parte de los lejanos habitantes de la ciudad, preocupados por lo que consideran «privación social» de los niños del interior, e igualmente por parte de ciertos ecologistas en los ministerios y las universidades, que defienden que la ganadería amenaza la delicada ecología de la región. Es a la hora de enfrentarse a esta última acusación, donde los Durley y sus colegas han quedado mejor. Por pura determinación de conservar su forma de vida, han aprendido informática, han conseguido la ayuda de científicos simpatizantes como Jon, el hijo de mi contacto en Adelaida, y han adquirido así una amplitud de conocimientos que avergonzaría a la mayoría de los ecólogos profesionales. Durante nuestros recorridos en su todo terreno Datsun Bill se muestra informado tanto sobre geología, como sobre botánica, meteorología, química del suelo, hidrología y asuntos veterinarios.

—Nos han obligado a ello, maldita sea— comenta con su ya familiar acento combativo—. Tienes que poder ganarles en su propio terreno. La mitad de esos ecologistas no tienen ni idea de criar ganado ni de ganadería. Tienen esa idea sentimental de que el campo tiene que volver al estado en que ingenuamente creen que estaba antes de que llegaran los europeos. No saben que el suelo de *gibber* siempre ha tenido este aspecto, que siempre ha habido ciclos de sequía e inundación, sin que importara la cubierta vegetal. Es cierto que cometimos errores en el pasado hasta que tuvimos los conocimientos necesarios para hacerlo bien. Pero ahora sabemos cómo conservar un equilibrio estable. No nos hables de los ecologistas.

(Y ahora recuerdo haber visto chapas en el *pub* de Copley que decían: «El único espacio salvaje auténtico es el que está entre las orejas de un *verde*».)

Y de nuevo me encuentro pensando en lo diferente que sería mi vida si hubiera pasado a la acción durante una de aquellas lejanas sesiones con el atlas escolar y hubiera elegido Marree como lugar para empezar de nuevo, quizá como una versión inadaptada de Freebie, quien está completamente a gusto como bala perdida. Esta fantasía tiene algo que ver con el hecho de que añoro cierta actitud ruda pero con corazón que aún se percibía en los días de mi infancia, pero que ahora parece haberse desvanecido o transformado. Mi último día en *Woonoka* comento lo impresionado que me quedé cuando hice un alto en la carretera antes de llegar a Marree y me encontré con el edificio solitario — un motel— aparentemente a cargo tan sólo de una niña de diez años.

—Eso habrá sido el local de los Dawson —dice Jenny cuando lo describo—. La que viste era la niña de Jane, Peta. Además de ocuparse de la tienda, habrá estado cuidando de su hermano pequeño, que es un bebé. La pobre Carla Dawson está hasta arriba estos días después de que su marido se matara en una avioneta. Peta es una buena chica. Pero la mayoría de los chicos por aquí son así. Tienen que serlo. Es capaz de cocinar para los viajeros, servir gasolina, de saber qué hacer en caso de emergencia y llamar al *médico volante* por radio. O llamarnos a cualquiera de nosotros, claro.

Murmuro algo convencional acerca de que hoy en día hay por ahí alguna gente sin escrúpulos.

—¡Anda! —exclama Crissie entrando en el tema con su risa cómplice de doce años—. Compadezco al tío que lo intente con Peta. Tiene el rifle *magnum 22* de

LOS PEQUEÑOS ASENTAMIENTOS PESQUEROS DE LA COSTA DE TERRANOVA SÓLO SE PUEDEN ALCANZAR POR MAR

su padre debajo del mostrador y dispara mejor que yo. Lo más seguro es que el problema sea un borracho que va de paso y ella sabe arreglárselas con eso— y se va para ayudar a su padre con la matanza de un cerdo para la fiesta del sábado.

Esta es la energía que me gusta: esta independencia y el acuerdo tácito de que uno es siempre responsable de su comportamiento, incluso a los diez años. Es un contraste tan grande con la Europa moderna donde a menudo parece que una cierta irresponsabilidad e indefensión corren parejas con la expectativas pueriles de la forma de vida urbana. Puede que esta gente esté apartada desde el punto de vista geográfico; pero la tecnología moderna y un espíritu de interdependencia les ha hecho estar bastante menos aislados de lo que pueda parecer desde una lejana ciudad.

Tres

La segunda parte de mi viaje me llevó a Terranova. Igual que el interior australiano, esta gigantesca isla canadiense cuenta con una larga tradición de obstinado individualismo. Anteriormente parte del imperio británico en forma de dominio vagamente autónomo, permaneció muy atrasada hasta 1949. Entonces, enfrentados a un referendun sobre la condición de la isla en el que se ofrecía la elección entre permanecer libremente asociados al Reino Unido, pasar a ser completamente independientes o unirse al Canadá, el 52% de los habitantes de Terranova optaron por lo último. Desde entonces muy pocos habrán lamentado esa elección, aunque en el fondo su provincia conserve fuertemente su identidad de manera parecida a lo que ocurre en Quebec.

Cuando estaba escribiendo un libro sobre el mar empecé a interesarme por la industria pesquera europea y los problemas medioambientales asociados con los avances tecnológicos, las prácticas de pesca ilegales y la inercia política de países que habían firmado alegremente acuerdos de pesca pero a los que evidentemente faltaba la voluntad de hacerlos respetar. Sólo unas semanas después de que se publicara mi libro ocurrió aquel famoso incidente cuando Canadá arrestó a un barco de pesca español en aguas canadienses y mostró su captura y redes ilegales a millones de espectadores de televisión en todo el mundo. Esto le valió al entonces ministro de pesca, Brian Tobin, una popularidad clamorosa, especialmente en Terranova, donde desde hacía mucho tiempo se consideraba a barcos extranjeros como aquellos de las flotas española y portuguesa, furtivos del banco de pesca del *Grand Bank* junto a las costas de la isla. Hasta su agotamiento a principios de los noventa, ésta era una de las reservas de pesca más ricas del mundo y también de mayor tradición histórica. Lo que los habitantes de Terranova pasaban interesadamente por alto, era no sólo que los españoles y portugueses llevaban pescando bacalao allí desde el siglo XVII (mucho antes de que Terranova estuviera habitada por nadie más que sus nativos *beothuk*), sino que ellos mismos eran en buena parte responsables por haber sobreexplotado gravemente sus propios recursos.

Sobre todo en la costa meridional sigue habiendo comunidades «de puerto de avanzada»: pequeños asentamientos pesqueros que sólo se pueden alcanzar por mar al estar situados en ensenadas de costas abruptas, en pequeñas islas o en lenguas de tierra inaccesibles. Decidí visitar algunos para descubrir por mí mismo los efectos sociales de la famosa moratoria del *Grand Bank* de 1992, cuando se cerraron completamente aquellos bancos históricos y se restringió fuertemente la pesca en muchos otros lugares alrededor de las costas de Terranova. ¿Qué le ocurre a las comunidades pesqueras cuando se prohíbe la pesca? Hasta hace poco la respuesta hubiera sido obvia: lo mismo que le ocurrió a Farina en el interior australiano cuando fallaron las cosechas de trigo. Pero las cosas son diferentes en el mundo actual, donde las férreas leyes de la econo-

Daniel Schwartz:
«Dinero del infierno»,
donado por
comerciantes chinos
para protegerse contra
los saqueos en la crisis
económica provocada
por Suharto. Yakarta,
Indonesia (1998).



EL ASPECTO
RELATIVAMENTE
PRÓSPERO DE L
PUEBLCITOS
ES LO QUE QUE
DEL «BOOM»
PESQUERO DE L
AÑOS 70 Y 80

hecho de que estaban acorralados
mente a buscar la vida de otros
estaban encerrados y había poca
presencia en el exterior de los
tales en St. John's. Una comu-
nidad que se había convertido en un

mía se pueden atemperar gracias a la cobertura de la televisión y a las decisiones políticas. Un gobierno democrático moderno necesita toda su resolución cuando se enfrenta a emotivos llamamientos en favor de la conservación de «comunidades que son parte de nuestro patrimonio».

No siempre ha sido así. Las aldeas pesqueras aisladas de Terranova han llevado una existencia en declive durante el último medio siglo. Después del resultado del referéndum de 1949 la isla se convirtió en la décima provincia de Canadá, lo cual significaba que de repente se necesitaba un montón de dinero del gobierno para llevar los servicios corrientes a lo que era todavía una región muy poco desarrollada. Esto a su vez exigió una forma de pensar bastante falta de escrúpulos. Joey Smallwood, el primer y más famoso primer ministro de Terranova, reconoció que proporcionar servicios tales como carreteras a docenas de aldeas remotas de las cuales muchas tenían una población de menos de 200 personas, era un empleo muy dudoso de los fondos públicos. En consecuencia ordenó que muchos de los habitantes de las aldeas se reasentaran en lugares más convenientes desde el punto de vista administrativo, lo cual en la práctica significaba en las pocas ciudades propiamente dichas de la provincia. Esto fue una acción atrevida, incluso de estilo estalinista; y a la gente de las aldeas de descendencia escocesa tuvo que recordarles con dolor el tristemente

famoso desalojo de campesinos arrendatarios durante el siglo XIX conocido como la Liquidación de las Tierras Altas, *Highland Clearances*.

Sin embargo, quedan unas cuantas comunidades de aldeas pesqueras aisladas. Desde el momento en que aterricé en la capital de Terranova, St. John's, me quedó claro que el tema de conversación más apremiante (y el asunto político más candente) era esta misma vieja cuestión de la supervivencia de las aldeas pesqueras, pero sazonada con el agotamiento de los bancos de bacalao y el desempleo y declive económico generalizado derivados de esto, que ahora afectaban a todo el mundo en la provincia. El debate se centraba en la palabra «TAGS». Me dijeron que era el acrónimo de *Trans-Atlantic Groundfish Scheme* (Plan para el Pescado de Fondo Transatlántico) pero que sólo era una manera grandilocuente y burocrática de ocultar lo que básicamente no era más que una ayuda financiera para pescadores que ya no contaban con medios de vida. TAGS era una limosna del gobierno en forma de cheques mensuales, un plan que se empezó a aplicar en 1992 y que debía ir retirándose paulatinamente hasta 1998. Comprendí que la gente de las aldeas veía este corte inminente de fondos como una sentencia de muerte para sus comunidades. Por otro lado, la gente de la ciudad consideraba que ya era hora de que aquellos vagos de las comunidades pesqueras dejasen de recibir subsidios de desempleo, se dieran cuenta del

EL ASPECTO
RELATIVAMENTE
PRÓSPERO DE LOS
PUEBLECITOS
ES LO QUE QUEDA
DEL «BOOM»
PESQUERO DE LOS
AÑOS 70 Y 80

hecho de que estaban acabados y se pusieron rápidamente a buscarse la vida de otra manera. Las pasiones estaban encendidas y había piquetes de los sindicatos pesqueros en el exterior de los edificios gubernamentales en St. John's. Una camarera llamada Nicki, que me sirvió un almuerzo muy típico de Terranova de filetes de bacalao rebozados con *scrunchions* (pedacitos de cerdo en salazón fritos en abundante aceite), me contó que era de Harbour Grace, un puerto a una hora y media de St. John's. A pesar de que toda su familia se dedicaba a la pesca, dijo que estaba francamente harta de las quejas de los pescadores. Ella trabajaba duramente cuarenta horas semanales por menos dinero del que los pescadores recibían del gobierno por estar tumbados a la bartola sin hacer nada. Deberían haber previsto la crisis pero en cualquier caso habían tenido años desde que entró en vigor la moratoria para haber salido a buscar trabajo.

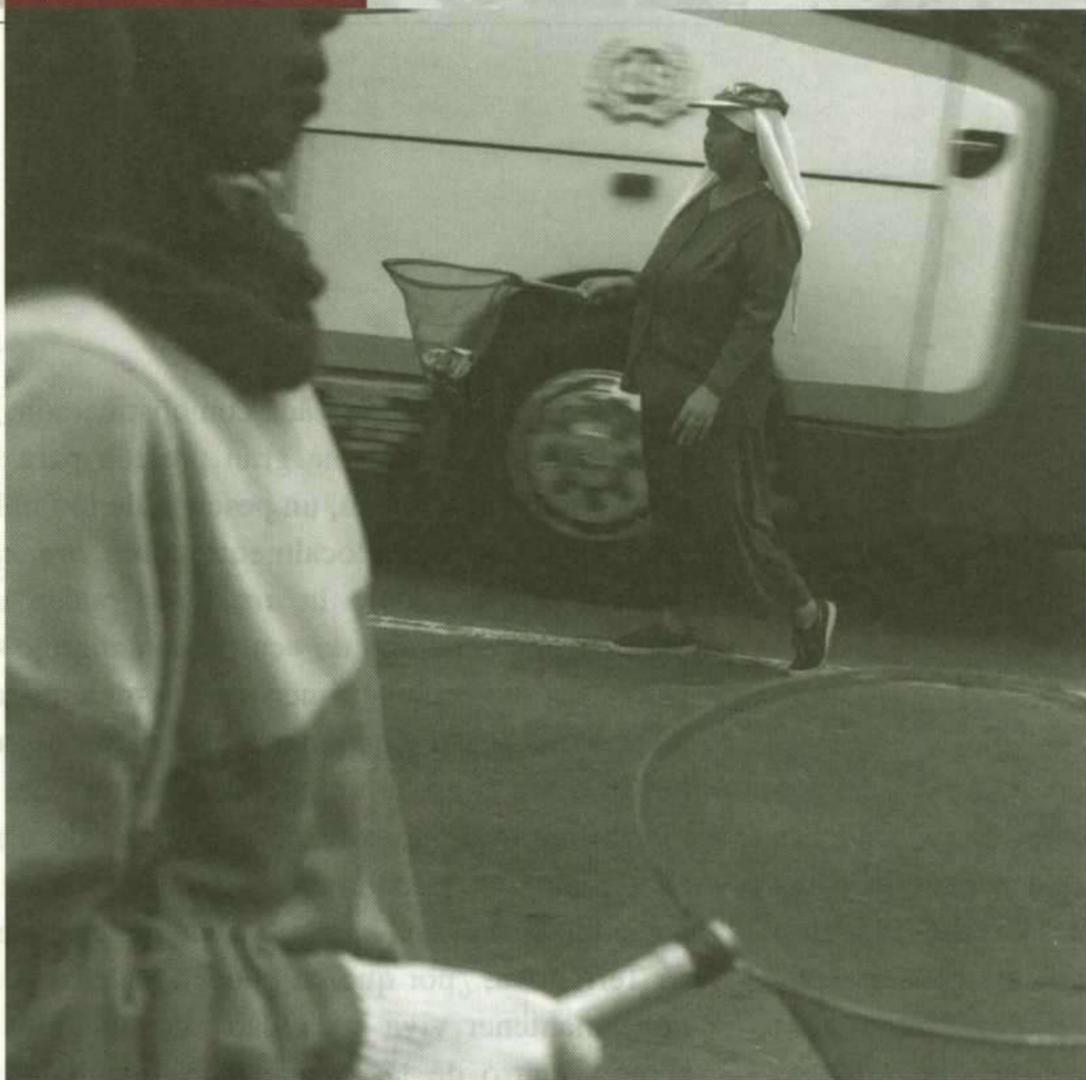
—Por mi parte no les tengo simpatía ninguna — dijo esta mujer con rudeza.

Crucé en avión la isla hasta Stephenville, una ciudad que surgió a partir de una base aérea estadounidense que había sido en esencia un despliegue de la guerra fría. Hacía mucho tiempo que la base se había convertido en un aeropuerto civil con una nueva ciudad unida a él, cuyos empleos provenían en gran parte de la industria de servicios y de una fábrica de papel en las afueras. Allí alquilé un coche y bajé a Burgeo en la costa meridional por una carretera solitaria de 180 kilómetros cuya última sección se había asfaltado hacía sólo seis años. Había sido un proyecto muy costoso. La carretera no conduce a ningún otro sitio más que a Burgeo, aunque tiene que haber hecho accesible una parte importante del interior de Terranova para las compañías madereras y mineras,

así como para los cazadores aficionados y pescadores deportivos. El paisaje se despliega durante millas y millas: el típico terreno glacial cuyas colinas fueron redondeadas o aplanadas por capas de hielo hace mucho tiempo. Bosques de pequeñas piceas esconden alces y osos negros mientras que los vastos espacios abiertos de ciénagas, lagunas y lagos son el hogar de manadas de caribúes. Aún se ven manchas de nieve en los pequeños barrancos de los montes donde están protegidas del débil sol.

Desde el punto de vista del viajero lo más importante de Burgeo es que es el lugar desde donde se pueden coger los ferrys hacia aldeas aún más remotas, aunque cuando se llega al final de la carretera, la ciudad misma parece ser ya bastante apartada. Se concentra en su mayor parte en la mayor de las 365 islas e islotes que se apiñan junto a la costa. Tiene una población de alrededor de 2.000 habitantes y cuando llego unas 300 personas están formando un piquete junto a una oficina del gobierno construida en madera. Mujeres y niños llevan pancartas que dicen «¡No dejéis morir nuestra ciudad!» o «¡Queremos trabajo, no subsidios!». En la bandera de los Trabajadores del Pescado, la Alimentación y Derivados se lee: «¡Nos defendemos!». La única fuente de empleo industrial de la ciudad, la fábrica de elaboración de pescado, propiedad de *Seafreez Foods*, está cerrada. La gente dice que el dueño, que es de Corner Brook, no quiere ni reabrirla ni vendérsela a alguien que sí esté dispuesto a hacerlo. El sentimiento de injusticia por la manera en que el dueño de una fábrica de pescado puede hacer chantaje a toda una comunidad tiene profundas raíces en Burgeo y otros pueblos pesqueros alejados, como descubro más tarde al leer un espléndido informe sobre esta zona de «alguien de fuera» escrito por Claire Mowat y titulado *The Outport People* («Las gentes de las remotas aldeas pesqueras»). En 1962 ella y su marido escritor se trasladaron del Canadá continental para vivir en un pueblo pesquero aislado de Terranova que —si bien esto se disimula— seguramente era Burgeo en los días antes de que se construyera la carretera. Claire Mowat descubrió una comunidad extraña, detenida en el tiempo, sin contacto con el teléfono o la televisión, llena de gente que nunca había visto un coche.

Daniel Schwartz:
Fieles recolectando dinero
en la carretera para
la construcción
de una mezquita.
Java, Indonesia (1998).



Introvertidos y algo tímidos, hablaban un extraño dialecto derivado directamente del inglés del pueblo del sudoeste de Inglaterra que sus antepasados habían abandonado en el siglo anterior. Pero incluso en aquellos días su sustento dependía de la fábrica de pescado local cuyo dueño (que parecía un jefe de fábrica recalcitrante de la Inglaterra de principios del siglo XIX) pagaba sueldos de miseria mientras amasaba una fortuna. Cuando finalmente algunos de los hombres más jóvenes y airados convocaron una huelga (algo inaudito en un pueblo pesquero en aquellos tiempos) el dueño llamó por radio a la policía montada, cerró la fábrica y simplemente se trasladó a otra de sus plantas. Hoy en día los ciudadanos de Burgeo se quejan del mismo comportamiento arbitrario por parte de la dirección de *Seafreez Foods*.

Estas villas pesqueras remotas resultan curiosamente engañosas para el visitante que ya se ha acostumbrado a verlas descritas como «comunidades agonizantes». Las expectativas son de lugares deprimidos y venidos a menos, con gente en casuchas, aferrándose obstinadamente a una existencia pasada de moda. Esto lo niegan las apariencias. Entre los afloramientos de roca gris, el césped cortado y los arroyos de agua atlántica de un azul profundo, se encuentran cuidadas casas de madera a menudo alegremente pintadas de verde o azul. Existe quizá un superficial parecido genérico con los pueblos pesqueros de Cape

Cod en Nueva Inglaterra. El césped delante de las casas es primoroso, las puertas abiertas de los garajes revelan a menudo trineos a motor, vehículos todo terreno, grandes furgonetas americanas o japonesas. Grupos de pequeñas barcas de motor fuera borda se balancean en el agua como gaviotas descansando. En resumen, la impresión es de relativa prosperidad, sobre todo si se está acostumbrado a la vida en auténticas comunidades de pesca de subsistencia en Filipinas. Aquí es donde se produce el engaño. En primer lugar ese aire generalizado de bienestar económico está ya algo trasnochado. Lo que uno está viendo son los restos del gran *boom* pesquero de los años setenta y ochenta, que por primera vez en la historia de Burgeo trajo bienestar material y que llegó a un brusco fin en 1992. Y en segundo lugar, la mayoría de la gente en estos puertos remotos son naturalmente pescadores industriales y no de subsistencia y ya lo eran incluso desde antes de los días de la estancia de Claire Mowat. Pocas veces comen lo que pescan. En vez de eso lo venden a grandes compañías que lo elaboran, lo congelan, lo empaquetan y lo envían al mundo entero. Con el dinero compran hamburguesas de carne en el supermercado, patatas fritas preparadas, listas para meter en el horno, trineos a motor y aparatos de vídeo.

Más tarde un historiador en St. John's me daría un convincente relato de cómo se habían decidido ofi-

EN EL AGUA
CRISTALINA
SE VEN BRIZOS
ESTRELLAS
DE MAR
COLOR MALVA
PERO NI UN
SOLO PEZ

cialmente las prácticas de pesca
en cuenta a sus habitantes. He
ciera del gobierno canadiense
con los españoles de 1992 (los
ristas locales contra los malvados
pescadores abundantes simpáti

destruista.

COLORES

verdad y aprobarlos tanto

EN EL AGUA
CRISTALINA
SE VEN ERIZOS,
ESTRELLAS
DE MAR
COLOR MALVA,
PERO NI UN
SOLO PEZ

cialmente las prácticas de pesca de Terranova sin tener en cuenta a sus habitantes. Hizo que la postura justiciera del gobierno canadiense en su enfrentamiento con los españoles de 1992 (los buenos conservacionistas locales contra los malvados piratas extranjeros) pareciera absurdamente simplista, si no directamente deshonesto.

—El fin de la Terranova rural se produjo cuando el gobierno canadiense vendió fríamente la pesca de mar adentro a grandes corporaciones de barcos-factoría y de pesca de altura a expensas de los pescaderos del litoral —explicó—. No se engañe respecto a 1949: la confederación con Canadá fue un contrato meramente social, nunca político o económico. Menos que nada, económico. Nos han arruinado. Muy poco de la increíble riqueza que ha generado esta isla durante los últimos treinta años se ha quedado aquí. Minería, madera, papel y sobre todo pesca: grandes fortunas han desaparecido hacia el otro lado del mar.

Cuatro

El siguiente puerto que visito después de Burgeo es Ramea, una pequeña isla a unas horas de viaje en ferry. Parece que la planta de pescado de Ramea aún funciona a escala reducida y Burgeo está resentido: no tanto celoso como airado contra las incoherencias de la política del gobierno y los caprichos de los dueños de la fábricas. A falta del bacalao para cuya elaboración había sido diseñada, la fábrica de Ramea ha sido remodelada para convertirse en procesadora de especies variadas y aprovechar tanto el marisco como tipos de pescado que antes no tenían valor comercial. La planta de Burgeo se remodeló de forma parecida, pero

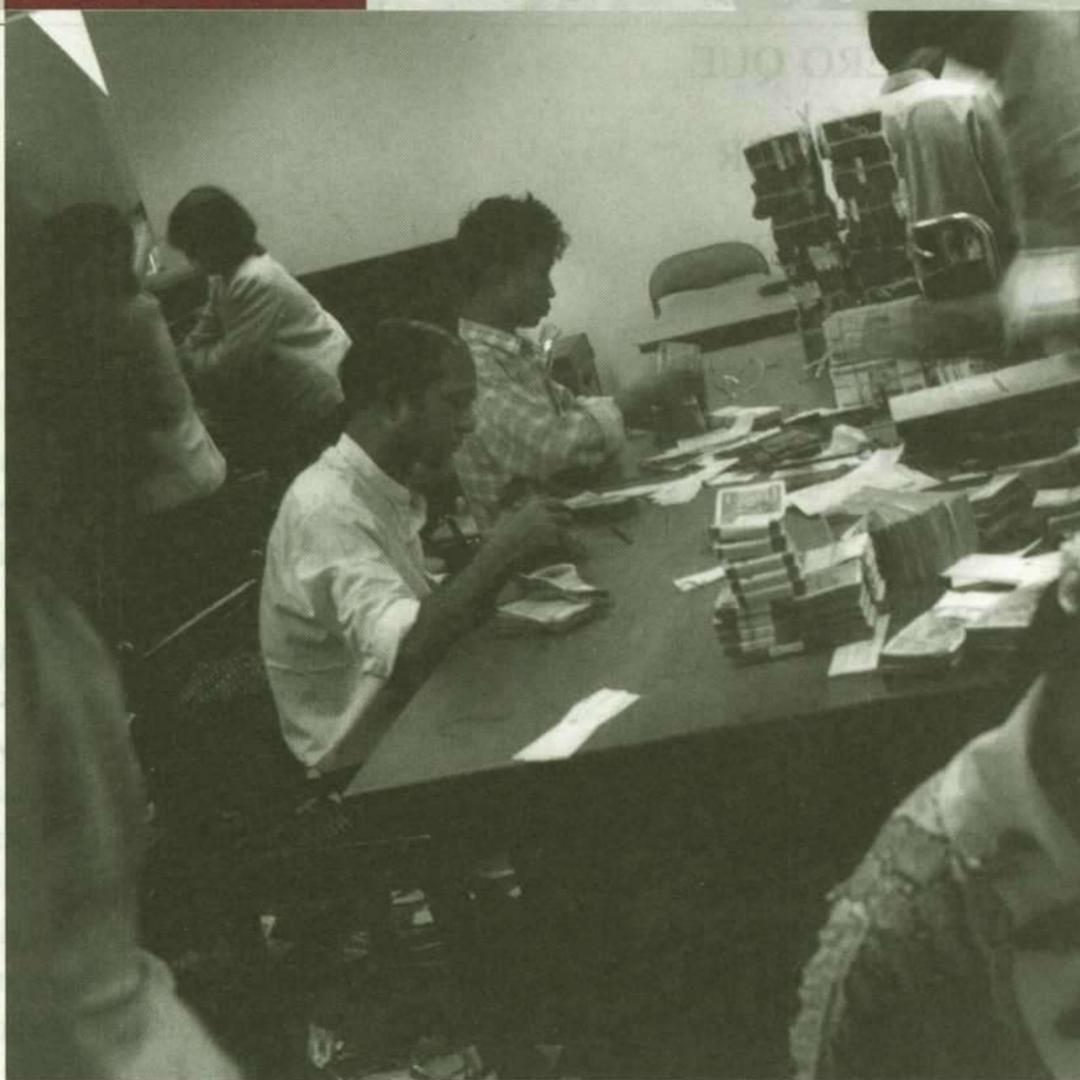
Seafreez la mantiene cerrada con obstinación. La compañía está sufriendo una gran presión para volver a abrir y trabajar la breca, un pescado de la familia de la merluza y conocido localmente como *argentina*. Un pescado blanco como la *argentina* puede utilizarse para hacer los palitos de «carne de cangrejo» que los japoneses fueron los primeros en comercializar con el nombre de *surimi* y que nunca han visto cangrejo alguno (el truco consiste en alterar la textura del pescado blanco para que se parezca a la carne de cangrejo y añadir aroma y colorante rojo). *Seafreez* ya está haciendo *surimi* con *merluza plateada* en otras plantas de Terranova, ¿por qué no pueden hacerlo de *argentina* y mantener viva la ciudad? La polémica sigue y sigue. Dentro de las pequeñas y hospitalarias casas sólo se habla del fin inminente del TAGS, de la muerte de Burgeo, del final de una forma de vida. De vez en cuando, lo que en realidad es un proceso histórico bastante corriente se atribuye por parte de las víctimas a un complot más oscuro, a una política deliberada del gobierno para acabar de una vez por todas con el problema de las aldeas pesqueras.

—A veces parece una conspiración para conseguir que todo el mundo en el campo se traslade a las ciudades y así ponerles a todos bajo el dominio de la Administración.

Esta es una expresión excepcionalmente clara del temor que sienten los independientes en todas partes de que, ya sea por métodos justos o injustos, su forma de vida esté destinada a ser «asimilada» por la mayoría urbana o suburbana.

Algunos arguyen que hoy en día Burgeo ya no cuenta realmente como aldea pesquera remota, que su conexión por carretera la ha convertido más en una ciudad alejada que en una auténtica comunidad aislada. Al ser una isla a la que sólo se puede llegar en ferry desde Burgeo, Ramea es sin lugar a dudas un «puerto de avanzada». Como en Escocia, el tiempo en Terranova puede cambiar en diez minutos y el sol de mi llegada da paso bruscamente a chubascos intermitentes con una ligera niebla formándose en altamar. Esto acentúa la sensación de estar aislado en un apéndice del cuerpo principal del planeta. Camino a través de vacilantes ciénagas hacia el faro. Está desierto. Los

Daniel Schwartz:
El Asia Wealth Bank
supuestamente blanquea
dinero del narcotráfico.
Rangoon, Burma (1998).



chillidos de las gaviotas y el lúgubre crujido de los fuelles de una boya intensifican la melancolía. Ramea ha sido siempre así (me digo); no tiene nada que ver con la agonía del intento de ganarse la vida en este paraje inhóspito. Alguien me había contado en el ferry que hacía unos años un médico enviado allí desde Toronto casi se volvió loco. Ramea había permanecido anegada en niebla durante seis semanas ininterrumpidas y en todo este tiempo el médico no había vislumbrado el sol ni una sola vez. Mi informador se regocijaba bastante con este asunto: estaba al mismo tiempo orgulloso de su clima y desdeñoso de los forasteros, a los que faltaba la fortaleza indispensable para soportarlo.

Los habitantes de Ramea con los que hablo son amables sin excepción, aunque aún es posible percibir los vestigios de ese retraimiento y reserva que eran característicos de la gente de las aldeas pesqueras apartadas en época de Claire Mowat. Los medios de comunicación modernos como la televisión, los ferrys regulares y los ocasionales turistas aventureros los han hecho más extrovertidos y el debate político sobre su futuro que se está produciendo actualmente, presumiblemente les haya acostumbrado a una postura más abierta al público. No obstante tengo la impresión de que soportan mis preguntas con algo de la pasividad de esos enfermos terminales que ya no pueden reunir la energía para rechazarlas. De un escape en el tejado de

la planta de pescado sale vapor, dando a entender que el corazón de la comunidad aún late —de momento. Paseo por unas cuantas calles con un viajante comercial de Gander con quien comparto el alojamiento de cama con desayuno. Lleva viniendo aquí cada seis meses desde hace diez años, proveyendo la ferretería de cubos de plástico, guantes de trabajo, sedal, recambios para motores fuera borda y planchas de polietileno: todas las cosas imprescindibles para sobrevivir en un lugar que «tormentas de oropel» (aguaceros de granizo) y un mar con olas como montañas pueden aislar durante largas temporadas.

—No veo como esto podría perdurar —dice sombríamente—. La gente se está marchando a pesar de los cangrejos. Este lugar se construyó sobre la base del bacalao. Puedes marear la perdiz todo lo que quieras con *argentina* y huevas de lumpo, pero no es lo mismo. Eso no es más que satisfacer a la minoría sofisticada del mercado. El bacalao, eso era algo sólido; era algo básico. El bacalao era como un gran depósito de mineral de hierro, como solía ser la isla de Bell, en vez de una pequeña veta de oro. En mi opinión es el mineral de hierro lo que construye una ciudad y lo que es la base de una economía duradera.

Dejo Ramea y sigo hacia el este a lo largo de la rocosa costa de Terranova. Los locales que hay en el ferry se dirigen a Grey River o a François (pronunciado *Fran-sway* por estos pagos, donde un resuelto uso

LO PRIMERO QUE
HAY QUE HACER
EN CUALQUIER
COMUNIDAD
AISLADA
ES VISITAR
EL CEMENTERIO

anglófono hace mucho que ha adaptado los nombres impuestos originariamente por aquellos pescadores franceses que en 1760 cruzaron navegando desde Saint Pierre y Miquelon, islas cercanas que siguen formando parte de la Francia metropolitana). A unos kilómetros del puerto, la línea costera es inhóspita, escarpada, soberbia y muestra claramente dónde en su día los glaciares excavaron fiordos antes de romperse y alejarse en forma de icebergs. Pasamos junto a una pequeña embarcación oceanográfica canadiense pintada de naranja que está prospectando el lecho marino en este área y realizando los primeros sondeos dignos de ese nombre desde que (por increíble que parezca) lo hiciera el capitán Cook en los años sesenta del siglo XVIII, antes de quedar imborrablemente asociado a los mares del Sur y los paraísos tropicales.

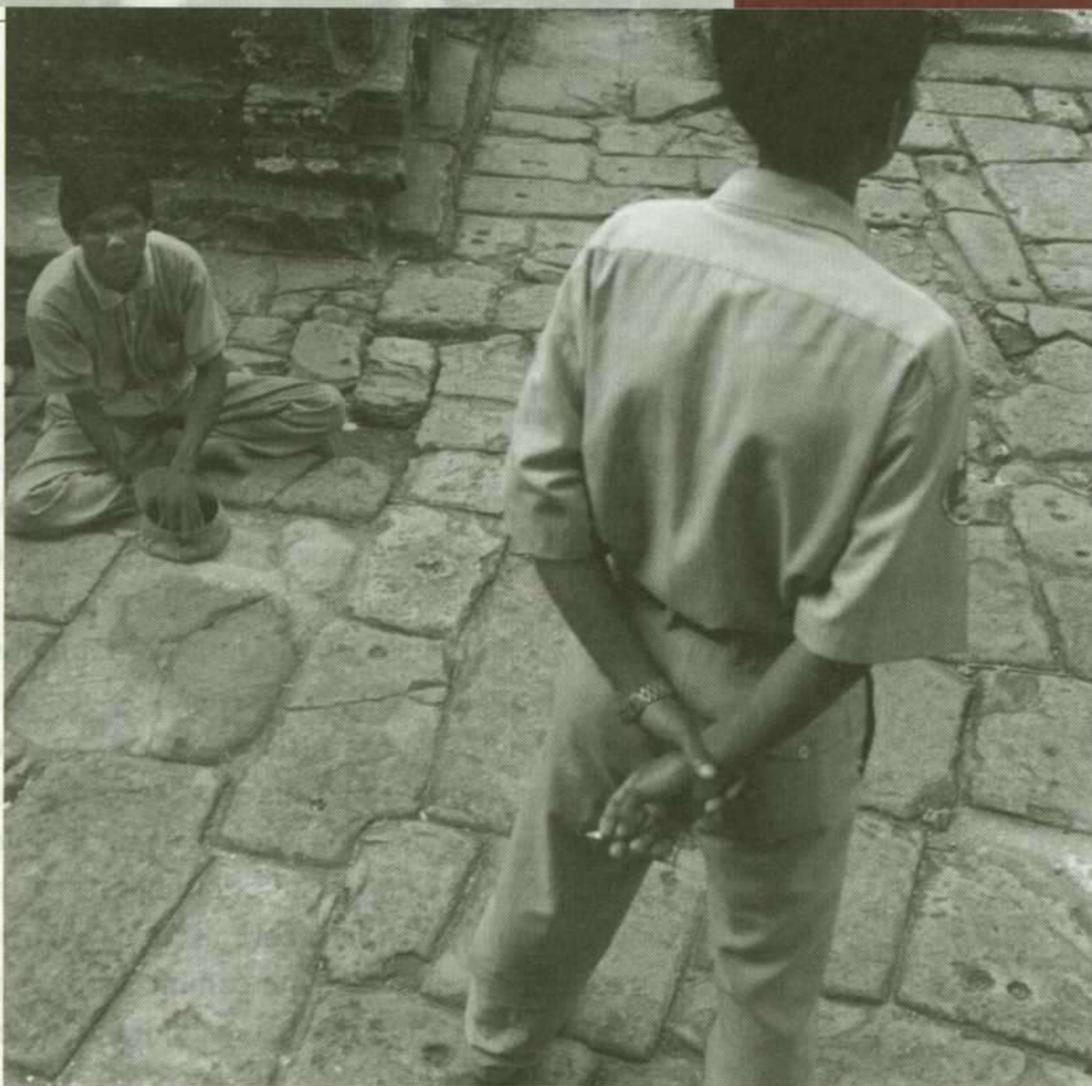
A su manera sombría, este escenario es también un paraíso para aquellos a los que les gusten los paisajes marítimos remotos y severos. Cuando sale el sol arranca azules sorprendentemente brillantes al agua, mientras que los desnudos cabos relucen con interesantes fisuras que marcan unos estratos que a menudo presentan una inclinación del 90%. De vez en cuando se divisan ballenas y focas. Después de dos horas entramos en una ensenada y allí, al pie de una roca, está Grey River. Al acercarnos parece otra de esas prósperas «comunidades agonizantes»: un grupo de pulcras casas, calles de cemento, una escuela y una iglesia, ambas construidas en madera. El ferry deja a seis pasajeros y algunas provisiones sobre las cuales se abalanzan rápidamente hombres y muchachos que entran en tropel al embarcadero. La llegada del ferry evidentemente es un acontecimiento importante. El agua alrededor de las cosas apiladas en el embarcadero tiene el color del cristal de una botella, pasando a cobalto allí

donde se hace bruscamente más profunda. En su claridad también de cristal se pueden ver estrellas de mar de color malva, verdes erizos de mar y el brillo nacarado de conchas vacías de mejillón. Pero no se ven peces de ningún tipo, ni siquiera alevines o pececillos alrededor de los desagües de las casas cercanas. Todo resulta extrañamente estéril.

Entre Grey River y François pasamos por una ensenada parecida. Un pasajero local me explica que una vez también aquí hubo una aldea pesquera: Cabo La Hune. Hace unos treinta años sus habitantes fueron realojados y ahora del lugar no queda ni una piedra. Y añade que tampoco existe ya Parson's Harbour, cerca de François; en lo que respecta a la aldea de Sagona Island en Fortune Bay al este... resulta una escena fotogénica si a uno le gustan esa clase de cosas. Allí aún quedan en pie algunas de las casas abandonadas, aunque estén cubiertas de vegetación y completamente inclinadas en dirección del viento.

Cuando alcanzamos la ensenada de François, ésta es un poco diferente de la de Grey River. Un bajío difícil sólo deja un estrecho hueco para que el ferry pase con destreza (no es un pasaje para tiempo tormentoso) y entramos en un largo fiordo que es más alto aún que el otro, de hecho es más bien una sima. Al fondo, el corrillo blancuzco de François es empujado por los inmensos acantilados que lo rodean, con la mole de una roca particular llamada «el fraile» alzándose imponente sobre la aldea. Aquí el mar es del color de la Coca-cola, a causa del agua que baja desde las turberas de las tierras cenagosas que se extienden en lo alto. Cuando nos acercamos al asentamiento, es difícil evitar la sensación de que es fácil de «leer», tan visible parece su funcionamiento. Igual que en Grey River parece haber bastantes vehículos todo terreno, sobre todo motocicletas de cuatro gruesas ruedas, a pesar de que seguramente se pueden recorrer andando todos los pasajes de cemento y el paseo marítimo entarimado de François en diez minutos. Por supuesto no hay coches. Y otra vez las casas pulcras, incluso coquetonas, dan testimonio de una prosperidad individual reciente, aunque la aldea misma lo da de las inversiones del gobierno. A juzgar por los tres pasajeros que se preparan a desembarcar

Daniel Schwartz:
Un mendigo mutilado por
una mina antipersonas
oculta las limosnas
recibidas de los turistas.
Angkor, Camboya (1998).



conmigo, el servicio regular de ferry es tan poco rentable que está casi enteramente subvencionado. Desde lejos se divisa una gran escuela con pista de madera para hockey sobre ruedas construida en el tejado de un edificio anejo; una casa comunitaria; un helipuerto; una iglesia; una oficina de correos e incluso farolas para la diminuta red de pasajes. Arriba, en la cima del acantilado, está el dispositivo de mástil y timbales del repetidor que recoge las señales de teléfono y radio del mundo exterior y las envía al asediado François perdido en su fiordo.

Lo primero que hay que hacer en cualquier comunidad aislada es visitar el cementerio, ya que permite deducir mucho de la historia de un área diminuta. Una vez más se repiten los nombres de Devon, Dorset y Cornualles, los mismos nombres que en Ramea y Burgeo: Fudge, Dollimount, Greene, Snook, Priddle, Durnford... Y debido a que aún existe una continuidad familiar muy estrecha, incluso las tumbas de aquellos que nadie de los que ahora viven sería capaz de recordar, están a menudo cuidadas con primor. Y también se conmemora la dureza de la supervivencia en la abundancia de tumbas de niños y en el epíteto «ahogado». Vivir en aldeas de pesca aisladas como François siempre ha exigido esa sólida resistencia cultural de un tipo de persona tranquila y sin pretensiones que no desaparecerá fácilmente sólo porque últimamente la vida se haya vuelto más cómoda. Sobreviva

o no esta comunidad en particular como algo más que una curiosidad turística (sin duda será de forma horrorosa, como «aldea pesquera perteneciente al patrimonio»), esta clase de lugares dan testimonio de una fuerza de voluntad y de una adaptabilidad de la especie humana que no se sospecharían al estudiar a un típico ciudadano del mundo occidental desarrollado de hoy en día.

En Burgeo me habían dado el nombre de una mujer en François que podía alquilarme una habitación. Lorna Pink no sólo tenía efectivamente una cama que ofrecerme, sino que resultó ser lo suficientemente mayor para acordarse de cómo habían sido las cosas antes del gran *boom* pesquero, e incluso antes de que Claire Mowat escribiera sobre la zona. De hecho ella y yo somos coetáneos y eramos bebés en los primeros años de la Segunda Guerra Mundial.

—Eramos más independientes, desde luego —me contó una noche—. Cultivábamos nuestras propias verduras en la medida que esto era posible con un suelo tan fino, ¿comprende? Es muy fino en la mayoría de los sitios por estas costas. Tengo un primo en Wesleyville, en la parte este, y siempre decía que tenían que importar tierra para el cementerio porque a menudo el féretro estaba sobre la misma roca. Todo lo que le echaras encima solía llevarse la lluvia y así él recuerda que de vez en cuando iba al cementerio para volver a cubrir con tierra a su abuelo. Solían

EN LA CIMA,
EL PAISAJE
ES ASOMBROSO
Y SÓLO ESCUCHO
EL GRAN
SELENCIO VIVO
DE LA NATURALEZA
SALVAJE

levantar una esquina de la tapa del ataúd con la pala para ver como iba el viejo dentro. ¡Estos chicos! Bueno, el caso es que comíamos nuestra propia verdura, nuestro propio pescado y nuestra propia carne, que era oso, caribú y alce, pero salado y seco, porque en aquellos días no había neveras. La *hidro* (la planta hidrogenadora) llegó en 1966. Hasta entonces usábamos lámparas de aceite y cocinábamos con carbón o madera. Muchos de nosotros, los que somos más mayores, seguimos cultivando patatas, repollo, nabos y ruibarbo.

«La gente me pregunta sobre el futuro, sobre lo que ocurrirá después del TAGS y así. Yo creo que se ha exagerado la importancia del asunto del TAGS, porque aquí la gente ya empezó a salir por pies incluso antes de 1992, a marcharse a Corner Brook, a IPE (Isla del Príncipe Eduardo), Moncton, a Toronto... La clave de toda comunidad son los niños ¿verdad? Mientras los chicos sigan entrando en el negocio, el futuro no parece tan malo. Aquí en el colegio tenemos treinta y siete alumnos de los cuales siete están a punto de irse a la universidad —y esos no van a volver a los barcos, se lo aseguro— y no hay más que un sólo niño para sustituirles. ¿Entiende?».

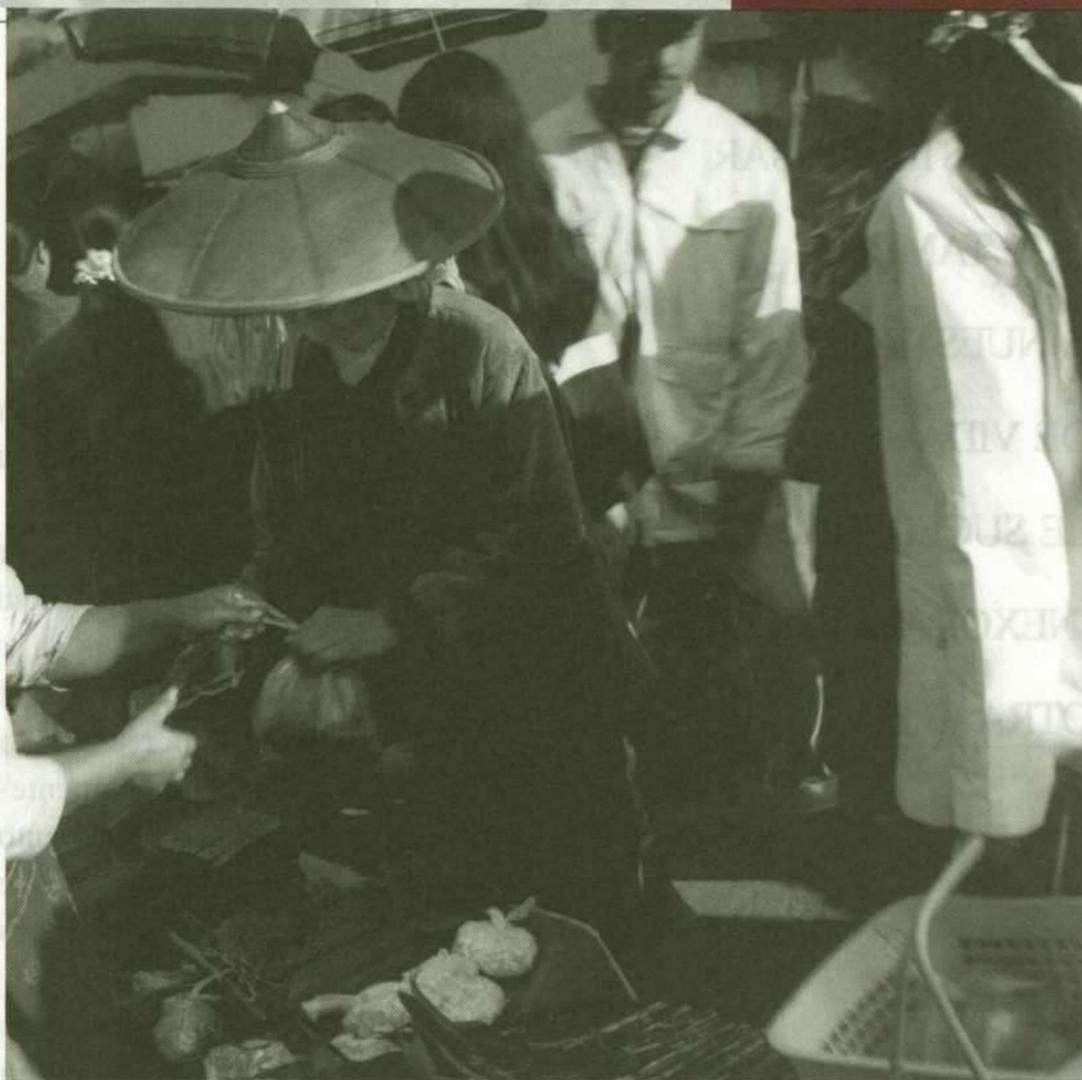
Entonces ¿cómo podría continuar existiendo un lugar como éste si no es como pueblo pesquero? Las alternativas claras son muy limitadas. Puede que se encuentre un yacimiento mineral que valga la pena

explotar (en la orilla del río Grey River se ve un montículo de escorias de minería: los restos de una pequeña mina de tungsteno que pronto dejó de ser rentable). O sino ese beso de la muerte: sobrevivir como pueblo turístico o incluso como colonia de artistas. Pero los turistas y los artistas son criaturas de temporada y los largos y duros inviernos de Terranova pueden interrumpir los servicios (a los turistas no les gusta quedarse aislados por tiempo indefinido) y descorazonar a todos menos a los más devotos aficionados a la soledad. En cualquier caso si no existe continuidad, se pierde la esencia de una aldea pesquera aislada. Una población de trotamundos en constante cambio es poco probable que se llegue a convertir en una comunidad permanente y autosuficiente.

Me paso una larga mañana escalando los acantilados detrás de la ciudad y caminando por el fondo del fiordo. En la cima el paisaje es asombroso. Abajo, entre las paredes rocosas, el plácido agua de la ensenada se une al océano a través de un estrecho pasaje y se expande hacia el lejano horizonte. Detrás de mí una serie de lagos que vierten unos en otros se extiende igualmente tierra adentro: ciénagas, teas, líquenes. Ni un ser humano, ni un coche, ni un avión. Sólo el gran silencio vivo de la naturaleza salvaje: la queda conversación del viento, el agua y la roca.

Claro que es triste, esta desaparición de una forma de vida. Hay una última esperanza que es invocada como un milagro: que el bacalao vuelva en número suficiente como para mantener vivas las antiguas artes y mantener algunas de las aldeas pesqueras. La razón por la que la mayoría de los pescadores de François, Ramea y Burgeo creen que esto no ocurrirá, es porque no tienen fe en el gobierno central de Ottawa. Y aquí está el claro paralelo entre ellos y los ganaderos del interior de Australia, aunque los ganaderos parecen haber aprendido más de los errores del pasado y haber sido más hábiles a la hora de enfrentarse a la oposición. Ambos grupos basan sus conocimientos ecológicos en generaciones de experiencia práctica. Ningún científico de pesca del gobierno ha estudiado jamás los hábitos de los peces con tanta intensidad y dedicación como aquellos cuyas vidas dependen de ellos. Fueron las protestas de la gente de las aldeas, fueron

Daniel Schwartz:
Una mujer de la minoría
Shan hace sus compras en
el mercadillo donde
comienza Burma Street.
Lashio, Burma (1998).



ellos mismos, quienes dijeron al gobierno mucho antes del agotamiento del *Grand Bank* que la pesca del bacalao de libre acceso para todos a una escala industrial de ese calibre no podía sostenerse indefinidamente. Fueron ellos y no los científicos los primeros en darse cuenta que las capturas estaban bajando y que los ejemplares inmaduros representaban una parte cada vez mayor de aquéllas (el bacalao, una especie longeva, no alcanza la madurez sexual hasta los seis años). Pero incluso entrados los años ochenta los científicos mantenían una postura idéntica a la de sus homólogos en los años ochenta del siglo XIX, cuando se expresaron temores acerca de la sobrepesca del arenque del mar del Norte. Entonces el asesor científico del gobierno británico, T. H. Huxley (que sabía muy poco de peces) declaró que esa clase de temores eran «acientíficos».

—Los científicos de pesquería canadienses dijeron que sabían mejor que nosotros que el *Grand Bank* era «un recurso inagotable». Y ahora nos echan la culpa de haber sido demasiado avariciosos.

¿No podían los mismos pescadores haber decidido capturar menos pescado?

—Eso es muy fácil de decir. Pero o bien todo el mundo se pone de acuerdo para hacerlo o estás tirando piedras sobre tu propio tejado sin beneficiar a nadie más que a la competencia. Admito que somos todos demasiado avariciosos, tanto los pescadores como el

gobierno. Entre nosotros: sencillamente hemos ido pescando hasta provocar nuestra propia extinción. Pero creo que si el gobierno hubiera hecho caso de lo que decíamos, se habría controlado a la industria antes de que fuera demasiado tarde. Pero no querían ofender a las naciones pesqueras con las que tenían toda clase de pactos comerciales. Y ahora hay otra cosa que afecta a las posibilidades de volver del bacalao. A causa del agotamiento de la pesca se está perdiendo el equilibrio ecológico. Aquí tenemos una plaga de focas, una población estimada de siete millones. No viven del aire ¿me entiende? Pero el gobierno tiene miedo de matarlas. Le tienen miedo a esa maldita gente de Greenpeace. Digo yo ¿por qué los canadienses no defienden a su propia gente? ¿Por qué les importa más su imagen global que las vidas de los canadienses? Estos niñatos modernos allí fuera que viven en las ciudades y pican con esas cosas de Greenpeace. ¿Qué creen que les pasa a esos millones de pollos que se comen cada día en el Kentucky Fried Chicken y en el MacDonald? A los animales hay que sacrificarlos antes de poder comerlos. ¿Es que estos niñatos se creen que se recogen de los árboles o algo así? Se supone que nuestro gobierno debería estar orgulloso de nosotros. Todo el mundo aquí, igual que en Ramea o Burgeo, posee su propia casa. Yo construí la mía sin sacar un penique de préstamos bancarios o hipotecas, y así lo hicieron todos mis amigos. También somos pro-



A NADIE
LE GUSTA PENSAR
QUE TAMBIÉN
A NUESTRO MODO
DE VIDA
LE SUCEDERÁ,
INEXORABLEMENTE,
OTRA COSA

pietarios de nuestros vehículos y barcas. Se supone que un gobierno debería dar la cara por unos ciudadanos autosuficientes ¿no?

Y probablemente aquí esté la ironía: que por mucho que hable de fomentar los viejos valores como la independencia, un gobierno moderno no quiere que la gente sea auténticamente independiente a menos que no le cueste nada al contribuyente. Pero puede que pronto resulte más caro rehabilitar a esta gente de las aldeas que simplemente mantenerlas funcionando. Como dice mi patrona de Burgeo:

—Si esta ciudad se viene abajo, también se vendrá abajo el valor de todo esto. ¿Quién compraría esta casa? Tendremos que marcharnos una mañana sin preocuparnos de cerrar la puerta detrás de nosotros.

Esta era la persona que el segundo día de conocerme me dijo que ella y su marido iban a pasar la noche fuera, en Stephenville, pero que la casa no estaría cerrada con llave, que fuera y cogiera lo que quisiera de la cocina si tenía hambre.

—Hay café en el armario. Habrá cosas en la nevera. Siéntase como en casa.

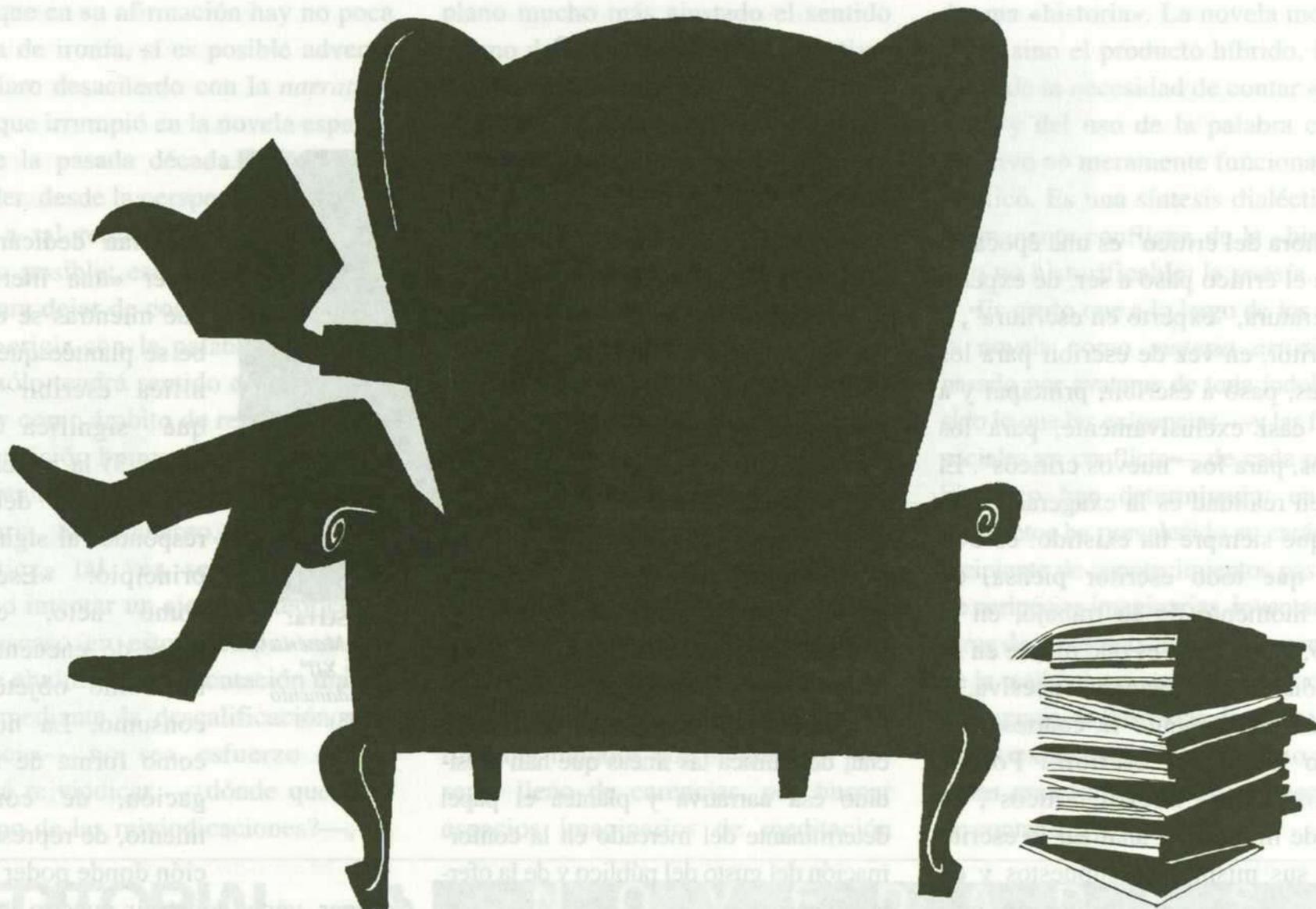
Esta sencilla familiaridad es la de viejos amigos, incluso de parientes. Tiemblo por ellos si empezaran a llegar grandes cantidades de mochileros desde el rudo mundo, aunque la misma dulzura de esta pareja podría convencer durante algún tiempo incluso a los salvajes urbanos. En todo caso es difícil no pensar que con la

muerte de estas comunidades el mundo perderá otra porción de lo poco que le queda de ingenua decencia.

La vista desde mi dormitorio en su casa pone todo en perspectiva de una manera que mi patrona misma quizá no pueda siquiera imaginar. La habitación es conmovedora en su vulnerabilidad pequeño-burguesa. La tupida alfombra de nylon, la cama acolchada, los gatos de porcelana, los recuerdos, terciopelos y volantes: todo crudamente iluminado por un gran ventanal. Pegado con una ventosa en su centro hay un ornamento diseñado para que parezca cristal coloreado, que muestra dos periquitos enmarcados por un corazón. Pero más allá está el paisaje contra el que labora toda esta confortable decencia. Justo ahí fuera está el mar: una ensenada de aguas grises y en la costa opuesta están las colinas que marcan el final de una región áspera y salvaje de musgo, pantanos y piceas raquílicas. El efecto de la habitación es el de una ventanilla coquetonamente enmarcada que mira a un paisaje irreductible y económicamente inviable. El corazón sangra por todos esos tranquilizadores horrores de adornos de porcelana y tapaderas de terciopelo para los rollos de papel higiénico, que libran una batalla perdida contra la realidad al otro lado del ventanal. Me acuerdo de que éste es el acogedor hogar que sus dueños están resignados a abandonar.

Y si uno se aleja metafóricamente aún más y adopta un punto de vista aún más amplio, es imposible olvidar que toda Terranova ya es el asiento de una sociedad extinta: la de sus habitantes originarios, los indios *beothuk*, el último de los cuales murió hace casi dos siglos. Quizá la agonía de las aldeas pesqueras, la desaparición inexorable de una cultura basada en la pesca y de toda una forma de vida, sea simplemente la versión contemporánea de la desaparición de los *beothuk*. Una constante transición y falta de permanencia caracterizan toda la historia humana, aunque a nadie le gusta que se lo recuerden por temor a que nuestro moderno estilo de vida urbano resulte no ser más sostenible por tiempo indefinido que el expolio de los bancos de pesca del *Grand Bank*, no importa que los científicos digan lo contrario. Y que también a nuestro modo de vida le sucederá inexorablemente otra cosa. □

La cultura pasa por aquí



AV Monografías	El Ciervo	Experimenta	Letra Internacional	Revista de Libros
Ábaco	Cinevideo 20	FotoVideo	Leviatán	Revista de Occidente
Academia	Clarín	Gaia	Litoral	Revista Atlántica de Poesía
ADE-Teatro	Claves de Razón Práctica	Goldberg	Matador	Ritmo
Afers Internacionals	CLIJ	Grial	Melómano	Scherzo
África América Latina	Con eñe	Guadalimar	Nickel Odeon	El Siglo que viene
Ajoblanco	El Croquis	Guaraguao	Nueva Revista	Síntesis
Álbum	Cuadernos de la Academia	Hélice, revista de poesía	Ópera Actual	Sistema
Archipiélago	Cuadernos de Alzate	Historia, Antropología y Fuentes Orales	La Página	Temas para el Debate
Archivos de la Fílmoteca	Cuadernos Hispanoamericanos	Historia Social	Papeles de la FIM	A Trabe de Ouro
Arquitectura Viva	Cuadernos de Jazz	Ínsula	El Paseante	Turia
Arte y parte	Cuadernos del Lazarillo	Intramuros	Política Exterior	Utopías/Nuestra Bandera
Astrágalo	Debats	Jakin	Por la Danza	Veintiuno
Atlántica Internacional	Delibros	Lápiz	Primer Acto	El Viejo Topo
L'Avenç	Dirigido	Lateral	Quaderns d'Arquitectura	Visual
La Balsa de la Medusa	Ecología Política	Leer, el magazine literario	Quimera	Voice
Bitzoc	Er, Revista de Filosofía	Leer en primavera, verano, otoño, invierno	Raíces	Zona Abierta
La Caña	Éxodo		Reales Sitios	
CD Compact			Reseña	



Asociación de
Revistas Culturales
de España

Exposición, información, venta y suscripciones:

Hortaleza, 75. 28004 Madrid
Teléf.: (91) 308 60 66
Fax: (91) 319 92 67
<http://www.arce.es>
e-mail: arce@infonet.es

¿Es posible una narrativa crítica?

Manuel Rico

«La hora del crítico» es una época en la que el crítico pasó a ser, de experto en literatura, «experto en escritura», y el escritor, en vez de escribir para los lectores, pasó a escribir, principal y a veces casi exclusivamente, para los críticos, para los «nuevos críticos». El paso en realidad es la exageración de algo que siempre ha existido: es evidente que todo escritor piensa, en algún momento de su trabajo, en el crítico; lo anómalo es que piense en su reacción de una manera excesiva, y que ese pensamiento le coarte en el mismo acto de escribir. Porque muchos de los «nuevos críticos», en lugar de limitarse a analizar lo escrito desde sus mismos presupuestos y en relación con el contexto literario, cultural e histórico, lo que hacían era superponer a su lectura juicios previos, es decir, prejuicios y falsillas sobre cómo había que escribir y de qué se debía escribir, pero también —lo que es más importante— sobre cómo no había que escribir y de qué no se debía escribir».

Hasta aquí la cita de Jesús López Pacheco (1), un texto que, pese a haber sido escrito hace años, se acerca a uno de los problemas más relevantes del momento narrativo actual: el empeño del crítico por definir lo procedente o lo no procedente, por ejercer de promotor de estéticas, por arrogarse el papel de consejero del novelista, de especialista en dictámenes sobre cómo y qué se debe escribir.

No obstante, hay críticos (no dema-

siados) que intentan proyectar una mirada de mayor calado sobre la realidad literaria. En ese menguado elenco cabe integrar a Constantino Bértolo, quien en el último lustro ha intentado aproximarse a algunos de los problemas de fondo de nuestra narrativa última y penúltima. La más reciente ha sido una entrevista aparecida en la revista *Ajoblanco* en la que, en lo esencial, descalifica las líneas que han presidido esa narrativa y plantea el papel determinante del mercado en la conformación del gusto del público y de la oferta del narrador.

Sin embargo, el *corpus* de su planteamiento sólo muy parcialmente se reflejaba en la citada entrevista. Para encontrarlo hemos de acudir a un artículo (2) publicado en octubre de 1995 que sirvió de soporte a una interesante mesa redonda sobre la nueva narrativa de los noventa (3). En él establecía el campo en el que, en la sociedad española que enlaza el fin de siglo, debía moverse el novelista.

Vayamos a su contenido.

Tras extenderse en una serie de recomendaciones para los narradores jóvenes y menos jóvenes, exponía las bases de su discurso, a saber: 1) los novelistas debían dejar de contar historias —«todos nos entendemos cuando decimos no me cuentes más historias», afirmaba—; 2) los novelistas



Rui Serra:
Anti-Matéria 1.
Serie XIIº
Mandamento
(1998).

deberían dedicarse a hacer «una literatura que mientras se escribe se plantee qué significa escribir hoy, qué significa leer hoy»; 3) la novela de este tiempo debería responder al siguiente principio: «Escribir como acto, como lugar de encuentro y no como objeto de consumo. La novela como forma de indagación, de conocimiento, de representación donde poder interrogar, ver y construir nuestro imaginario colectivo».

El arte de contar «historias»

La reflexión teórica que se apunta en tales juicios se queda, sin embargo, en el simple enunciado, con lo que el crítico, como en los tiempos en que López Pacheco escribiera el texto citado al principio, corre el riesgo de establecer la pauta en vez de intentar una reflexión de fondo que aporte contenidos al enunciado. De sus afir-



(1) Epílogo a *Central Eléctrica*, Jesús López Pacheco, Destino, Barcelona, 1983.

(2) «La noche siguiente a las mil y una noches», *El Urogallo*, 112-113.

(3) «A debate: última narrativa», *El Urogallo*, 120.

maciones se deduce un primer consejo: a la narrativa española le ha llegado la hora de dejar de contar historias. Aunque en su afirmación hay no poca carga de ironía, sí es posible advertir un claro desacuerdo con la *narratividad* que irrumpió en la novela española de la pasada década. ¿Cómo responder, desde la perspectiva del narrador, a tal requerimiento? Del único modo posible: escribiendo, narrando, no para dejar de contar historias, sino para erigir con la palabra un mundo que sólo tendrá sentido como obra de arte y como ámbito de reflexión sobre la condición humana si se sustenta en la irrenunciable premisa de la calidad literaria. Sin embargo, esa respuesta «fáctica» tal vez sea insuficiente. Acaso intentar un ejercicio teórico — tan escaso en estos tiempos en que suele eludirse la confrontación dialéctica mediante la descalificación o el silencio— no sea esfuerzo inútil. Quizá reivindicar —¿dónde quedó el tiempo de las reivindicaciones?—, en

toda su hondura y complejidad, el arte de contar historias —la narrativa al fin y al cabo— contribuya a situar en un plano mucho más ajustado el sentido último de la literatura, de la narrativa, de la novela, del relato.

Narrar ha sido una de las más antiguas pasiones del hombre. Lo que probablemente naciera de una necesidad de comunicación, al modo con que el arte rupestre respondía a la necesidad de conjurar a la bestia y simular la apropiación de una realidad huidiza deseada, se transformó, con el paso del tiempo, en una actividad intelectual, artística, en la que confluían pulsiones tan aparentemente encontradas como el deseo de preservar la memoria, la pura crónica de acontecimientos, el goce frente al mundo que construyen las palabras, el descubrimiento del poder del lenguaje para revelar realidades inexpresables, el afán por iluminar mundos que niegan un presente lleno de carencias, por buscar espacios imaginarios de meditación

acerca de la condición humana en un tiempo histórico. En el núcleo de todas esas pulsiones siempre ha habido una «historia». La novela moderna no es sino el producto híbrido, la síntesis, de la necesidad de contar «historias» y del uso de la palabra con un objetivo no meramente funcional, sino estético. Es una síntesis dialéctica, en permanente conflicto, de la «historia» y lo no historificable: la poesía.

Es cierto que a lo largo de los siglos, la novela como *materia artística* ha pasado por avatares de toda índole y ha sido lo que las exigencias —y las fuerzas sociales en conflicto— de cada periodo histórico han determinado: en unos momentos ha prevalecido su carácter de recipiente de acontecimientos pasados o de peripecias imaginarias, inventadas, en otros de representación más o menos fiel de la realidad, en otros, la indagación en el lenguaje, la búsqueda de nuevos territorios expresivos. Sólo un nexo unía a todas esas formulaciones: la necesidad de contar una «historia».

EDITORIAL PLAYOR

28 AÑOS AL SERVICIO DE PROFESORES Y ALUMNOS

OFERTA ESPECIAL

POR LA COMPRA DE 3 O MÁS LIBROS UNO DE REGALO A ELEGIR ENTRE:



CÓMO ESTUDIAR Y NO OLVIDAR LO APRENDIDO
Técnicas de estudio.
23,5 x 16,5 cm / 144 pág.
PVP 1475 pta.



CÓMO AUMENTAR SU VOCABULARIO 3
Diccionario etimológico y temático.
23,5 x 16,5 cm / 246 pág.
PVP 1475 pta.

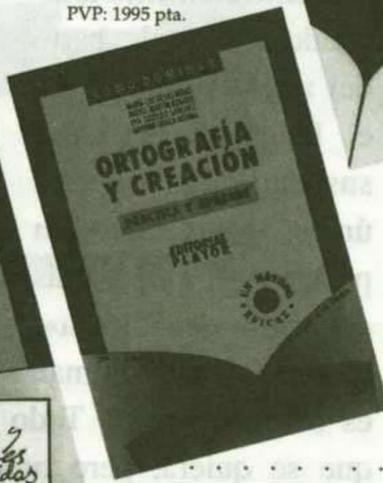
LOS ERRORES SINTÁCTICOS MÁS COMUNES DEL ESPAÑOL

23,5 x 16,5 cm 171 pág.
Las frases y oraciones mal construidas, habladas o escritas.
Ejemplos y ejercicios.
PVP: 1475 pta.



ORTOGRAFÍA Y CREACIÓN

23,5 x 16,5 cm 311 pág.
De la literatura a la ortografía...
De la norma a la regla...
De la práctica a la norma...
Un método eficaz a partir de la lectura comprensiva de textos literarios.
PVP: 1995 pta.



COMENTARIO LINGÜÍSTICO DE TEXTOS LITERARIOS CONTEMPORÁNEOS

23,5 x 16,5 cm 224 pág.
A partir de ejemplos de autores hispánicos, en dos partes: *metodología*, paso a paso, con ejercicios, y *análisis* de los diversos géneros, con comentarios monográfico y pragmático.
Textos adicionales propuestos para la práctica de lo expuesto.
PVP: 1995 pta.

MUTATIS MUTANDI: VOCABULARIO BÁSICO DEL DERECHO

17 x 12 cm 160 pág.
Los términos jurídicos más frecuentes. Máximas, reglas y principios generales, en latín y traducidos al español.
PVP: 680 pta.



LA COMUNICACIÓN VERBAL Y NO VERBAL

23,5 x 16,5 cm 206 pág.
Una síntesis del tema que es asignatura de la ESO: qué es, cómo se produce, cuáles son las características principales y cuántos los tipos de la comunicación.
PVP: 1995 pta.



SI, DESEO RECIBIR CONTRA REEMBOLSO LOS LIBROS:

ENVÍE ESTE CUPÓN A:

- ORTOGRAFÍA Y CREACIÓN
- LOS ERRORES SINTÁCTICOS MÁS COMUNES DEL ESPAÑOL
- LA COMUNICACIÓN VERBAL Y NO VERBAL
- COMENTARIO LINGÜÍSTICO DE TEXTOS LITERARIOS CONTEMPORÁNEOS
- MUTATIS MUTANDI: VOCABULARIO BÁSICO DEL DERECHO

EDITORIAL PLAYOR
ALBERTO BOSCH, 10
28014 MADRID

TEL: 91 369 0652

Y GRATIS (MARQUE UNO SI HA PEDIDO YA 3 TÍTULOS):

- CÓMO ESTUDIAR Y NO OLVIDAR LO APRENDIDO
- DOMINE SU VOCABULARIO 3: VOCABULARIO ETIMOLÓGICO

GASTOS DE ENVÍO: 350 PTA. + TASAS DE CORREO
PEDIDOS URGENTES AL FAX: 91 369 4441

CENTRO / COLEGIO		
NOMBRE Y APELLIDO		
DIRECCIÓN		
CÓDIGO POSTAL	POBLACIÓN	PROVINCIA
TELÉFONO	NIF / CIF	

¿Es ese componente básico de la novela, tal y como parece desprenderse de la reflexión de Bértolo, contradictorio con la concepción del acto de escritura como *lugar de encuentro y no como objeto de consumo*, con la novela como *forma de indagación, de conocimiento, o como forma de representación donde interrogar, ver y construir nuestro imaginario colectivo*?

¿Acaso contar «historias» es alejarse de esas premisas? ¿O más bien todas ellas son inherentes al arte de contar «historias», puesto que estamos hablando de *literatura*? ¿No son tales premisas aplicables también a la poesía? (4).

El problema esencial, sin embargo, no está en otro lugar que en el lenguaje. Pero no sólo contemplado como *objeto en sí*, sino en su *relación con la realidad*. Toda novela es un aparato de lenguaje, un artefacto construido con palabras. También lo es todo poema. Pero, ¿cabe concebir la palabra al margen de la realidad a la que remite y de la que procede? ¿No es un modo de nombrar las cosas y de desvelar aspectos ocultos para configurar la «realidad otra» que es la novela, pero una realidad *que nace en el mundo y mira al mundo*?

Esa es, a juicio del narrador, la verdad esencial de todo arte literario, la verdad que diferencia a la narrativa del periodismo, de cualesquiera otros modos de «contar cosas». En otras palabras: esa verdad esencial no es, en absoluto, contradictoria con la visión de la novela como *recipiente de una «historia»*. Es más, existe una estrecha relación entre la eficacia literaria de la historia y la destreza y la capacidad desveladora con que el escritor utilice el lenguaje. A mayor abundamiento: todo escritor con un mínimo de experiencia sabe que, a veces, la transparencia en un relato, o en

una novela, lejos de ser consecuencia del déficit de lenguaje de un escritor, es consecuencia de un ejercicio extremo de depuración, de una tensa búsqueda de las

palabras precisas a cuyo través hacer llegar al lector un estado de gozo o de desasosiego, de temor o de esperanza. El García Márquez de *Cien años de soledad*, con un despliegue de lenguaje casi abrumador, difiere de un modo sensible del García Márquez de *Crónica de una muerte anunciada* —por cierto,

dos «historias»—, del mismo modo que difiere el Joyce de *Retrato del artista adolescente* del Joyce del *Ulises* —otras dos «historias».

La «historia». el lenguaje, la vida

El peligro de toda teorización que se pretende totalizadora es que puede conducir a elevar las preferencias del crítico a categoría universal. Y a veces, al desdeñar el valor de «lo narrativo» (o la prevalencia de la narrativa) se corre el riesgo de situar la reflexión en las antípodas estableciendo como elemento totalizador una sola parte del artefacto narrativo: el lenguaje. Pero ese sustento, que es casi único y exclusivo en poesía —el «lugar más calcinado del idioma»,

que diría Juan Gelman—, en narrativa es sólo una parte. Todo lo importante que se quiera, pero una parte. En la novela, la palabra evoluciona sobre la estructura y en ella tienen cabida la reflexión, el ensayo, el diálogo, una sucesión de acontecimientos (la trama), elementos todos ellos que configuran, con y en el lenguaje, la *totalidad* del

artefacto dotándolo, como materia artística, de una entidad diferenciada, singular, una síntesis superadora en definitiva de todos los ingredientes que en él confluyen. Ello es así del mismo modo que una obra cinematográfica no sólo se construye con la *materia imagen* —aunque sea tan esencial como lo es el lenguaje en la novela—: hay argumento, música, personajes, diálogos reflexiones, escenarios... ¿No cabría entonces concebir la novela como un aparato de lenguaje que aúna *poesía e historia* —o *anécdota*— para dar lugar a una materia única, absolutamente singular?

Es verdad que el siglo XX ha hecho más permeables las fronteras entre los géneros, que la novela ha perdido, en gran medida, el carácter totalizador que asumiera en el siglo XIX, que ha dejado de ser narratividad en estado puro: la fragmentación social, el mayor entendimiento científico de los

mecanismos que mueven el mundo, conducen a la novela hacia territorios muy poco transitados antes, tal vez a buscar una «verdad» distinta a la que la realidad nos ofrece. Pero no es una verdad que esté presente sólo en el lenguaje, sólo en el discurso narrativo.

Está presente también en la «historia». Y más allá del discurso: en *la realidad real que el lector*

(4) Probemos a aplicárselo a la poesía: *La poesía como lugar de encuentro y no como objeto de consumo, como forma de indagación, de conocimiento, como forma de representación donde poder interrogar, ver y construir nuestro imaginario colectivo*. Es evidente que, quizá con reservas en lo que se refiere al concepto *representación*, las premisas de Bértolo tienen validez también para la escritura poética.



habita, en sus sueños, en sus frustraciones, en su memoria, en su percepción del presente. ¿Por qué? En primer lugar, porque todo artefacto literario tiene sentido en relación con la vida, en la confrontación/encuentro del escritor y del lector con el mundo, ya sea para comprenderlo mejor, para reinterpretarlo, para transgredirlo o para modificarlo. Es imposible, por tanto, separar el lenguaje literario de su significado, de su carga semántica. En segundo lugar, porque ese artefacto literario, al representar, alude a algo que es más que lenguaje, se nutre de materiales procedentes de la vida, cuenta una «historia» que puede ser tan simple como la tarde vacía de un escritor —Handke— o tan compleja e intrincada como la peripecia de un ser deforme en la Alemania nazi —Grass. Por tanto, lo que le aporta verosimilitud literaria, intensidad emotiva, goce estético, densidad significativa, no es la historia en sí. Pero tampoco el lenguaje en sí. Es el ensamblaje único e insustituible entre «historia» y

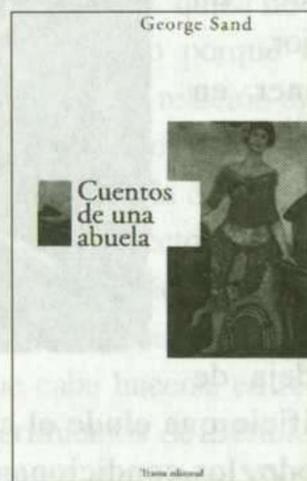
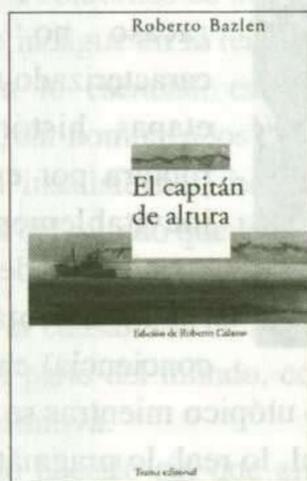
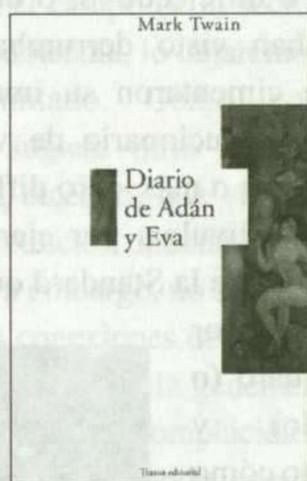
lenguaje, el cómo y el qué del constructo novela en definitiva.

En consecuencia, la validez literaria —y, más allá, existencial— se encuentra muchas veces fuera del discurso, éste es un puente que nos conecta con aspectos de un mundo que creíamos ajeno y que, de pronto, gracias a la novela, descubrimos que nos concierne infinitamente más de lo que pensábamos. Es verdad que ello depende de la destreza, de la originalidad, de la capacidad de descubrimiento en la materia lenguaje que ejercite el escritor, de la intuición y la sabiduría que éste ponga en juego en el proceso de construcción de ese puente, del talento de que haga gala para hacerlo con los *mejores materiales* (palabras), pero también lo es que en muchas ocasiones esos materiales dan cuerpo a una historia que nos ayuda a construir el imaginario colectivo, a hacer del discurso narrativo un «lugar de encuentro» que, sin la historia, no existiría.

¿Es posible entender *El proceso*, de Kafka, al margen de la historia de un hombre anegado por la desidia judicial, desesperándose en medio de una cadena de trámites interminables? ¿Y desvincularla no ya de la realidad centroeuropea de entreguerras, huevo de la serpiente de fascismos y otros monstruos, sino de la realidad de hoy, del más radical presente? *Es literalmente imposible*. De ahí que no parezca adecuado, desde el rigor literario, establecer como supuestos polos de una contradicción irresoluble la novela como forma de indagación y la novela como recipiente de una historia. Entre otras razones porque se trata de un debate viejo, demasiado viejo, que la propia evolución de la literatura *siempre* se encarga de resolver con una encomiable persistencia.

Cierta novela de la memoria

Tal vez el misterio de la novela reside en la capacidad que tiene para ele-



Trama Editorial

Apdo. de Correos 10.605

Tfno/Fax: 915 738 781

<http://www.infor.net.es/trama/>

28080 Madrid

var la anécdota a la categoría de lo mítico, para suscitar en el lector dudas no sólo sobre el lenguaje o sobre el discurso narrativo, sino sobre su propia realidad, sobre el mundo en que vive.

Quizá ése sea el reto —de hoy, de ayer y probablemente de mañana— del narrador. Si la «historia» debe huir de la concurrencia, de la intriga forzada —ese «jugar al escondite» de que habla Bértolo—, también el lenguaje debería huir del manierismo sin sustancia, de la ocurrencia, de la reclusión del «artefacto novela» en su propio aparato estético, sin ninguna conexión con el mundo contradictorio que nos rodea.

Pero la reflexión de Bértolo tiene, al margen de lo hasta aquí apuntado y pese a su trasfondo «orientador», la virtud de suscitar otras reflexiones en relación con la narrativa presente y futura. La primera de ellas es la que se induce de su exigencia de construcción, mediante la novela, de «nuestro imaginario colectivo».

No parece que respecto a esa afirmación genérica quepa el desacuerdo. El problema, tal y como ocurre con toda declaración genérica, surge cuando descendemos a lo concreto. Y aquí Bértolo



parte de la descalificación de cierta novela de la memoria que ha prevalecido en la post-transición («novelas de la derrota para ganadores», así las califica el crítico) en la narrativa de los ochenta. La pregunta que cabe hacerse ante su exigencia es la siguiente: ¿era posible escribir una «novela de la memoria» distinta? ¿Podía el narrador prescindir de un contexto que penetraba y condicionaba todos y cada uno de los aspectos de la vida cotidiana? Es obvio que no. No sabemos si Bértolo, al pronunciarse en esos términos, reclamaba del novelista un despojamiento de la memoria ínti-

ma y colectiva, de su condición de «ser en el tiempo», que es, en el fondo, un modo de «ser en el mundo». Ese despojamiento conduciría, inevitablemente, a la modelación de un estado de conciencia artificial, impostado. En la sociología, en la arquitectura, en la economía, en el movimiento sindical, en la política, la transición y el cambio generaron una «conciencia del derrotado ganador» propia de la época y, por tanto, ineludible. El sueño del 68 y su disolución posterior tenían que producir, forzosamente, determinada novela. Y esa novela, con todas las insuficiencias y desajustes, ha contribuido a crear el imaginario colectivo de una etapa histórica.

Es cierto que el contraste entre la ficcionalización de la derrota y la realidad biográfica de ganadores de gran parte de los novelistas aludidos aparece como un dato contradictorio de esa etapa. Pero, ¿acaso no se han caracterizado todas las etapas históricas de ruptura por engendrar inevitablemente una conciencia de derrota (o la derrota de la conciencia) en lo espiritual y lo utópico mientras se imponía lo material, lo real, lo pragmático? Sin embargo, esa constatación conduce a un interrogante mucho más desapacible y duro, interrogante que Bértolo o no se hace o sólo lo apunta de un modo superficial: ¿hubo verdaderos derrotados en ese periodo? Obviamente. Su historia real es la de miles de ciudadanos que contribuyeron a la transición democrática desde múltiples lugares: desde la cadena de una factoría, pasando por una Asociación de Vecinos o



por la brega diaria en cualquier barrio periférico. Hombres y mujeres que, hoy, viven en el anonimato y, probablemente, en unas condiciones de vida muy parecidas a las que vivían cuando se decidieron a empujar la transición.

Sin embargo, *su novela no existe*. Y no existe por dos razones: porque la cultura —y, más allá, el lenguaje— es patrimonio de una minoría y no precisamente inserta en esa masa de «verdaderos derrotados», y porque cualquier escritor que hubiera intentado, desde el rigor literario más extremo, erigir

esa zona del imaginario colectivo habría sido víctima de la descalificación por parte de la crítica «apolítica» y condenado sin tardanza a las calderas del infierno de la literatura social. De ese modo, el mundo literario asimila sin problemas —dirige, saluda, elogia— la novela cuyo protagonista es un pintor, o un ejecutivo, o un profesor, que han visto derrumbarse los mitos que cimentaron su imaginario juvenil y revolucionario de vástagos de clase media o más, pero difícilmente asimila y divulga, por ejemplo, la del trabajador de la Standard que sigue siendo trabajador de la Standard (o prejubilado) y que ha visto cómo se cuarteaban los sueños de un futuro mejor.

Sin tener en cuenta esos factores, cualquier crítica a la novela de la «derrota de los ganadores» no deja de ser un artificio que elude el contexto y, sobre todo, los condicionantes que en nuestra sociedad gravitan sobre el narrador.



De realismos e imaginarios colectivos

En la crítica que puede establecerse al «realismo sucio» que estalló en nuestro país a principios de los noventa no se trata de negar la anécdota ni lo que ésta, en su trasfondo, refleja —la crisis de identidad, la contemplación perpleja por parte de las nuevas generaciones de una sociedad que rechazan—, o las historias que se cuentan, sino de cuestionar el *cómo* se construyen, el utillaje, lingüístico, de una premeditada pobreza y preñado de lugares comunes cuando no de intentos de mitificación de actitudes nihilistas. En cualquier caso, esta narrativa (que podríamos encuadrar, para entendernos, en la «generación del Kronen»), pese a sus escasas ambiciones desde la óptica del discurso literario, sí mostraban un imaginario colectivo. Parcial, sumamente limitado (salvo alguna excepción, el de los hijos de las clases medias y/o acomodadas), es cierto, pero no por ello dejaban de ser un exponente de nuestra realidad contemporánea. Dado que se trata de un fenómeno que tal vez se sitúe en los aledaños de lo literario, en el campo de la sociología y de la mercadotecnia, lo dejaremos ahí, apenas apuntado. Como contrapunto, Bértolo sugiere otros autores jóvenes (Miñana, etcétera) que «no están trabajando productos directamente consumibles». Sin embargo, no se interroga acerca de las conexiones de la literatura que éstos escriben con la generación de una mirada crítica, no complacida ni complaciente, hacia el mundo, con la posibilidad de «construir el imaginario colectivo» del presente. Y quizá no se interroge acerca de ello porque no hay, ni mucho menos, una relación directa entre trabajar «productos no directamente consumibles» con la capacidad de éstos para proyectar al lector esa mirada crítica que el propio Bértolo sugiere.

En consecuencia, la siguiente pregunta que cabe hacerse en relación con los requerimientos de Bértolo es cómo, en el umbral del siglo XXI, podemos hacer de la narrativa un «lugar de encuentro y no un objeto de consumo»,

una «forma de indagación, de conocimiento», una forma de «representación donde construir nuestro imaginario colectivo». ¿Prescindiendo de la memoria? ¿Sin referencias a la realidad presente? ¿Sin penetrar en los espacios más contradictorios del mundo en que vivimos, lo que supone, inevitablemente, entrar también en el pasado inmediato y en el no tan inmediato? No parece que la propuesta de Bértolo, pese a las apariencias, vaya en la dirección de aconsejar a los escritores que asuman la impostura de escribir desde un tiempo vacío, desde un lugar sin raíces. Entre otras razones, porque no parece posible intentar una novela con rasgos de alternativa prescindiendo de esos ingredientes, parte indisociable de la condición de *ser en el tiempo* del escritor. En primer lugar, porque ninguna obra literaria —sea novela o poesía— se engendra en una cápsula de cristal: el narrador es un sujeto que vive y respira las contradicciones del mundo que le ha tocado en suerte, es un *ser social* cuyo comportamiento, lecturas, aficiones y referencias, están estrechamente relacionadas con su experiencia individual y colectiva. Por eso, construir con la literatura (con la novela) el imaginario colectivo de este tiempo no sólo es esbozar los contornos de una ficción que critique e indague en la realidad presente: es, en lo esencial, escarbar en la memoria, dar nombre a los deseos y a las pulsiones insatisfechas, horadar en los cimientos del mundo que le ha hecho ser como es, es reiventarlo expresando el origen y la causalidad de sus limitaciones como parte del mundo, como hombre en definitiva.

¿Cómo hacerlo sin que el crítico lo tache de costumbrista, o de propenso a la sociología, o de nostálgico de la literatura social? Transitando el difícil sendero del lenguaje revelador, buscando en la palabra la síntesis entre realidad y deseo, penetrando en las zonas más conflictivas de la memoria y de la experiencia del presente, un presente con inocentes, sí, pero también con culpables. Aun así, no será fácil sortear los riesgos antes apuntados. De la envergadura de los obstácu-

los que tal empreño puede encontrar da idea un acontecimiento de la actualidad no por anecdótico menos relevante: en un momento como el actual, en el que los analistas más lúcidos —entre los que está, sin duda, el propio Bértolo— demandan una lectura menos prejuiciada de la novela que nos ha precedido, una revista (5) que reclama para sí una actitud abierta, crítica y alternativa, decide rescatar la polémica Benet-Montero de finales de los sesenta, uno de los debates teóricos de mayor calado que ha vivido la narrativa española contemporánea. Pues bien: las nuevas generaciones de lectores han podido leer en esa revista el texto de Juan Benet escribiera al respecto a finales de los sesenta mientras se han visto imposibilitadas de acceder al texto de Isaac Montero al que Benet respondía y contradecía. Posiblemente ni uno ni otro tuvieran la razón absoluta y ésta estuviera en la síntesis entre ambas posiciones, pero lo que tal actitud evidencia es que ningún aparato de cultura, sea público o privado, es neutral y que *siempre* habrá condicionantes de toda índole gravitando sobre la labor del narrador y sobre la teoría de/sobre la narrativa.

El problema no está (nunca lo estuvo) en si la novela cuenta o no historias, sino en *qué historias* cuenta y *cómo* las cuenta. Tampoco lo está en si la novela se sustenta o no en la memoria colectiva, sino en los materiales que rescata de esa memoria (con o sin nostalgia, eso es irrelevante) y en la utilidad que éstos tengan para explicarnos las incertidumbres de hoy. Por supuesto, tampoco el problema reside en la mayor o menor inclinación del novelista hacia el costumbrismo, sino en si los materiales procedentes de lo cotidiano (y de las costumbres) son tratados con un lenguaje que los hace trascender de la simple crónica de costumbres para situarlos en el espacio del desasosiego, del cuestionamiento de un presente insatisfactorio, en el territorio de la conciencia crítica. Aunque con tales afirmaciones uno tiene la sensación de acercarse a la ver-

(5) *La modificación*, 1, octubre de 1998, Madrid.

dad que históricamente ha prevalecido en la historia de la novela —y, más allá, de la literatura— no es malo insistir en ello. ¿*Las tribulaciones del joven Törless*, de Musil, o *El ayudante*, de Walser? ¿*El Jarama*, de Sánchez Ferlosio, o *Tiempo de silencio*, de Martín Santos? ¿*Últimas tardes con Teresa*, de Marsé, o *Los verdes de mayo hasta el mar*, de Luis Goytisolo? ¿*Manhattan Transfer*, de Dos Passos, o *Ulises*, de Joyce? ¿*Mientras agonizo*, de Faulkner, o *Suave es la noche*, de Fitzgerald? Tal vez de esta sucesión de dilemas (falsos dilemas, a mi juicio) se desprenda la respuesta a los interrogantes que Bértolo pone sobre la mesa. ¿Qué tienen en común todas ellas? Tener como base *una historia* que, al ser contada, trasciende el momento histórico: ser arte, ser literatura. Todas ellas juegan el papel de *lugar de encuentro*, de *forma de indagación y conocimiento*, de modo de *representación* donde poder *interrogar, ver y construir un imaginario colectivo* (incluso hoy, muchos años después de que se escribieran). ¿En qué se diferencian? En el modo en que están escritas, en el tratamiento verbal y técnico de la historia, en la formalización de la materia narrativa: en el lenguaje.

A modo de conclusión (o casi)

Es evidente que el mercado, como mediador entre el escritor y los potenciales lectores, prescinde las más de las veces de la pulsión interior que nos permite reconocer una novela imprescindible —en términos literarios, pero también existenciales— de otra prescindible. También lo es que el mercado establece las pautas de lectura, margina obras perturbadoras y autores «incómodos» y, lo que aún es más grave si cabe, *modela la memoria literaria* de las nuevas generaciones dictando lo que debe ser o no rescatado de la tradición narrativa anterior. Pero el mercado no es un ente aséptico: no pocas veces el crítico es cómplice —incluso más: orientador de los senderos que ha de seguir el mercado puesto que,

al menos en teoría, tiene un amplio margen para elegir los textos de que ocuparse y así desafiar la lógica del mercado tanto con su atención como con sus silencios— y no es ajeno a los desmanes *literarios* que el mercado acarrea. ¿Quién y en nombre de qué principios ha decretado que hoy no es posible renovar y profundizar en la novela crítica, en lo que en su día se llamó realismo social? ¿Quién y desde qué legitimidad decidió a mediados de los ochenta convertir en paradigma narrativo los relatos del *dirty realism* americano (Carver, Wolff, McInerney) y «enterrar», a la vez, el relato realista de los cincuenta, entierro del que recientemente logró salvarse Aldecoa? ¿Por qué el mercado respaldó con ingentes inversiones y con no poco aparato crítico la apuesta realista de la «generación del Kronen»? Porque, contra lo que ocurría con los realismos precedentes, la proyección hacia el futuro que se derivaba de esas novelas no era otra que el nihilismo y la pasividad social, porque el narrador no traducía su rebeldía en un *imaginario alternativo*.

Como puede deducirse de este apunte de respuesta, la contestación a los anteriores interrogantes (y a otros muchos) no sólo está en la mercadotecnia y la lógica del beneficio, sino mucho más allá. Está en la decisión de borrar de los imaginarios narrativos toda pulsión transformadora, en la apuesta por el pensamiento único y por lo «políticamente correcto». Los interrogantes que Bértolo se plantea, de llevarse a sus últimas consecuencias y se

tiñan del barniz que se tiñan, conducen a un solo lugar: a la literatura *comprometida*. No desde la concepción partidista y reductivista; tampoco desde presupuestos históricos que la propia historia ha derrumbado. Sí desde el enfoque de la insatisfacción frente a un mundo hecho a la medida de unos pocos. Sí desde la voluntad de iluminar nuevos caminos expresivos y de esbozar imaginarios que den sentido a la existencia del hombre. Sí desde la constatación de que la historia se hace sobre la frustración y el olvido de sus verdaderos constructores. Ese es el lugar donde «se piensan las palabras» no como seres neutros o como meros entes generadores de belleza, sino en conexión con la vida y sus carencias. ¿Es ese el puerto de destino que apunta en la reflexión de Bértolo? Todo parece indicarlo. En todo caso, convendría que se hiciera explícito en todos sus extremos para saber de *qué* estamos hablando. □

EDITORIAL TROTTA

Tfno. 34-1-593 90 40
Sagasta, 33 (Madrid, 28004)
E-mail: trotta@infor.net.es
<http://www.trotta.es>

FERNANDO G. SELGAS
y JOSÉ B. MONLEÓN (eds.)

Retos de la postmodernidad. Ciencias Sociales y Humanas

ZEAMI

*Fūshikaden. Tratado sobre la práctica del teatro Nō
y Cuatro dramas Nō*

PETER SINGER
Liberación animal

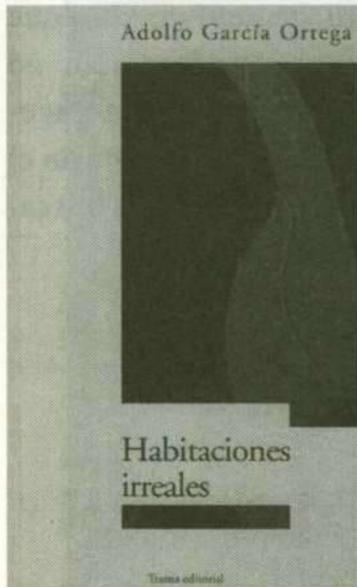
JUAN ANTONIO CARRILLO SALCEDO
*Dignidad frente a barbarie: La Declaración Universal
de Derechos Humanos, cincuenta años después*

GREGORIO DEL OLMO (ed.)
Mitos, leyendas y rituales de los semitas occidentales

JOSÉ MARÍA VALVERDE
*Obras Completas
Volumen 1. Poesía
Volumen 2. Interlocutores*

Buscando la autenticidad

Sami Nair



**HABITACIONES
IRREALES**
Adolfo García Ortega
Trama
Madrid, 1999

«¿Por qué poetas en tiempos de desamparo?», se preguntaba Heidegger en medio de un tiempo de guerra y odio. Esta cuestión nace de una meditación sobre Hölderlin, que fue a la vez desamparo y poema. Hoy en día, la poesía de Hölderlin brilla por su potencia, como si fuera sólo una creación natural, la de un diamante azul buscado por su única virtud. Son numerosos aquellos que desde siempre han intentado acotar la esencia de la poesía. Son numerosos e infinitos. Tienen pasado y futuro. Porque la poesía no se puede entender en el presente. El poeta nunca es nuestro contemporáneo. Está en el pasado o en el futuro. Está en el pasado porque está en el futuro. Esa búsqueda de la esencia de la poesía es lo que Adolfo García Ortega quiere conquistar para el lector en su *Habitaciones irreales*. He aquí un joven escritor, en el que el pensamiento no cesa de pulirse, como un sílex, en el roce con los pensamientos de los poetas, con los oscuros versos de la creación, con el desafío de lo que Heidegger —¡siempre él!— llamaba «el encaminamiento hacia la palabra».

Lleno de citas, de reflexiones personales, de asombros, de admiración frente a la fuerza de las palabras, de oscura inquietud frente a frases demasiado llenas de sentido, el libro de García Ortega habla de creación y de palabras, de *ensamblajes* de palabras, para ser más exactos. Retoma a Barthes: «La estructura del espacio configura su identidad». Es una posición que podría sacarse directamente de la *Crítica de la razón pura* de Kant: el espacio es el tiempo. Esto quiere decir: todo conjunto es una encarnación; todo objeto tiene volumen e historia. Todo volumen es una historia. Toda historia es una identidad.

García Ortega no se satisface con el enunciado: busca darle una identidad. ¿Y si la identidad fuera una utopía? Por eso escribe: «En el presente intervienen: las utopías, el pasado, la memoria, los deseos, la fantasía y los mitos». Pero no se engaña, sabe que nin-

guna definición puede agotar el presente. Y renuncia: «En definitiva, al escribir, lo que se busca es una palabra-resumen que sea irreductible a una explicación».

Hay en *Habitaciones irreales* momentos que en verdad son momentos de felicidad. Sabemos una cosa al menos —la aprendimos de Mallarmé, de Góngora: no se habla verdaderamente de poesía más que siendo poeta. De alguna forma se debe ser poeta para entender la poesía. La prueba es que los que no aman la poesía no aman a los poetas. Platón, que lo comprendió, y que conocía mejor que nadie la potencia del verbo, perseguía a los poetas de su *República*. ¿La razón? Hacen reflexionar demasiado sobre el sentido. Uno debe someterse a la norma, a la forma.

Adolfo García Ortega nos da una serie de reflexiones, de *percusiones* semánticas, de enlaces de palabras que tienen sentido: de donde, como decía Freud, la *inquietante extrañeza* de su libro. Un libro que yo llamaría «tabular». Es decir, puede leerse buscando bajo distintas entradas: filosofía, literatura, política, poesía. Y además, es consciente de la vanidad de toda explicación. Cita a Pavese, al inmenso Cesare Pavese, cuya poesía sólo puede compararse a aquella de los artistas que han rozado el fuego ardiente del centro de la tierra, ese magma que da la vida: esos que establecieron el vínculo entre vida y tragedia. Escuchen: «Un poeta no debería olvidar jamás que un estado de ánimo no es nada para él, que lo que importa para él es la poesía futura. Este esfuerzo de frialdad utilitaria es su tragedia». Pero no: la tragedia es el futuro, porque el poeta no puede reconciliarse con el presente. Es por esta razón que se vuelve hacia el pasado. Aunque se llame Maiakovski, y quiera adelantar al futurismo. Es esta metafísica, en el sentido griego del tiempo: más allá de la materia, es decir lo que está aquí, ahora, lo que mina al poeta. He aquí el problema de Adolfo García Ortega: ¿cuántas de las palabras que

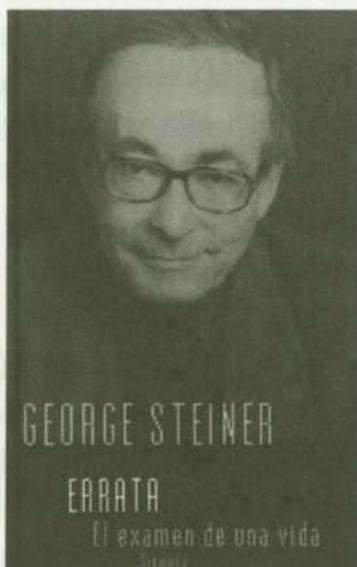
tienen sentido forman nuestra vida?, ¿para qué futuro?, ¿para qué presente?, ¿para qué sufrimiento? El filósofo responderá con la demostración arquitectónica (el espíritu de la geometría de Spinoza); el novelista con la recreación autónoma de un mundo ficticio, aunque se base en la realidad (hechos, recuerdos, imaginación, manipulación de historias); el ensayista con la pregunta (sutileza del sentido, verdad inalcanzable, pregunta respondiendo a pregunta).

Adolfo García Ortega se quiere poeta y ensayista, filósofo y escritor —pero en el sentido humilde. Nos dice: «Vengan, lean conmigo estos fragmentos, piensen. No les apor-

ninguna verdad. No les regalo ningún artificio. Lean conmigo: verán que el misterio está aquí, en las palabras, en ese sentido que se desliza como un pez entre las manos de la razón». Es un libro de aforismos, de citas, de proposiciones que estremecen. Es un libro de creación. En nuestra época donde el pedantismo intelectual, los hacedores de novelas, los profanadores del arte son legión y adulados por la opinión mediática, he aquí un libro que dice lo esencial. Léalo, y encontrarán no sólo un escritor que se toma en serio la tragedia de la escritura, sino también un poeta en el sentido más humilde de la palabra: un buscador de la autenticidad. □

Elogio de George Steiner

Javier Alfaya



ERRATA

George Steiner

Traducción de Catalina

Martínez Muñoz

Siruela

Madrid, 1998

Cuenta Manuel Ballesteros al final de su precioso libro *El devenir y la apariencia* (Anthropos, Barcelona, 1985) una reveladora anécdota de Gyorgy Lukács. Rodeado de sus discípulos, el gran filósofo húngaro escuchaba un elogio tras otro acerca de su obra. Abrumado, Lukács comentó: «Sí, sí, pero ahora caigo que lo esencial no lo he entendido». «¿Y qué es lo esencial?», le preguntaron, sorprendidos. A lo que el gran viejo respondió: «El problema es que no lo sé».

Hay unas frases en el último libro aparecido en castellano de George Steiner que en cierto modo muestran un parecido estado entre el pensador vienés y Lukács, uno de sus venerados maestros a pesar de las discrepancias ideológicas que existen entre ambos. Dice Steiner: «Ni con argumentos lógicos ni con argumentos sustanciales es posible *refutar* la afirmación de que Mozart era un compositor mediocre o de que las *Vísperas de la Virgen* de Monteverdi son inferiores a los balbuceos de Madonna. Cuanto mayor es nuestro deleite, cuanto más acuciante nuestra necesidad de responder a una pieza musical, más

inaccesibles resultan las razones de por qué ocurre tal cosa. Es un lugar común observar que la música comparte con el amor y la muerte el misterio de lo evidente».

No es difícil encontrar en otros libros de Steiner tomas de posición similares con respecto a la literatura. En el fondo, esa especie de acto de fe que nos lleva a defender la perennidad de una obra de arte frente a un subproducto *kitsch* es la esencia de un libro suyo tan extraordinario como *Presencias reales*, esa soberbia disquisición acerca de lo bello y sus formas, y el motivo conductor principal de todos los demás.

Con el paso de los años, George Steiner se ha convertido en una especie de Quijote que afirma su verdad, la verdad del gran arte, de la gran literatura, de la gran música, frente a los subproductos generados por la sociedad de consumo. Subproductos que no se reducen a lo fabricado por lo que Theodor W. Adorno — otro de los maestros de Steiner— llamó despectivamente «industria cultural», es decir la fábrica inmediata de la literatura o la música *Kleenex*, sino que también se extiende a quie-

nes desde las secciones culturales de periódicos y revistas y más allá, desde el mundo académico, preparan las legitimaciones intelectuales de esos subproductos. Toda la obra de Steiner, desde *Tolstoi o Dostoiewski* hasta hoy, es una larga y continuada polémica con quienes han tratado de reducir a cenizas cualquier valoración estética, degradando la cultura más viva y creativa al nivel de un subproducto más. Steiner es consciente de que tras esa mascarada de una crítica supuestamente radical, se esconden los miserables intereses de una «industria cultural» que necesita justificar sus inversiones y al final del ejercicio, equilibrar en positivo la cuenta de resultados.

Por eso es siempre apasionante leerlo, esté uno de acuerdo o no con él. Producto de un sofisticado cruce de mundos culturales, —judío vienés, en su casa familiar se hablaban corrientemente tres idiomas, alemán, francés e inglés, amén de tener como fondo un *basso continuo* formado por las voces de la servidumbre húngara—, Steiner es un heredero plenamente consciente de una época estelar de las culturas centroeuropeas, que vivieron entre, digamos, 1890 y 1930, el momento más deslumbrante de la historia moderna de Europa. Viena y Berlín, pero también Praga y Budapest, fueron los centros de irradiación de ese momento estelar. Un mundo aquel al que las más devastadoras catástrofes históricas —la expansión del nazi-fascismo, la consolidación del estalinismo— desangraron, lanzando a millares de hombres y mujeres a un exilio sin esperanzas, hacia París primero, luego hacia Suiza, Gran Bretaña o los EE.UU. Y ese vacío enorme no se ha colmado nunca. A nosotros, españoles, nos ocurrió algo semejante, aunque cada vez seamos menos conscientes de ello porque los vencedores, incluso los vencedores «arrepentidos», fueron los primeros interesados, naturalmente, en decirnos «que no fue para tanto». La diáspora republicana de 1939 también se produjo en un momento creativo único en nuestra historia y la represión franquista, al vaciar culturalmente nuestro país, lo dejó convertido en un erial, una situación de la cual todavía no se ha recuperado. Un tema capital, del que se ha hablado mucho pero investigado realmente muy poco.

En *Errata* George Steiner hace un repaso de su vida, de sus creencias, de sus maestros. En

cierto modo es una autobiografía espiritual. Su subtítulo es bien claro: «El examen de una vida». Hay que agradecerle a este hombre singular, que es uno de los mandarines de la alta cultura en el mundo occidental, que haya reaccionado siempre con ardor contra la propia idea de mandarinzgo. Gil-Albert decía que los españoles tenemos un punto negro que nos nubila y nos lleva directamente a la irracionalidad: mediante esa imagen el escritor valenciano quería explicarnos los disparates en que es tan rica nuestra historia. En el caso de Steiner hay, si se puede hablar así, un punto negro positivo, una indomable voluntad de no servir, de no dejarse ahogar por la mediocridad y los convencionalismos en que naufragan tantas ilustres personalidades, convertidas en ilustres momias. Su negativa a serlo es lo que da a su obra una extraordinaria vitalidad, una fuerza que parece haberse perdido para siempre en la autocomplacencia de tantos y tantos reales o supuestos críticos de la cultura. Hay en él un espíritu de la negación que viene de una lúcida conciencia de que lo mejor de la civilización occidental es precisamente esa negatividad, ese espíritu que afirmaba, orgulloso, el Mefistófeles goethiano y que hoy está peor visto que nunca porque es el único antídoto imaginable frente al totalitarismo del pensamiento único o de lo políticamente correcto.

En *Errata*, como en cualquiera de sus mejores libros, lo que sostiene el interés de la primera a la última página es también, al final, la formidable calidad del Steiner escritor. Una prosa densa y a la vez fluida, un estilo que no se pierde nunca en inútiles vericuetos, que sabe reducir los términos más complejos de un problema a síntesis que no empobrecen esa complejidad pero que no lo agudizan innecesariamente, hace que Steiner sea, por utilizar una expresión muy de ahora, un formidable comunicador. Sin duda esa es una virtud singularísima y habría que remontarse a Jean-Paul Sartre —otra de las figuras intelectuales más admiradas por Steiner— para encontrar una tan sabia combinación de imaginación, inteligencia y erudición.

El resultado, claro está, es un libro apasionante y que se beneficia de una más que excelente traducción, que reproduce con fidelidad la vivacidad y la fluidez de la prosa de Steiner. □

Criaturas celestiales

María Escribano



LA TERCERA MUJER
Gilles Lipovetsky
Traducción de Rosa Alapont
Anagrama
Barcelona, 1999

Según Lipovetsky, la modernidad, muy hábil para rescatar viejos estereotipos sociales y hacerlos sobrevivir renovados hasta lograr que encajen en el marco sagrado de la individualidad, no está propiciando, pese a lo que pudieran hacer sospechar algunos indicios, ni la progresión del mundo unisex, ni el retroceso de la supremacía masculina. Lipovetsky piensa, por el contrario, que la antigua división de los géneros no sólo perdura en nuestros días sino que mantiene básicamente sus antiguas connotaciones, si bien con importantes innovaciones que consisten fundamentalmente en que las fronteras que mantenían herméticamente comunicados ambos territorios se han vuelto relativamente practicables.

Para demostrarlo, Lipovetsky nos hace fijar la atención en algunos datos verdaderamente elocuentes, como son la perdurabilidad del ámbito de los afectos como objetivo prioritario entre las mujeres modernas, y la continuidad del prestigio de su belleza física que sigue siendo, en el siglo de los grandes avances femeninos, tanto entre los hombres como entre las propias mujeres, un valor perseguido y apreciado por encima de cualquier otro. Se trata de una aparente paradoja que el feminismo se ha planteado, desde luego, interpretándola las más de las veces como una de las últimas y más difíciles trampas a sortear, pero a cuya evidencia es difícil negarse. Basta comprobar el interés que siguen despertando entre las mujeres las películas o novelas cuyo tema central son las relaciones amorosas, o el éxito de la prensa del corazón y de las «revistas corporales», es decir aquellas que dedican más del cincuenta por ciento de sus páginas a interminables regímenes para adelgazar, formas de maquillarse, técnicas eróticas o nuevas tendencias de moda. El fenómeno del prestigio de las «top models», la anorexia de las jovencitas, su desesperado afán por hacer desaparecer sus signos de identidad sexual y convertirse en espíritus puros, ha provocado ya ríos de tinta y a ello también le dedica Lipovetsky gran número de páginas. Junto a todo ello y mientras priman los cuerpos longilíneos de largas

piernas y caderas estrechas, cada vez más empeñados en hacer olvidar su originaria función maternal, crece espectacularmente, auxiliado por la cirugía plástica, el aprecio por el pecho generoso, uno de los símbolos más característicos de la identidad física femenina.

¿Cómo interpretar toda esta interminable serie de datos contrapuestos? ¿Cómo analizar la convivencia de esta verdadera inflación de belleza? Porque nunca tantas mujeres han sido tan hermosas ni les ha importado tanto serlo como ahora, con la realidad igualmente evidente de su lucha y sus logros por el acceso a la vida pública, por su paulatina escalada de la universidad, por su conquista de territorios profesionales de toda índole. ¿Cómo explicar, en fin, que junto a todo ello, en una sociedad cada vez más autista, como el propio Lipovetsky reconoció en *La era del vacío*, una sociedad que privilegia ante todo «la libre disposición de uno mismo», que legitima la realización de los deseos personales como norma universal por encima de cualquier otra, las mujeres sigan manteniendo la «desposesión subjetiva», es decir, el «amor» en el primer puesto de la lista de sus propiedades?

El libro de Lipovetsky pretende contestar a todas estas cuestiones, y para ello hace un recorrido histórico sobre el surgimiento del concepto de belleza física en la cultura occidental. Tanto el amor cortés aparecido en la Edad Media, como la belleza femenina surgida en los albores del Renacimiento, serían puras construcciones culturales, verdaderas obras de arte, cuya sofisticación acaba trascendiendo con creces los señuelos de la funcionalidad puramente sexual. Así, el «afeminamiento» de la mujer, la construcción de esa criatura celestial y carnal a un tiempo acariciada por los pinceles de los artistas renacentistas y barrocos, y exaltada por la literatura, envuelta en terciopelos y sedas, desnuda y opulenta, indolentemente sedente, o equívocamente andrógina de nuestros días, no sería sino el resultado de la invención de toda una sutil y versátil simbología destinada preci-

samente a superar la literalidad de esos señuelos, a ejercer un cierto control sobre ellos y a obtener a cambio un indiscutible poder.

Es difícil empeñarse en ignorar que la apuesta por la belleza proporciona un gran poder a la mujer y es difícil como mujer negarse a la voluptuosa tentación de ejercerlo. La belleza no sólo proporciona poder sino que constituye la posibilidad de mantener un peligroso pero apasionante pulso con la naturaleza, simulando serle fiel y escamoteándola al mismo tiempo. Pero estrechamente ligada con la juventud, ese formidable reinado de la belleza del que hablaba Balzac es cruelmente efímero, y aunque Lipovetsky dedica algunas breves líneas a dar cuenta de esta trágica y fundamental circunstancia, su reflexión, como la de tantos inteligentes varones, especula básicamente en torno a una mujer joven, heterosexual y hermosa. La mujer que interesa a Lipovetsky sigue siendo la que está atravesada por las oscuras fuerzas de la fecundidad. Las demás, como en la realidad, se han vuelto invisibles. Cabe preguntarse si siguen siendo mujeres o si mantienen su feminidad como una cáscara vacía de sentido. Cabe preguntarse igualmente por quién ha sido el autor de tan hermoso y carísimo montaje e incluso por la razón de que, pese a todo, siga gozando en nuestros días de tan gran predicamento.

Cuando Lipovetsky escribió *La era del vacío*, en 1983, nos había descrito el panorama de una sociedad poscapitalista, que en su incesante huída del autoritarismo, en su búsqueda de la libertad personal, habría abandonado los grandes sistemas de sentido y se refugiaba en el narcisismo y en el individualismo. El principio del placer, la consecución inmediata de los deseos, la legitimidad de los sentimientos individuales que el romanticismo había puesto en circulación, iba perfilándose, bien auxiliada por el hiperdesarrollo incontrolable de la sociedad de consumo, como la única norma sobreviviente de alcance universal. El hombre posmoderno, cada vez más empeñado en liberarse de la cadena histórica que le imponía responsabilidad hacia el pasado y hacia el futuro, pagaba su irrefrenable deseo de libertad con la vacuidad, con el rápido agotamiento de las emociones, convertidas éstas en un objeto más de consumo. Y como una muestra más de banalización de uno de los grandes sistemas simbólicos de la vieja cultura, Lipovetsky vaticinaba también allí «el final del mundo del sexo y de sus oposiciones codifica-

das. Cuanto más el feminismo cuestiona el ser de lo femenino, más se borra éste y se pierde en la incertidumbre». Y continuaba: «La seducción femenina misteriosa o histérica deja paso a una autoseducción narcisista que hombres y mujeres comparten por un igual, seducción fundamentalmente transexual apartada de las distribuciones y atribuciones respectivas del sexo».

Sin embargo, he aquí que catorce años después el autor francés parece haber matizado estas opiniones. Aunque no deje de valorar la responsabilidad de la posmodernidad en esta hipervaloración de la belleza corporal femenina, aunque no deje de enmarcarla dentro de las estrategias características de una sociedad que prima el cuidado de sí mismo, el hedonismo, la sensorialidad, Lipovetsky acaba por transmitirnos como idea fundamental la resistencia de los sexos a borrar por completo sus señas de identidad: «Debido precisamente a que las normas igualitarias progresan es por lo que paradójicamente el ideal desigualitario de la belleza femenina se prolonga». No es difícil deducir del libro que Lipovetsky contempla con cierto alivio la constatación de esta «perennidad de la supremacía estética de la mujer», porque ello «permite contrapesar el proceso contemporáneo de la desestabilización de los roles sexuales». Es decir que, según el autor francés, la tercera mujer, que ha acabado perfilándose a lo largo de los años ochenta y noventa, sería no sólo la que tiene abierto ya el acceso a una profesión y a un trabajo, sino la que «elige libremente» su maternidad, como también «elige libremente» ser hermosa, joven, esbelta y seductoramente camaleónica para no aburrir, para no cansar, para proporcionar nuevos estímulos. Lipovetsky parece acabar asistiendo complacido a la tranquilidad que da saber que no todo está perdido, porque al menos el peso de la gran responsabilidad de una parte de los valores de la sociedad, la propagación de la especie, el cuidado de las crías, y la estética y amena distribución sexual de los roles descansa en buenas manos porque son las propias mujeres las que más siguen empeñadas en mantenerlos. Chantajeadas, más que por los hombres por sus instintos maternales, por su conflictiva relación con la naturaleza, como lo han estado siempre, ellas van a seguir al pie del cañón. Mientras el patriarcado declina, la maternidad se mantiene firme. Y lo más sorprendente del caso es que en todo esto hay mucho de verdad.

Es posible pensar que las mujeres se vuelven cada vez más hermosas y seductoras a medida que los hombres se muestran más indiferentes. En *De parte de la princesa muerta*, de Kenizé Mourad, una vieja turca del harén donde crece la protagonista compadecía a las damas europeas que debían embellecerse y escotarse cada vez más porque los hombres occidentales no les prestaban suficiente atención. «Nuestros hombres no tienen ese problema», decía comprensiva. Y es posible también que la sofisticación misma que deviene del culto a la belleza haya elegido en muchos casos, en nuestros días, el camino del narcisismo y de una exacerbación del autocontrol. Pero en origen, la invención de la belleza sirvió ciertamente a las mujeres occidentales para simular la superación de la brutal funcionalidad de las relaciones sexuales, y acabó convertida en un precioso y difícilmente eludible legado, aunque ello las haya atrapado en un laberinto sin fin.

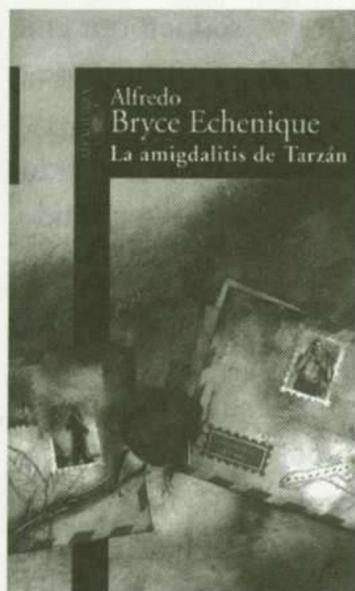
Lo cierto es que, mientras el «Don Juan perezoso», el «tercer hombre», desaparece por las calles, y desvía cada vez más sus deseos de poder al espacio público, tal vez agobiado por unas mujeres cada vez más exigentes en la calidad de su relación amorosa, cada vez más presionado, no a ejercer indiscutiblemente su autoridad dentro del espacio doméstico como si fuera una emanación del derecho divino, sino a ganársela en igualdad, las mujeres cada vez más sabias y atareadas siguen haciendo denodados esfuerzos por adornar el paisaje, por seguir construyéndose como preciosos objetos de deseo únicos e irrepetibles, sosteniendo, cada vez más solas, los cimientos del viejo y, pese a todo, venerable caserón lleno de goteras. Y lo más probable es que continúen haciéndolo por mucho tiempo. Lipovetsky tiene razón, los hombres pueden estar tranquilos. Hace mucho que sospecho que, para todo esto, no hay ninguna ventanilla donde reclamar. □

El amor fuera de tiempo

Rosa Pereda

Es ese tipo de amor, intenso e indiscutible pero completamente imposible. Ese tipo de amor que aparece demasiado tarde, o demasiado pronto. Cuando ya no se puede hacer nada. Que en cualquier caso, parece nacer descolocado, fuera de lugar o mejor, fuera de tiempo: ella se entera tarde, él no digamos. Como dura años, y los años son cambios, la relación que es de ardorosa amistad pasa por todos los temblores y todas las fases que separan la indiferencia de la pasión: a veces son pasión, un par de encuentros a lo largo de la vida; otras, las más, los dos amigos están infinitamente más cerca de la indiferencia... si no fuera que basta un segundo, vencer la pereza, rescatar unas frases o unas músicas del pasado, para que parezca que la vida puede enderezarse, cambiar de signo, posibilitar una conexión que más de una vez les ha

hecho quedar en ridículo. Porque parecen ridículos estos personajes siempre desplazados por un tiempo o por un ritmo o por un azar. Por un espacio. Es el suyo un amor conversado, epistolar, que recorre el globo terráqueo con ironía y con sinceridad y con gracia, para qué vamos a engañarnos, y que se duele continuamente del *decalage* que siempre abre el correo, y más aquí, con las distancias y los transportes del subdesarrollo. No es menos amor que los demás, con los que convive a un lado y a otro de la pareja. No es menos importante. Tiene esa conmovedora fuerza de lo imposible, que sin embargo perdura, arrastrándose a través de los años. Y es tan imposible, que la misma imposibilidad se vuelve costumbre, realidad intrínseca, verdadera, de esa relación atípica. Así es la historia de Fernanda María de la Trinidad del Monte



LA AMIGDALITIS DE TARZAN
Alfredo Bryce Echenique
Alfaguara
Madrid, 1998

Montes y su amor por Juan Manuel Carpio, cantautor y narrador de esta historia en la que hablan, más que él, las cartas de ella. Es decir, la historia narrada por Alfredo Bryce Echenique en su última novela, *La amigdalitis de Tarzán*.

El secreto de este amor y de su imposibilidad lo ve meridianamente claro Alfredo Bryce. Es un sentimiento fuerte, confesado y mutuo, al que, dice el narrador, falla estrepitosa y continuamente el «e.t.a.», el «tiempo estimado de llegada», dicho sea en siglas inglesas de navegación, y que no es otro, este fallo, que el de la quiebra de la teoría de la relatividad, o el de su afirmación absoluta: de cómo, igual que dos objetos —o personas, tanto da— pueden coincidir en el momento preciso y en el lugar conveniente, se puede dar también que estén, y las posibilidades realmente son mucho mayores, en ese lugar pero en otro momento, y obviamente, en ese momento pero, ay, en otro lugar. La sensación del peso del azar, que es el verdadero tema del libro, se completa con los matices que adquiere la relación de estos dos personajes que se aman y se necesitan y se entienden... y se esquivan, y se pierden, y se alejan y lastimosamente cuando él decide que va a dar el paso de la convivencia entregada para siempre —es decir, cuando él narra la historia que no le queda más remedio que investigar— ya ella ha organizado su vida, por segunda, por tercera, por número mil vez, sin por eso dejar de amarle... Un desastre.

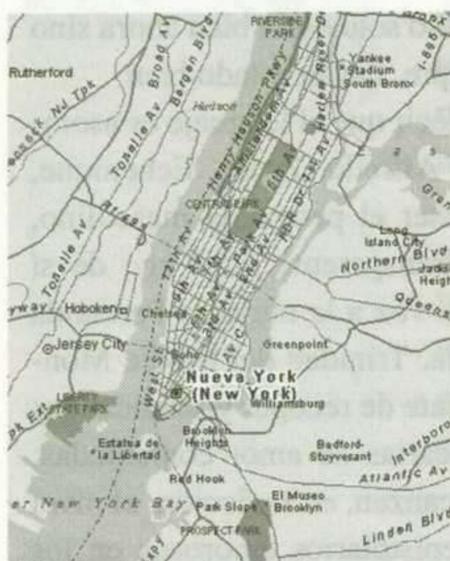
Los dos son cosmopolitas. Si Juan Manuel Carpio es un peruano de Francia y de España, Fernanda María es una «oligarca» roja, arruinada y salvadoreña de Europa y América. Los dos, también, están movidos por un «destino latinoamericano», un hado fatal, muchas veces cómico, algunas otras trágico: esos bohemios de origen burgués pero siempre sin un duro; copas y conversación en los bordes de las grandes ciudades del mundo. Nómadas por su oficio

y por las fugas a que les han convidado amablemente las dictaduras de sus países de origen, o simplemente la violencia cotidiana, o simplemente las desastrosas condiciones económicas... En esta novela, que va de la juventud a la madurez de los personajes, se habla mucho de amor, pero también se habla mucho de dinero. Y se va viendo como cambia la América Nuestra —y la otra— y cómo ha ido llegando la moral del éxito, y cómo se va vaciando el mundo, y cómo finalmente una curiosa paz permite que las cosas no sólo estén bien ahora sino que siempre, siempre, hayan estado bien.

No hace falta decir que el lenguaje es asombroso. Esta vez Alfredo Bryce Echenique, cuyo fuerte solía ser el personaje masculino, casi siempre un transparente *alter ego* de sí mismo, ha dado la voz a la mujer, a Fernanda María, Maía o Mia, Trinidad del Monte Montes, por el expediente de recoger y publicar sus cartas. Son unas cartas de amor comentadas; unas cartas que alcanzan, en la ficción, el nivel de esos grandes epistolarios amorosos en los que pensamos siempre: esta Eloísa, se mueve libre y alegre —qué alegre, dice siempre— en el amor mismo que conduce su correspondencia y también sus silencios, y se agobia, amigdalitis del alma, en la crianza de los niños, en la pareja inestable, en fin, en la vida. Comentadas: siempre hay que guardarse la última baza. La última palabra, que la tiene quien escribe la historia. El narrador. Y entonces, el personaje masculino de cuyas cartas sólo hay algunas notas sueltas, pero que cuenta «este lado» de la historia, es decir, la historia, aparece como sujeto y víctima de un amor intermitente... Un poco frío, un poco irónico, mucha guasa. Lo cual, debo decir, es absolutamente de agradecer. Es, exactamente, el contrapunto necesario para entender la diferencia célebre masculino femenino y, también, la diferencia precisa que hace de esta novela una estupenda novela. □

Correspondencia

Nueva York



Enrique Vila-Matas

Fui a Nueva York a entrevistarme con la nieta de Trotski. También fui por otros asuntos como, por ejemplo, ver por vez primera esa ciudad y dar una lectura en Americas Society, en Park Avenue. Pero fundamentalmente fui a Nueva York a entrevistarme con Nora Volkow, la nieta de Trotski y amiga íntima de una amiga mía de Barcelona que se ofreció a concertar una cita entre los dos asegurando que estaría muy bien que nos conociéramos. Fui a Nueva York excitado básicamente por la idea de que el viaje podía ser novelesco y teñido de un ligero y nostálgico matiz ruso. En realidad fui a esa ciudad sólo para poder escribir una novela autobiográfica que comenzaría así: «Fui a Nueva York a entrevistarme con la nieta de Trotski. Hacía ya unos

años que la guerra fría había terminado...»

Se trataba de averiguar cómo continuaba esa novela de la que conocía sólo las dos primeras frases y de la que lo demás dependía de mi encuentro con Nora Volkow, que recibió desde Barcelona, por correo electrónico, la recomendación de ponerse en contacto conmigo cuando yo llegara a Nueva York. «San Carlos Hotel —decía el e-mail— el teléfono es el 75591800. Llamar el viernes a las cinco de la tarde».

Fui a Nueva York convencido de que recibiría esa llamada a las cinco de la tarde. Fui a Nueva York excitado ante la perspectiva de que se pusiera en marcha mi novela y fui, por otra parte, cargado de entrañables recomendaciones de los amigos acerca de lo que tenía que hacer y tener en esa ciudad. Bernardo Atxaga, por ejemplo, me había escrito una postal diciendo que no dejara de visitar el bar más bonito del mundo, el Four Seasons —«si eres *gentleman*, el portero te dejará cruzar el portal, y de ahí al bar»—, situado en la planta baja del elegante rascacielos de Mies van der Rohe. Y añadía Atxaga: «ve a ese bar y serás feliz en Nueva York». Al leer esto, y como sea que Atxaga tiene algo de brujo, supe que estaba obligado a no correr el riesgo de no hacerle caso.

Otro amigo, Joan de Sagarra, me dejó dicho, de forma muy escueta, que me dedicara a bus-

car el fantasma de Dorothy Parker. Y Nani Ferrer, una amiga de Mallorca, me envió un fax con todo tipo de instrucciones: «No dejes de llamar a la genial Telma Abascal, que trabaja en la ONU. Visita la Frick Collection. Alucinarás si asistes a una misa negra, *gospel*. Al entrar en los Estados Unidos de América guarda rigurosa cola y no fumes y no te sientas culpable. Anda rápido por Manhattan; y mira el mar, recuerda siempre que estás en una isla. Buen viaje, amigo».

Llegué a Nueva York y guardé rigurosa cola y no fumé y, en el formulario para no inmigrantes, fui prudente y no dije que había viajado a Nueva York para encontrarme con la nieta de Trotski. Las primeras horas las dediqué a recorrer todos los lugares recomendados por los amigos y también los que me recomendé a mí mismo. Fui al *Cañón de los héroes* de Brooklyn a presenciar el apoteósico recibimiento de la ciudad a los Yankees, el mejor equipo de toda la historia del beisbol. Subí al Empire State, crucé Tiffany's en diagonal, fotografié el *juke-box* de un bar anónimo que terminó por convertirse en mi cuartel general (el Runyon's, en la Segunda Avenida), escuché música religiosa en la catedral de St. Patrick, almorcé en el Hotel Plaza, vi el atardecer sobre el Hudson en un banco parecido al de Woody Allen en aquel amanecer en el que profesó su declaración de amor («Digan lo que

digan esta es una ciudad maravillosa»), y me senté a llorar a la entrada de la Grand Central Station.

Cuando regresé al hotel encontré una nota de mi amiga de Barcelona en la que me comunicaba que no había podido contactar con la nieta de Trotski. Por unos momentos llegué a sospechar que alguien había advertido a Nora Volkow de mis intenciones de convertirla en carne de cañón novelesco.

Resignado al giro que había dado mi destino, decidí llamar a la genial Telma Abascal y, al día siguiente, en una ONU desierta —era sábado—, subimos los dos hasta la planta 68 de ese edificio, subimos hasta el lavabo de señoras de la última planta, y desde allí contemplé una inolvidable vista nocturna de los rascacielos de Manhattan. Una hora después, en el bar del Hotel Algonquin —donde en una legendaria mesa redonda Dorothy Parker recibía todas las noches a sus amigos— me dijo Telma Abascal que en el cuarto contiguo a la sala de actos de Americas Society, exactamente al lado de donde iba yo a dar mi lectura, había dormido Jruschov el día en que pasaron a la historia él y sus zapatitos de la Asamblea General de la ONU. Y es que hacía tan sólo unos pocos años que el bellissimo edificio de Americas Society había dejado de ser el consulado ruso en Nueva York.

El mundo es un misterio azaroso. Di la lectura en ese salón

contiguo al cuarto de Jruschov y, al acabar, se me acercó alguien del público, el señor Osias Stutman, médico y poeta argentino, que me dijo que trabajaba en el Memorial Sloan-Kettering Cancer Center y que en marzo regresaba a Barcelona. Al comentarle distraídamente —por comentarle algo— mi fallida cita con la nieta de Trotski, me dijo que hay coincidencias y casualidades con las que te mueres de risa. Le pedí que se explicara mejor. Entonces me comentó que en Barcelona él vivía en el edificio Cabot, en la calle Llúria número 8, y que no hacía mucho, a través de un artículo publicado en *La Vanguardia*, acababa de enterarse de que en ese inmueble había nacido Mercader, el asesino de Trotski.

Está claro que el mundo es un misterio azaroso, donde domina el idioma de los encuentros fortuitos que se convierten en nuestro destino. □



Ramón S. Lizarralde

Tirana es un caos, un pandemónium de influencias, estratos sociales, comportamientos, vestimentas y culturas. Si la aldea global existe, está aquí y se compone de barro en las calles y edificios lujosos de aluminio y vidrio que emergen como extraños seres flamantes de entre un mar de chiringuitos y barracas de todas las condiciones, formas y tamaños, en mitad del cual los albaneses se afanan con los teléfonos móviles a todo trapo, anuncios de Coca-cola, guardaespaldas fornidos, fajos de billetes agitándose a cada rato, para el cambio, para el pago, para la ostentación o la promesa. Los Benz (como llaman aquí a los Mercedes) atraviesan veloces las calzadas repletas de baches y de barro, haciendo sonar las bocinas por cualquier causa, por ninguna causa.

La ciudad ha duplicado su población desde 1993, y ahora, dicen, son 700.000 habitantes. Muchos de los recién llegados proceden del Norte, la zona más deprimida, y se han ido instalando a su aire alrededor de la vieja ciudad, sobre todo en la llanura. Su presencia se percibe a cada

paso, por su peculiar talante, pero sobre todo por su acento nasal y su habla perfectamente discernible. La calle es un hervidero incesante de gente que se apresura hacia lugares extraños, casi siempre algún cafetín, o de vendedores ambulantes que ofrecen toda suerte de mercancías y objetos, usados o nuevos. Nike, Benneton o Adidas se disputan los escaparates con los productos nacionales, aunque compruebo que resulta difícil conseguir *rakí* de buena calidad (siempre fue la bebida nacional, y su elaboración casera una pasión de muchos), que está siendo sustituido por la *sliva* macedonia, los *amaros* y el whisky. El café, en todas partes y a toda hora, es lo que permanece. Me cuentan que un avisado enólogo metido a empresario ha conseguido destruir prácticamente el excelente vino Kallmet, de Shkodra; aunque otros empresarios menos despabilados y más bienhechores comienzan a mimar otros vinos con buen resultado: pruebo un merlot lleno de dignidad e incluso algún cabernet muy aceptable.

El gobierno parece haber renunciado —o no le dejan ejercerla— a su función específica de regular las relaciones sociales y económicas, y los albaneses no dan la impresión de encontrarse incómodos. Apenas se pagan impuestos, entre otras razones porque la mayor parte de las transacciones se hacen billetes en mano; del mismo modo que se cambia la moneda extranjera, en mitad de la calle, en el ya tradicional mercado de divisas situado a las puertas de la Banca Nacional. Un acaudalado empresario del tabaco, y mecenas de las artes, pretendía levantar un enorme edificio en mitad de la plaza de Scanderbeg, justo donde se alzara antaño la estatua, un

verdadero monumento al abrigo, de Enver Hoxha. Dentro, me dicen, iba a reproducirse la biblioteca borgiana; el proyecto estaba ya listo y aquello iba a ser el no va más de la pretensión y la modernidad. Aunque, por esta vez, el gobierno ha detenido el atentado urbanístico; eso sí, a cambio del rascacielos, vigilará a los transeúntes una estatua de la Madre Teresa...

El caso es buscarse la vida: según parece, aquí alcanzan los tentáculos de todas las mafias del mundo, los emigrantes asiáticos pasan por algún lugar de la costa albanesa, las ayudas del Occidente boyante llegan y se disuelven en proyectos nunca realizados, todo el que puede aspira a llevarse su parte. También llegan las remesas de los emigrantes, que resuelven la vida diaria de no pocas familias y parecen servir, a juzgar por las apariencias, para financiar negocios imposibles preferiblemente comerciales. No falta de nada, tampoco violencia, pero la vida sigue, sigue y bulle ruidosa y exuberante. Este es ya un país fronterizo entre dos o tres mundos (Oriente y Occidente, Norte y Sur, Pasado socialista y Presente ultraliberal), por desigmo de la historia e imposición de la Europa opulenta que, al tiempo que levanta muros en sus límites, derrama salpicaduras de su riqueza, su brillo y su corrupción.

Frente a las barracas y los locales de bebidas, centenares de ellos, la Biblioteca Nacional trabaja a tiempo completo y en sus salas no queda un pupitre vacío más de un minuto. Los libros se mueven en todas partes y en todas direcciones, aunque no quedan librerías, todo son quioscos; pero en ellos puede uno encontrar decenas y decenas de nuevos volúmenes de poesía, novelas, libros de autoayuda,

recién editados por la multitud de empresas editoriales, todas minúsculas, que se afanan en este país y en esta lengua. La mayoría de mis amigos me regalan sus últimos —tres o cuatro casi siempre— libros publicados, preferentemente de poesía, y ya no tengo espacio en la maleta para llevarme ni siquiera la mitad de los que llevo reunidos.

Es primera página en los periódicos el conflicto de los actores del Teatro Nacional con el Ministerio de Cultura por la falta de atención y de medios, y hace escasos días que se estaban representando Arrabal y Beckett, por ejemplo. Ahora se prepara un montaje de Trebeshina, un prolífico escritor albanés que pasó buena parte de su vida en prisión. Grandes carteles anuncian el inminente estreno de *Carmen*, en el Teatro de la Opera, mientras en los omnipresentes chiringuitos se emiten a todo volumen canciones kosovares o los últimos éxitos de ventas de Londres o Nueva York.

En un quiosco, junto a la docena de diarios que se publican en la capital, en un caótico abigarramiento, se exhiben libros de Sartre, García Márquez o Stephen King; están también Kadaré (*Tres cantos fúnebres por Kosovo*), Dario Fo, Heaney, el último libro de Hobsbawn. Me extraño al ver libros de recuerdos de los dirigentes del antiguo régimen, Nexhmje Hoxha y Ramiz Alía: ya no parece pervivir el espíritu de revancha y lo que impera es la necesidad de entender, averiguar lo que ha pasado, o mejor aún lo que está pasando... Al menos media docena de revistas de pensamiento —de ésas de entre 200 y 300 páginas— se editan de forma irregular con financiación de fundaciones privadas, reproduciendo textos de escritores y pensadores europeos

del último medio siglo. Se intentan llenar así los enormes vacíos intelectuales creados durante casi medio siglo de prohibiciones insensatas, al tiempo que se abre camino una heterogénea y variadísima producción propia, entre la que pueden encontrarse logros apreciables y, desde luego, como en todas partes, muchas tonterías.

Inevitablemente, los intelectuales, los escritores, están en primer plano de la vida pública, muchos de ellos en altos puestos de la política, y no paran un momento de debatir sobre el futuro y el pasado, sobre la gobernación de los albaneses, sobre el liberalismo y el intervencionismo. En una semana ha habido al menos cuatro coloquios o seminarios internacionales acerca de los más variados asuntos. Aunque Kosovo, su tragedia, aparece siempre como telón de fondo. Se habla de ello con prudencia, se diría que con miedo de que, por hablar, se vayan a ver definitivamente implicados en la reanudación del conflicto, que se da por segura en cuanto llegue la primavera. Poca gente hace caso ya aquí a las soflamas, sobre todo del partido de Sali Berisha, el ex presidente aventurero y fantasmón, acerca de cómo entregar la sangre y la vida por los hermanos kosovares: hay cansancio, mucho cansancio, y rechazo de la demagogia nacionalista, y sin embargo todos parecen saber que su futuro depende en buena medida de lo que pase allá en el Norte, o en Bosnia, y también en Macedonia. Tal vez a esa incertidumbre, a la ausencia de un futuro cierto, se deba al paroxismo, el ajetreo, la aceptación del desorden.

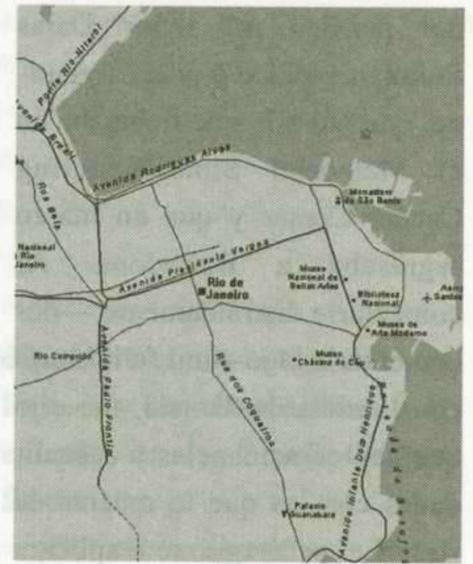
Bastantes de mis amigos escritores ostentan elevados cargos, y voy de comida en cena, de restaurante en cafetería, de des-

pacho en ministerio, perplejo, inquieto, tratando de comprender algo de todo este bullente mundo en el que me cuesta encontrar semejanzas con el que he conocido durante los últimos veinte años. Sólo la lengua permanece, la literatura, junto con el ansia de acumular, dinero o conocimiento. La Liga de Escritores y Artistas ya no es lo que era, se han formado otras agrupaciones y asociaciones, pero en los cafés de su planta baja continúan reuniéndose las banderías poéticas, los críticos y los mirones.

En una revuelta de la calle de Peza, a escasos metros del centro, entre una multitud de agencias de viaje y compañías aéreas, se encuentra la Casa de España. Allí, un grupo de albaneses apasionados del español, mi viejo amigo Skënder es el presidente, el cónsul honorario de España y una monja navarra se reúnen para organizar actividades culturales. Con los escasos medios de que disponen —apenas si reciben unos cuantos libros a modo de ayuda de la AECI— dan clases de español a varios grupos a cambio de bajísimos honorarios, proyectan unos días de cine de acá en el Palacio de Cultura y discuten acerca de la forma de conseguir alguna beca, o cómo reabrir el departamento de español en la Universidad de Tirana.

No puedo evitar, viendo todo esto, que me asalte alternativamente la tristeza o la indignación, aunque me repongo pronto: ellos no tienen tiempo ni espacio para esas debilidades, y además están, sin la menor duda, exuberantemente vivos. □

Río de Janeiro



Mario Merlino

Cualquiera diría que en mi anterior correspondencia no resistí la tentación de acudir a los tópicos más frecuentes para hablar de Río y de sus calles y de sus cuerpos. Estuve a punto de introducir un paréntesis en medio del texto que dijera: «Estás cayendo en el lugar común, Mario Merlino». Pero normalmente no me arrepiento de mis pecados y a veces hasta los cultivo: «Nunca es tarde cuando la dicha es buena», por ejemplo, aunque no olvide la paradoja de «al que madruga, Dios lo ayuda» frente a «no por mucho madrugar se amanece más temprano». Ocurre que los tópicos también son como cuerpos, tal vez gastados, pero que ocultan alguna mínima verdad, de la misma forma que también son tópicos los cuerpos no gastados, bien esculpidos por el ejercicio y el mar. Y la verdad, que no siempre transparece, es esa cosa que nos hicieron llamar «alma» pensando en una especie de vaho o de pájaro inaprehensible (paloma, claro, con el daño que hacen las palomas a las ciudades). Queda João do Rio de nuevo citado con su *alma encantadora das ruas*.

Las palomas tienen algo de espejo de nosotros mismos y del

mundo: además de espíritu santo, son la paz, pero al mismo tiempo atacan con sus excrementos la estructura de los edificios, ensucian las aceras (la mayoría protesta por los excrementos de los perros, no por los de las palomas), generan relaciones enfermizas entre los/las echadores/as de migas de pan y ellas mismas, que se aglomeran como multitud hambrienta y su voracidad entorpece el camino de los transeúntes, famélicos o no. (Hay famélicos — ¡los muy cabrones! — que recogen el pan de las palomas.) Manane Rodríguez filmó un cortometraje sobre esos bichos. Quevedo defendía el culo frente a otras partes del cuerpo (legañas en los ojos, cerumen en las orejas, mocos en la nariz) porque aquél deja palominos, «que es ave muy regalada».

Acabó el carnaval de Río y continúa la «carnavalización», que no tiene nada que ver con los tópicos del lenguaje cotidiano — nada que ver, sin duda, con la perogrullada de que «todo el año es carnaval», con la opinión turística «aquí nadie trabaja, no quiere trabajar», con el mito del brasileño remolón. Sí alude al tópico literario que acuñó Mijaíl Bajtin en sus estudios sobre Rabelais, Cervantes y Gogol, que continúan en Brasil autores como Affonso Romano de Sant'Anna y Roberto da Mata y que hace más de veinte años conocí gracias a Eugenio Trías en su *Filosofía del carnaval* (cito de memoria). La carnavalización tiene su par simétrico en la parodia, que también definió Gerard Genette como «canto junto a», «contracanto», «canto en falsete». Y aquí la literatura se desliza afortunadamente hacia la vida cotidiana y aprendemos (o practicamos sin darnos cuenta de) que carnavalizar o parodiar son las formas que nos permiten ver la tragedia desde el humor o, por

qué no, lo cómico y la privación como manifestaciones de lo trágico (ya Leopoldo Marechal lo explicó casi cuarenta años atrás en su «Tratado sobre lo cómico» incluido en el *Cuaderno de navegación*, y sigo citando de memoria, lo que es un mérito concedido al posible error).

Río de Janeiro lo confirma. El real no es tan real como parecía. Bernardo Carvalho, un escritor traducido en Francia, escribe *Teatro*, una novela donde, como en Borges, como en la escena neobarroca, un policía jubilado se dedica al terrorismo a los sesenta años, una mujer es un hombre, un paranoico es quien pretende otorgar sentido a las cosas. El periodista Arthur Dapieve (cito ahora con el periódico al lado: «*Segundo caderno*» de *O Globo*, pág. 2) alude a las palabras de Vargas Llosa, invitado al último carnaval de Río, en el artículo «La erección permanente» publicado en *El País*: «Los conservadores pueden dormir tranquilos. Mientras exista el carnaval, no habrá ninguna revolución social en Brasil». Y concluye Dapieve: «Si la fiesta durase sólo cuatro días, no nos conformaríamos con el estereotipo de monitos hipererotizados. El problema es que el baile de máscaras dura todo el año». La ironía de Dapieve reside en dar otra vuelta de tuerca al ultratópico de Mario Vargas Llosa (¡te has salvado un poco de los tuyos, Mario Merlino!), tan celoso de la paz conservadora y al mismo tiempo tan estancado en frases-alarma como la «revolución social». ¿Y si buena parte de la «revolución social» estuviese justamente ahí, en ese espacio donde la exacerbación erótica conduce a la risa y a la ausencia de culpa?

Lo inquietante no es la fiesta, desde luego: ni siquiera los tópicos de la fiesta, desde el abundante

culto a la *bunda* (nombre afrobrasileño para designar el culo) hasta las letras muchas veces pobres del samba (masculino en portugués). Pocos cuentan fuera de Brasil que el año dedicado por cada *escola* a la preparación de su desfile incluye una investigación minuciosa sobre el tema elegido. La *escola* triunfante este año, la Imperatriz Leopoldinense, concentró sus esfuerzos no sólo en diseñar y fingir el lujo de los vestidos, de los carros alegóricos, de las músicas, sino también en remontarse al año 1637, cuando llegó a Recife Mauricio de Nassau, gobernador de las posesiones holandesas en Brasil, acompañado por los pintores Frans Post y Albert Eckhout, quienes representaron en sus cuadros aspectos de la vida cotidiana del pueblo, así como ejemplares de la fauna y de la flora de la colonia. El nombre con el que se presentó la Escola Imperatriz Leopoldinense fue «Brasil muestra su cara en... *Theatrum Rerum Naturalium Brasiliae*», título de los cuatro volúmenes con pinturas de Eckhout, algunas de las cuales fueron regaladas a Luis XIV y sirvieron de modelo para confeccionar gobelinos.

Lo inquietante es la multiplicación de los llamados «padres carismáticos», curas católicos que, a imitación de las sectas evangelistas, introducen música y cachondeo en las misas, graban discos. Un tal Marcelo Rossi, verbigracia, organizó una fiesta-manifestación en los días de carnaval, en la que se cantaban canciones religiosas con ritmos populares y se bebía agua y muestran partes del cuerpo que deberían reservarse para los espacios privados (deberían cambiar el clima, digo yo).

Pero, si optamos por la carnavalización, tal vez nada de eso resulte inquietante. Los integran-

tes de la Imperatriz Leopoldinense también cantaron en su propio ámbito uno de los éxitos de ventas del padre Marcelo. ¿Estaban parodiando o, lo que tal vez signifique lo mismo, estaban recuperando la tradición antropofágica convertida en manifiesto estético y cultural en la década de 1920? ¿No será ésa la revolución: comerse al otro y que cada uno lo asimile a su manera? ¿Darle doble existencia: la literal y la carnavalizada? Lo que está claro es que no consiguen, fanáticos y fundamentalistas, entrar en el apasionante mundo de la parodia. Están convencidos de que cuando aparecen en público no se disfrazan. Y así, fijaos, cometen pecado de soberbia, porque —según lo que aprendí de mis lecturas religiosas, cito una vez más de memoria — sólo Dios «es lo que es».

Cuando estaba por la mitad de esta carta, me llamó Wesley Barbosa Silva desde Goiânia. No tiene nombre de cacique indio, evidentemente. Ni de *pai de santo* negro. Nombre inglés, apellidos portugueses y una moreneza brasileña mediterránea. Pero podría llamarse Vanderlei, que es de origen holandés. En este país da la impresión de que todos somos hijos de inmigrantes, mestizos, parodias de las cinco (cito de memoria) razas humanas. Hemos quedado en devorarnos cuando vuelva y proceder al mestizaje: hay ocasiones en las que mi blancura me ofusca. Y me siento como el protagonista de *La vida es bella*, tratando de demostrar (paródicamente, claro) la superioridad de la raza italiana, y señalando, entre otras partes, las orejas y el ombligo, cuando no hay en rigor superioridad alguna que se sustente, salvo que Dios diga santiamén y la fe lo atestigüe. □

COLABORADORES

THEODOR W. ADORNO (1903-1969)

Filósofo alemán de la Escuela de Frankfurt

RAFAEL ARGULLOL

Novelista, filósofo y poeta. Profesor de Estética de la Universidad de Barcelona

LLUIS ALVAREZ

Escritor y filósofo. Profesor de Estética de la Universidad de Oviedo

JAMES HAMILTON-PATERSON

Novelista y reportero inglés

HERBERT MARCUSE (1899-1979)

Filósofo alemán de la Escuela de Frankfurt

ROSA PEREDA

Novelista y periodista

MANUEL RICO

Poeta, narrador y crítico literario

DANIEL SCHWARTZ

Fotógrafo suizo

JAN STAGE

Novelista y reportero danés

LETRA INTERNACIONAL no se hace responsable de las opiniones de sus autores, ni se compromete a devolver los artículos que no hayan sido solicitados, ni a mantener correspondencia sobre ellos.

Correspondencia Theodor W. Adorno/Herbert Marcuse por cortesía de Stadt und Universitätsbibliothek Frankfurt am M./ Herbert Marcuse-Archiv (Biblioteca Municipal y de la Universidad de Frankfurt/ Archivo Herbert Marcuse); E. Vila-Matas por cortesía de *Letras Libres*; portada sobre fotografía de Daniel Schwartz; ilustraciones Marcuse/Adorno por cortesía de la galería Heinrich Ehrhardt; ilustraciones Ll. Alvarez por cortesía de la galería Sen; ilustraciones M. Rico, Rui Serra, serie *XII^o Mandamento*, *Anti-Matéria*, números 1, 2, 6, 9, 4, 22, 14, 8 y 18, por cortesía de Arte Periférica Ediciones; ilustraciones J. Stage y J. Hamilton Paterson, Daniel Schwartz/LOOKAT/ Contact; © de las reproducciones autorizadas VEGAP, Madrid 1999.

DISTRIBUCION

ESPAÑA	Librerías: Siglo XXI de España; Quioscos de prensa: COEDIS
PORTUGAL	Asirio & Albim - Rua Passos Manuel, 67 B - 1150 Lisboa Teléf.: 356 27 43 - Fax: 315 29 35
ARGENTINA	Prometeo Libros - Avda. Corrientes, 1916 - 1045 Buenos Aires Teléf. y Fax: 953 11 65 Librería Gandhi - Avda. Corrientes, 1551 - Buenos Aires Teléf.: 383 54 50 - Fax: 383 49 30
CHILE	Editorial Contrapunto - Avda. Eliodoro Yáñez, 2541 - Santiago de Chile Teléf.: 223 30 08 - Fax: 231 06 94
COLOMBIA	Siglo del Hombre Editores Ltda. - Avda. CRA 3, 17-73 - A.A. 24692 Santa Fé de Bogotá D. C. Teléf.: 281 39 05 - Fax: 281 38 76
ECUADOR	Libri Mundi - Juan León Mena, 851 - Quito Teléf.: 544 185 - Fax: 504 209
MEXICO	Librería Gandhi - Miguel A. de Quevedo, 134 - 01050 México D.F. Teléf.: 6611041 - 6620601 - 6620988 - Fax: 6612043
URUGUAY	Beltrame Regina Libros - Soriano, 120 - 11100 Montevideo Teléf.: 984215 - 915253 Librería Gandhi - Benito Blanco, 875 - Montevideo - Teléf.: 775870 - Fax: 480564
VENEZUELA	Grupo Editorial Alfa - Los Mangos, Edificio Alfa Las Delicias - 1050 Caracas Teléf.: 715 676 - Fax: 762 02 10

REDACCIONES

BELGRADO:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Iovan Hristic, Antonin J. Liehm.

Redacción: Cika Liubina 1/V, 1100 Belgrado.

BERLIN:

LETTRE INTERNATIONAL

Dirección: Frank Berberich, Antonin J. Liehm.

Redacción: Rosenthaler Str. 13, 10119 Berlín.

BUCAREST:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: B. Elvin, Antonin J. Liehm.

Redacción: Aleea Alexandru, 38, sectorul 1, Bucaresti.

BUDAPEST:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Eva Karadi, Antonin J. Liehm.

Redacción: Nagyened u. 11/A, 1123 Budapest.

PARIS:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Antonin J. Liehm.

Redacción: 41 rue Bobillot, 75013 París.

ROMA:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Federico Coen, Antonin J. Liehm

Redacción: Dogana Vecchia 5, 66086 Roma.

SAN PETERSBURGO:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Jelena Chishova, Antonin J. Liehm

Redacción: Vsermirmoe Slovo, Spalernaia ul. 18, 191 187 San Petersburgo.

SCOPJE:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Blagoia Risteski, Antonin J. Liehm

Redacción: Ruzveltova 34, Apdo. 378, 91000 Skopje

SOFIA:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Svetla Ivanova, Antonin J. Liehm.

Redacción: Open Society Fund, Serdika Str. 1, 1000 Sofia.

VARSOVIA:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Jacek Kurczewski, Antonin J. Liehm.

Redacción: ul. Hipoteczna 2, P. O. Box 133, 00950 Varsovia.

ZAGREB:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Slobodan P. Novak, Antonin J. Liehm.

Redacción: Trg Bana J. Jelacica 7, 41000 Zagreb.

TRADUCTORES

JULIA GARCIA LENBERG

James Hamilton-Paterson

BLANCA ORTIZ OSTALE

Jan Stage

CESAR PALMA

Theodor W. Adorno, Herbert Marcuse

cursos de especialización

advanced study program

en verano • julio 1999

cursos de comunicación visual

* De la ñ a la @. Diseñadores en España

Director del Curso: Emilio Gil

* Ahora Tipografía

Director del Curso: José María Cerezo

curso de moda

* Modelaje creativo y últimas tendencias

Director del Curso: René Zamudio

Duración:

90 horas

Tres semanas, desde:

el 12 hasta el 30

de Julio de 1999

Horario:

6 horas al día

De Lunes a Viernes

De 9:00 a 15:30

Plazas limitadas:

De 15 a 20 inscritos por curso

Inscripciones:

Hasta el 10 de Junio

Tel: 91 448 04 44

Fax: 91 448 01 22

calle Larra, 14. 28004 Madrid

www.ied.es

El objetivo de estos cursos monográficos es aquel de profundizar en el conocimiento de las diversas especialidades del diseño, teniendo en cuenta las evoluciones del mercado y las transformaciones del contexto productivo nacional e internacional, ofreciendo a los alumnos los instrumentos teórico-prácticos, proyectuales y tecnológicos necesarios para este fin.

Deseo recibir más información

Nombre

Dirección

Ciudad

Código Postal

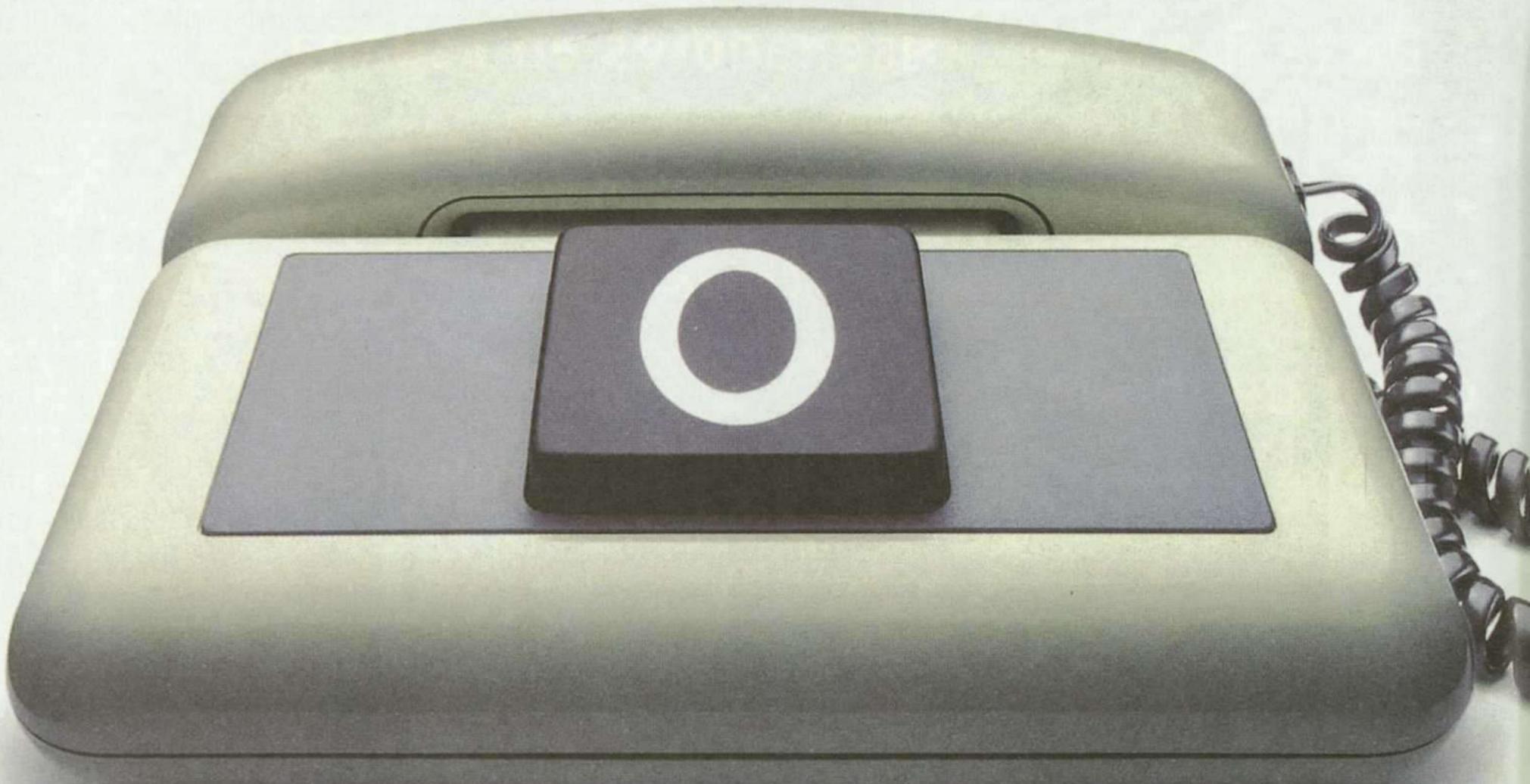
Teléfono

Enviar a

**Istituto
Europeo
di Design**



**Desde el 19 de junio, para
telefonar a Italia
es suficiente con poner el cero.**



¿Existe un número más simple que el cero?

A partir del 19 de junio, para telefonar a Italia, bastará añadir un simple cero al prefijo interurbano. Así, para telefonar por ejemplo a Milán, el +39 2 555555, desde el 19 de junio se volverá en +39 025555555. Nada más fácil.



+39 0 25555555



El sistema telefónico italiano celebra así su ingreso en Europa, respetando las normas de la Comunidad sobre la liberalización del mercado de las telecomunicaciones.

Desde el 19 de junio, si Ud. telefona al país más bello del mundo, simplemente acuérdesese del cero.